Elena Ferrante

La invención ocasional

Ilustraciones de
Andrea Ucini

La amistad, el primer amor, el cambio climático, los celos, el feminismo, nuestra relación con las plantas, el secreto de una pareja duradera o la belleza son algunos de los grandes temas sobre los que Elena Ferrante ha escrito a petición de The Guardian. El resultado es este libro íntimo, imaginativo e inteligente, en el que, a través de los textos publicados los sábados a lo largo de un año, la aclamada autora invita a pensar, comparte recuerdos e ideas, y emociona como lo hace con sus novelas.

Elena Ferrante

La invención ocasional

ePub r1.0
Titivillus 09.04.2020

Título original: *L'invenzione occasionale*
Elena Ferrante, octubre 2019
Traducción: Celia Filipetto Isicato
Ilustraciones: Andrea Ucini
Diseño de cubierta: Andrea Ucini

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

La invención ocasional

Choques

Los artículos

La primera vez

Miedos

Querido diario

Fin

Lo fingido, verdadero

Nacionalidad linguística

Carcajadas

Grávida

Las odiosas

Hijas

Signos de exclamación

El único nombre verdadero

Relato masculino del sexo

Temblor

Amigas y conocidas

Profundizaciones

La escritura que urge

Dependencias

Sin sueño

El placer de aprender

Desazón

Los que ganan, los que pierden

Humor de perros

En suspenso

Artefactos

Aluvión de noticias

Novedades literarias

Mentiras

Confesar

Cortes limpios

Madres

En el cine

Infancias felices

Entrevistas

Quererse para siempre

Sin motivo

Libertad creativa

Vegetación

Decir adios

Mujeres que escriben

Estereotipado

El libro, la película

Morir joven

Celos

No basta

En femenino

En verso y en prosa

Esta soy yo

Cielos encapotados

El relato enseña

La última vez

Sobre el autor

Choques

En otoño de 2017, el diario *The Guardian* me propuso escribir una columna semanal. Me sentí halagada y espantada a la vez. Nunca había tenido una experiencia de ese tipo y temía no ser capaz de sacarla adelante. Después de mucho vacilar, informé a la redacción de que aceptaría la propuesta si me enviaban una serie de preguntas que respondería una a una dentro de los límites del espacio asignado. Aceptaron mi petición enseguida, así como el pacto de que la columna no duraría más de un año. Poco a poco, el año pasó y me resultó muy instructivo. Nunca me había visto en la tesitura de tener que escribir por obligación, encerrada tras unas lindes inviolables, sobre temas que yo misma había pedido a los pacientes redactores que eligieran por mí. Estoy acostumbrada a buscar por mi cuenta una historia, unos personajes, un razonamiento y a poner una palabra detrás de otra, casi siempre con esfuerzo, borrando mucho; y al final lo que encuentro —suponiendo que encuentre algo— sorprende. Ante todo, a mí. Es como si, aprovechándose de mis intenciones todavía inseguras, una frase generara la siguiente, y nunca sé si el resultado es bueno o no; sin embargo, ahí está, y entonces hay que seguir dándole vueltas, ha llegado el momento de que el texto cobre la forma que deseo. Pero en los artículos para *The Guardian* prevaleció el choque casual entre el tema editorial y la urgencia de la escritura. Si a la primera versión de un relato le sigue enseguida un largo período, a veces muy largo, de profundización, de reescritura, de dilatación o drenaje meticuloso, en este caso ese proceso fue mínimo. Estos textos nacieron hurgando de inmediato en la memoria en busca de una pequeña experiencia ejemplar, recurriendo de modo irreflexivo a convicciones forjadas en libros leídos hace muchos años, después desconectadas y vueltas a conectar gracias a otras lecturas, siguiendo intuiciones súbitas inducidas por la misma necesidad de escribir, llegando a conclusiones bruscas a causa del espacio ya agotado. En fin, ha sido un ejercicio nuevo: cada vez que echaba el cubo al pozo oscuro de mi cabeza, sacaba una frase y esperaba con aprensión a que otras la siguieran. El resultado, por ahora, es este libro que comienza casualmente el 20 de enero de 2018, con el relato siempre inseguro de una primera vez, y termina casualmente el 12 de enero de 2019, con la puesta a punto de una última vez. He sentido la tentación de ordenar las distintas piezas de un modo más meditado y he preparado los posibles índices. Pero me ha parecido presuntuoso maquetarlos como si hubiesen nacido a raíz de un proyecto bien articulado, y al final los he dejado alineados, junto con las ilustraciones fantasiosas y coloridas de Andrea Ucini, según sus fechas de publicación. No he querido ocultarme ante todo a mí misma su naturaleza de invenciones ocasionales, por lo demás no distintas de aquellas que nos hacen reaccionar a diario en el mundo en el que nos ha tocado vivir.

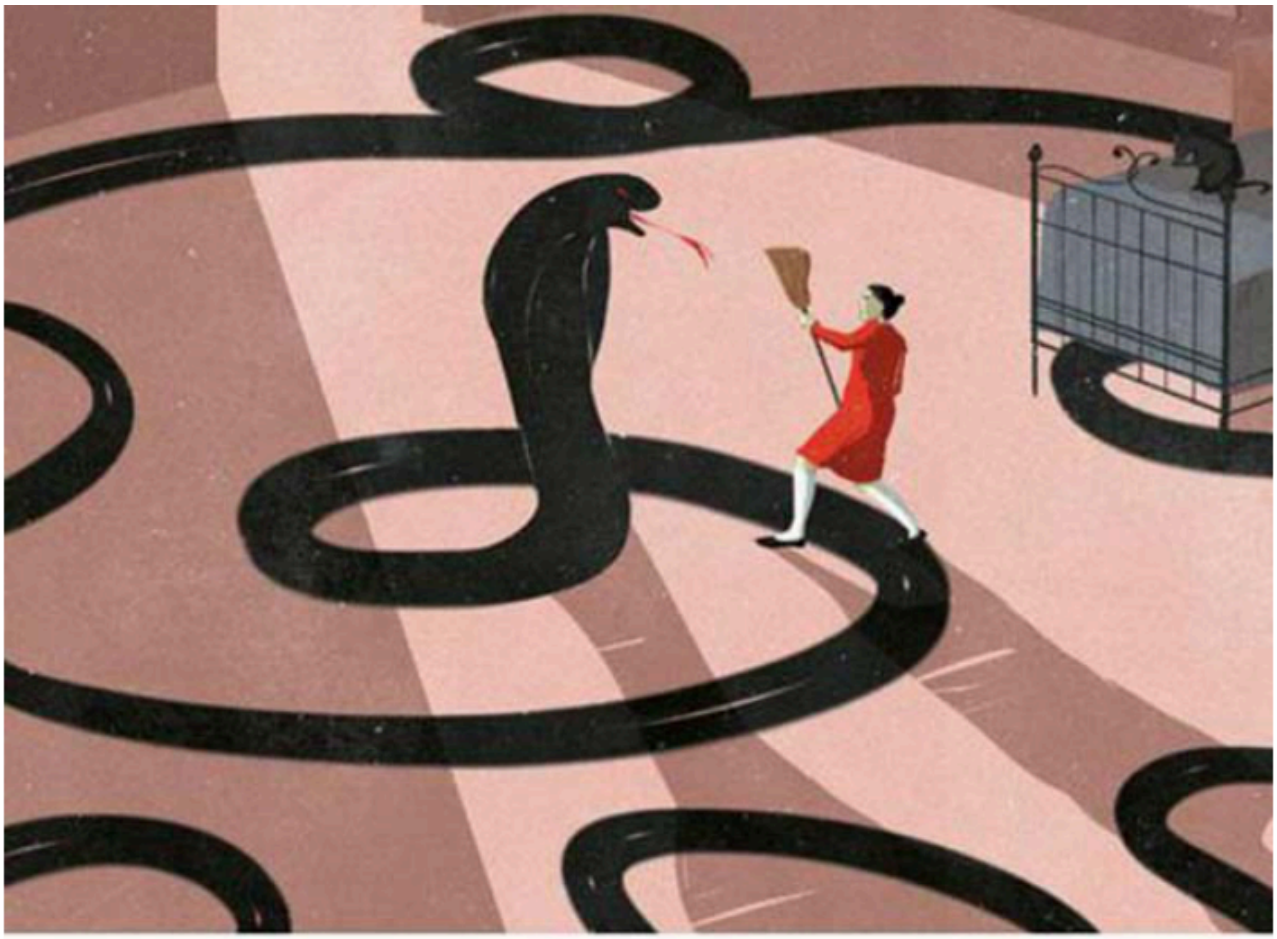
18 de marzo de 2019

LOS ARTÍCULOS

La primera vez

Hace un tiempo planeé contar mis primeras veces. Hice una lista de unas cuantas: la primera vez que vi el mar, la primera vez que viajé en avión, la primera vez que me emborraché, la primera vez que me enamoré, la primera vez que hice el amor. Fue un ejercicio tan arduo como inútil. ¿Cómo podía ser de otro modo? Consideramos las primeras veces con excesiva indulgencia. Por su naturaleza, se basan en la inexperiencia, y enseguida fueron engullidas por todas las veces que vinieron después, no tuvieron tiempo de asumir una forma autónoma. Sin embargo, las evocamos con simpatía, con añoranza, atribuyéndoles la fuerza de lo irrepetible. Debido a esta incongruencia en su constitución, mi proyecto empezó a hacer aguas de inmediato y naufragó definitivamente solo cuando traté de contar con veracidad mi primer amor. En este caso específico, hice un gran esfuerzo de memoria para buscar elementos significativos y encontré muy pocos. Él era muy alto, muy delgado y me parecía guapo. Tenía diecisiete años; yo, quince. Nos veíamos todos los días a las seis de la tarde. Íbamos a una callejuela desierta detrás de la estación de autocares. Él me hablaba, pero poco; me besaba, pero poco; me acariciaba, pero poco. Le interesaba sobre todo que lo acariciara yo. Una noche —¿era de noche?— lo besé como me hubiera gustado que me besara él. Lo hice con una intensidad tan ávida e impúdica que después decidí dejar de verlo. Sin embargo, no sé si este hecho —el único esencial para mi relato— ocurrió de verdad en esa ocasión o en el curso de otros pequeños amores que siguieron. Además, ¿era realmente tan alto? ¿Y nos veíamos realmente detrás de la estación de autobuses? Al final descubrí que de mi primer amor recordaba ante todo mi estado de confusión. Amaba a aquel chico hasta el punto de que verlo me despojaba de toda percepción del mundo y me sentía al borde del desmayo, no por debilidad, sino por exceso de energía. Nada me resultaba suficiente, quería más, y me sorprendía que él, por el contrario, después de desearme tanto, de repente me encontrara superflua y huyera como si yo me hubiese vuelto inútil. Bien, me dije, escribirás sobre el primer amor y hasta qué punto es, en su conjunto, insuficiente y misterioso. Pero cuanto más trabajaba en ello, más vaguedades, ansias e insatisfacciones apuntaba. De modo que la escritura se rebelaba, tendía a llenar vacíos, a dar a la experiencia la melancolía estereotipada de la adolescencia perdida. Por ello dije: Se acabó el relato de las primeras veces. Lo que hemos sido en el origen no es más que una mancha confusa de color contemplada desde la orilla de aquello en lo que nos hemos convertido.

20 de enero de 2018



Miedos

No soy valiente. Ante todo, me da miedo cualquier cosa que se arrastre, y en especial las serpientes. Me dan miedo las arañas, la carcoma, los mosquitos, incluso las moscas. Me dan miedo las alturas y, por tanto, los ascensores, los teleféricos, los aviones. Me da miedo la tierra misma donde posamos los pies cuando imagino que podría abrirse o que, por una avería repentina en el mecanismo universal, podría caerse como en la rima infantil que recitábamos de pequeñas cuando jugábamos al corro (Gira, gira rotundo, se cae el mundo, se cae la tierra, todos a tierra… Cuánto me aterraban estas palabras). Me dan miedo todos los seres humanos cuando se vuelven violentos: me dan miedo cuando gritan, cuando insultan, cuando esgrimen palabras de desprecio, palos, cadenas, armas blancas o de fuego, bombas atómicas. Sin embargo, de joven, en las ocasiones en que había que mostrarse impávidas, me obligaba a quedarme impávida. Pronto me acostumbré a tenerle menos miedo a los peligros, verdaderos o imaginarios, y empecé a tenerle más miedo, mucho más, al momento en que los demás reaccionaban porque yo, paralizada, no lograba hacerlo. ¿Que mis amigas chillaban porque había una araña? Yo superaba el asco y la mataba. ¿Que el hombre al que amaba me proponía unas vacaciones en la montaña con los inevitables viajes en telesilla? Sudaba la gota gorda, pero iba. Una vez, el gato trajo una culebra y la dejó debajo de la cama, y yo, armada de escoba y recogedor, chillando, la eché fuera. Y si alguien amenaza a mis hijas, a mí, a cualquier ser humano, a cualquier animal no agresivo, supero las ganas de salir corriendo. Según la opinión general quienes reaccionan con tanta terquedad como me he adiestrado a hacer yo son quienes tienen verdadera valentía, esa que consiste, precisamente, en vencer el miedo. Pero no estoy de acuerdo. Las personas pávidas-combativas como yo colocamos en la cima de todos nuestros miedos el miedo a perder la estima por nosotros mismos. Nos atribuimos con inmodestia tan alto valor que, con tal de no encontrarnos cara a cara con nuestra bajeza, somos capaces de cualquier cosa. En conclusión, nos tragamos los miedos no por altruismo sino por egoísmo. De manera que, debo reconocerlo, me doy miedo. Sé desde hace tiempo que soy capaz de excederme, de ahí que intente atenuar las reacciones agresivas a las que me he obligado desde niña. Estoy aprendiendo a aceptar el miedo, incluso a exhibirlo burlándome de mí misma. Empecé a hacerlo cuando comprendí que mis hijas se asustaban si las defendía con una vehemencia exagerada de peligros pequeños, grandes, imaginarios. Quizá lo que debe dar más miedo es la furia de las personas aterradas.

27 de enero de 2018

Querido diario

De jovencita y durante algunos años llevé un diario. Era una adolescente tímida, decía a todo que sí, hablaba lo menos posible. Pero en mi cuaderno me desataba: narraba con detalle lo que me ocurría todos los días, acontecimientos muy secretos, pensamientos audaces. Por ello el diario me preocupaba mucho, tenía miedo de que mis familiares, sobre todo mi madre, encontraran el cuaderno y lo leyeran. De modo que no hacía más que inventar escondites seguros que no tardaban en parecerme inseguros. ¿Por qué estaba tan preocupada? Porque si en la vida diaria apenas abría la boca por vergüenza, por prudencia, el diario me provocaba un afán de verdad. Pensaba que en la escritura no tenía sentido contenerse, de ahí que escribiera, en especial —tal vez únicamente— aquello que hubiera preferido callarme y recurría, entre otras cosas, a un léxico que nunca me hubiese atrevido a utilizar cuando hablaba. No tardó en crearse una situación que me extenuaba. Por una parte, todos los días hacía un esfuerzo de formulación para demostrarme a mí misma que era despiadadamente sincera y que jamás nada me impediría serlo; por la otra, me aterraba el hecho de que alguien pudiese poner los ojos en mis páginas. Esta contradicción me acompañó largo tiempo y en muchos aspectos sigue hoy viva. Si con la escritura elegía visibilizar aquello que, de no haberlo escrito, habría quedado bien oculto en mi cabeza, ¿por qué después vivía angustiada de que descubrieran mi diario? Alrededor de los veinte años me pareció haber encontrado una solución que me tranquilizaba. Debía dejarme de escritura diarística y canalizar el deseo de decir la verdad —mis verdades más impronunciables— en relatos inventados. Opté por ese camino incluso porque el diario mismo se estaba convirtiendo en una invención. Por ejemplo, con mucha frecuencia no tenía tiempo de escribir todos los días, y me parecía que de ese modo se interrumpía el hilo de las causas y los efectos. Entonces llenaba los vacíos escribiendo páginas que después antedataba. Y al hacerlo, daba a los hechos, a las reflexiones, una coherencia que no tenían las páginas escritas todos los días. Probablemente la experiencia del diario y de sus contradicciones contribuyó en gran medida a convertirme en narradora. En la ficción sentía que yo y mis verdades nos encontrábamos un poco más a salvo. De hecho, en cuanto aquella nueva escritura se impuso, tiré mis cuadernos. Lo hice porque me parecía que su escritura era tosca, que carecía de pensamientos dignos, que estaba llena de exageraciones infantiles y, sobre todo, muy alejada de como ya me gustaba recordar mi adolescencia. Desde entonces no he vuelto a sentir la necesidad de llevar un diario.

3 de febrero de 2018

Fin

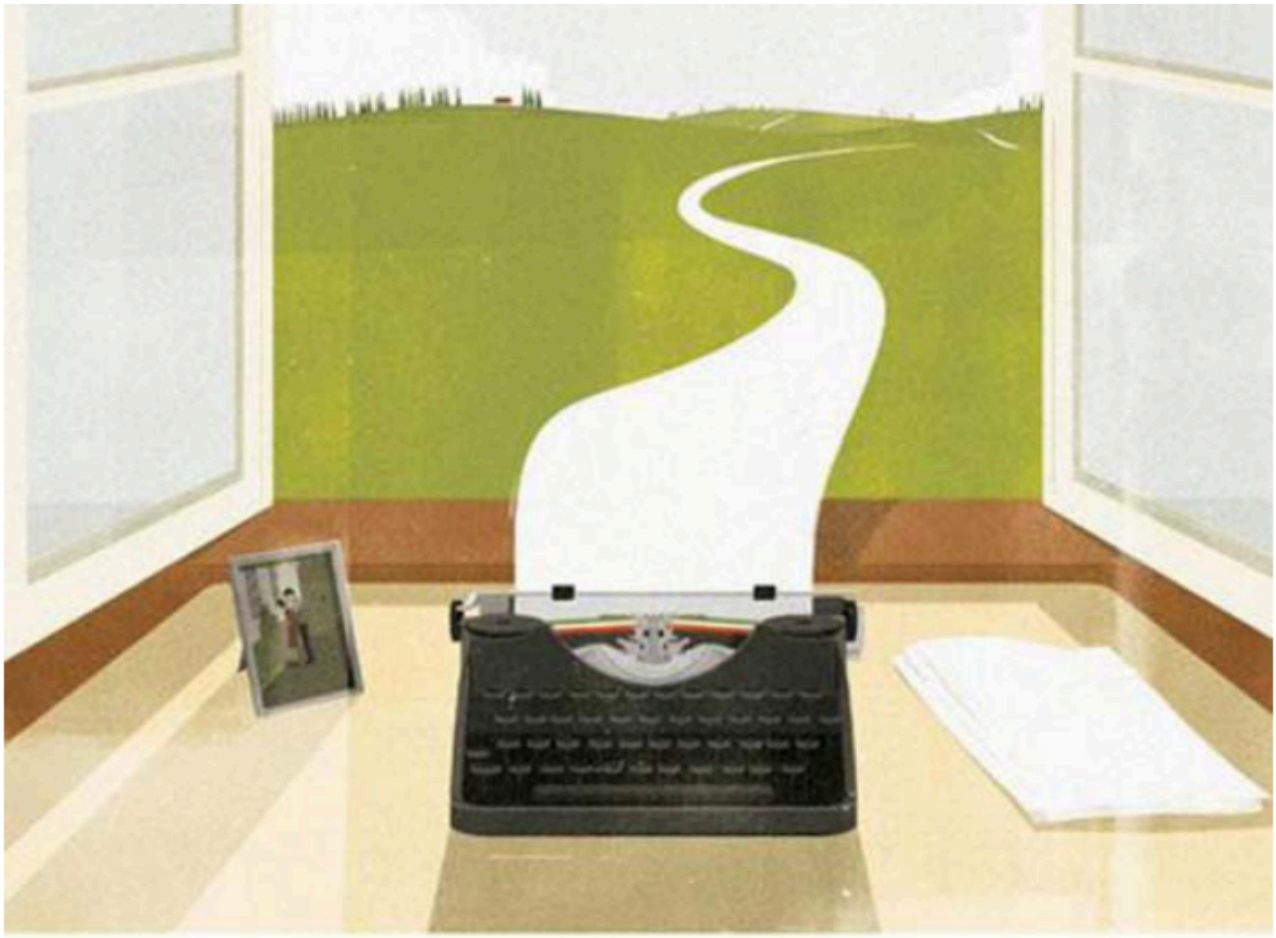
Oigo a mis amigas, a mis amigos comentar cada vez con más frecuencia: No tengo miedo a morirme, sino a enfermar. Yo también utilizo esta fórmula. Cuando intento desarrollarla para entenderla mejor, descubro que para mí significa: no me aterra la idea de dejar de existir, sino el deterioro inducido por los tratamientos, por la oscilación entre ilusión de cura y desilusión, por la agonía. Es como si confesara que lo que de veras me preocupa es el fin de la buena salud con todo lo que ello supone: debilitamiento, inactividad progresiva, reducción del placer ante la mera comprobación de que sigo siendo «yo» y que, por ahora, mal que bien, estoy viva. Por lo tanto, la idea misma de la muerte me parece cada vez más difuminada. En cambio, me aterra el fin de la vida plenamente disfrutable. Ello se debe al hecho de que, por lo que a mí respecta, hace tiempo que se ha debilitado mucho la creencia en algún tipo de más allá. Me acuerdo ahora de cuando murió mi abuela. Era la persona más activa de casa, luego, tras sufrir un ictus, vivió paralizada durante años. Se quedaba en un rincón de la cocina y ni yo —tendría diez años como mucho— sentía su sufrimiento y su humillación, ni ella me los señalaba, al menos con los ojos, como algo insoportable. Después, la muerte llegó de golpe y la viví con dolor dentro del ámbito religioso en el que me criaron. La muerte supuso para mí que ella se había ido al cielo dejando un cuerpo reducido a una cosa rígida y helada. Aquel morirse suyo tuvo características muy precisas, lo experimenté a la vez como una aterradora inmovilidad y un movimiento misteriosísimo. Mi abuela había terminado por irse a otro lugar. Más tarde, me pareció absurda toda forma de creencia religiosa y la muerte quedó como mutilada. Se conservó la inmovilidad, desapareció el movimiento. En un determinado individuo, el cuerpo muerto se convirtió sencillamente en la señal del fin de la vida. Hoy jamás diría: Se ha ido. He perdido la sensación del tránsito, nada vuela a otra parte, no se va a parar al otro mundo, no se regresa, no se resurge. La muerte es el último punto del segmento de vida que por casualidad nos ha tocado. Por eso mi atención, como la de muchos otros, se ha concentrado no en el morir, sino en el malvivir. Esperamos que la vida sea lo más larga posible, pero de que acabe cuando se deteriora de tal manera que ninguna cura puede hacerla soportable. No sé si es mejor esta creencia de la edad adulta o aquella otra con la que viví hasta la adolescencia. Las creencias no son ni buenas ni malas, solo sirven para dar un orden al desorden de nuestras angustias.

10 de febrero de 2018

Lo fingido,
lo verdadero

No consigo trazar una línea de demarcación entre historias verdaderas e historias inventadas. Por ejemplo, planifico un relato en el que yo, con cuarenta y ocho años, un invierno, en una casa de campo vacía, me quedo encerrada en la cabina de la ducha, el grifo no se cierra, el agua caliente se ha terminado. ¿Me ocurrió de verdad? No. ¿Le ocurrió a una persona que conozco? Sí. ¿Esa persona tenía cuarenta y ocho años? No. Entonces ¿por qué construyo un relato en primera persona como si me hubiese ocurrido a mí? ¿Por qué digo que era invierno cuando en realidad era verano, por qué cuento que se había terminado el agua caliente cuando en realidad la había, por qué hago que el encierro de la mujer dure horas cuando en realidad la persona de carne y hueso salió del paso en cinco minutos, por qué complico la historia con muchos otros hechos, sentimientos, ansiedades, reflexiones aterradas, cuando el hecho que me contaron es simple, un pequeño incidente sin importancia? Porque —podría responder— estoy intentando escribir una novela según una línea que Gogol resumía así: Dadme un hecho cotidiano banal y con él hago una comedia en cinco actos. Pero esta respuesta me parece insatisfactoria. Para aclarar mis ideas, trato en cambio de atribuirme la intención opuesta. Pongamos que esté cansada de andar a la caza de anécdotas para hacer con ellas comedias de cinco actos. Pongamos que quiera atenerme rigurosamente a la declaración de mi amiga. Voy, pues, a hablar con ella. Llevo mi iPad e incluso grabo un vídeo, deseo ceñirme al máximo a su relato. Luego regreso a mi casa, me pongo a trabajar. Leo y releo mis apuntes, miro y remiro el vídeo, lo escucho y vuelvo a escucharlo perpleja. ¿Estaba mi amiga contándome las cosas como realmente habían ocurrido? ¿Por qué se hace un barullo cuando habla de la cabina averiada? ¿Por qué a las primeras frases bien concebidas les siguen unas oraciones defectuosas, una intensificación del acento dialectal? ¿Por qué, mientras habla, mira con insistencia a la derecha? ¿Qué hay a la derecha que no veo en la grabación y que no vi en la realidad? ¿Y cómo me comportaré cuando pase a la escritura? ¿Trataré de suponer qué se oculta a la derecha, qué es lo que quizá me está ocultando? ¿Puliré su lenguaje? ¿Reproduciré su confusión? ¿Atenuaré el desorden expresivo, lo exageraré para que resulte bien visible? ¿Dudaré de su relato, plantearé hipótesis, llenaré vacíos? En una palabra, el esfuerzo de fidelidad no podrá prescindir de mi imaginación, de la búsqueda de coherencia fantástica, de la adjudicación de un orden y un sentido, incluso de la mímesis de la falta de orden y sentido. A causa de su artificialidad congénita, todo uso literario de la escritura implica siempre alguna forma de ficción. Como decía Virginia Woolf, el elemento discriminador es más bien cuánta verdad consigue captar la ficción.

17 de febrero de 2018



Nacionalidad lingüística

Quiero a mi país, pero carezco de todo espíritu patriótico y orgullo nacional. Para colmo, la *pizza* no me sienta bien, como muy pocos espaguetis, no hablo en voz alta, no gesticulo, detesto todas las mafias, no exclamo: *Mamma mia!* Los caracteres nacionales me parecen simplificaciones que deben combatirse. Ser italiana para mí se agota en el hecho de que hablo y escribo en lengua italiana. Dicho así parece poco, sin embargo, es muchísimo. Una lengua es un compendio de historia, de geografía, de vida material y espiritual, de vicios y virtudes no solo de quien la habla, sino de quienes la han hablado a lo largo de los siglos. Las palabras, la gramática, la sintaxis son un cincel que esculpe el pensamiento. Y no hablemos de la tradición literaria, extraordinaria destiladora de la experiencia en bruto, activa desde hace siglos, acervo de inteligencia y técnicas expresivas que me ha formado y del que estoy orgullosa de haberme alimentado. Por eso cuando digo que soy italiana porque escribo en italiano quiero decir que lo soy plenamente y al mismo tiempo del único modo en que estoy dispuesta a atribuirme una nacionalidad. Los otros modos no me gustan o me aterran, en especial cuando se convierten en nacionalismo, chovinismo, imperialismo y se sirven indignamente de la lengua, o bien para atrincherarse cultivando una pureza tan inútil como imposible, o bien imponiéndola con el poder excesivo de la economía o las armas. Ha ocurrido, ocurre, ocurrirá; es un mal que tiende a borrar las diferencias y, por ello, a empobrecernos a todos. Prefiero la nacionalidad lingüística en cuanto punto de partida para dialogar, en cuanto esfuerzo para superar límites, mirar más allá de la frontera, más allá de todas las fronteras, principalmente, las de género. Por ello, mis únicos héroes son las traductoras, los traductores (adoro a quien conoce bien el arte de la interpretación simultánea). En especial me gustan cuando son además lectores empedernidos y proponen traducciones. Gracias a ellos la italianidad viaja por el mundo enriqueciéndolo y el mundo, con sus muchas lenguas, atraviesa la italianidad, la modifica. Quienes traducen transportan naciones dentro de otras naciones, son los primeros en enfrentarse a formas de sentir lejanas. Incluso sus errores constituyen la prueba de un esfuerzo beneficioso. La traducción es nuestra salvación, nos saca del pozo en el que, de forma por completo casual, hemos ido a parar al nacer. De manera que soy italiana, de pies a cabeza y con orgullo. Pero si pudiera, me sumergiría en todas las lenguas y me dejaría atravesar por todas ellas. Hasta el arriesgado traductor de Google, con su larga lista de lenguas de partida y de llegada, me consuela. Podemos ser mucho más que aquello que nos ha tocado ser.

24 de febrero de 2018

Carcajadas

Me río de buena gana, sin freno, tanto que me duelen los músculos de alrededor de la boca. También me gusta hacer reír, pero no se me da bien; en general, lo que a mí me parece cómico a nadie le hace gracia. Recuerdo una viñeta que me divertía mucho de niña. Se veía bien clara la señal que prohíbe tocar el claxon: una bocina encerrada en un círculo y tachada por la típica barra en diagonal. Un poco más allá aparecía el dibujo de un coche descapotable, parado a causa de un viandante tan distraído como flemático que le impedía avanzar. El conductor aparecía estirándose por encima del parabrisas, con un pie en el asiento y el otro en el capó, mientras tocaba el violín al oído del viandante. Yo me reía y mis amigas preguntaban: ¿Por qué te hace tanta gracia? Eso, ¿por qué? Todavía no lo tengo claro. Me gusta ese tipo de humor y me siento cómoda con quien se inventa mecanismos equivalentes. Tal vez me río porque el símbolo de la bocina se toma en sentido literal: está prohibido tocar la bocina, evidentemente tocar el violín no lo está, de modo que le corresponde al arco del instrumento indicarle al peatón que debe apartarse. Tal vez me río porque me parece que el uso del violín no se limita a sortear la prohibición, sino que sugiere la sustitución del molesto claxon por algo más amable. Tal vez me río porque las prohibiciones siempre me han incomodado y la violación refinada de una norma, casi una no violación, alivia la tensión. Para mí, la risa solo puede hacer esto: aflojar lo que se ha tensado hasta lo insoportable. Por lo demás, me parece sobrevalorada. La carcajada no es más que un breve, brevísimo suspiro de alivio. No creo, nunca he creído, que pueda acabar con los abusos de poder. Ningún poder ha cedido jamás el paso a una carcajada. El ridículo, eso sí molesta a los poderosos, pero no los entierra. Como tampoco hace la menor mella en nuestra exposición a la enfermedad y la muerte. Sin embargo, mientras reímos, notamos un poco menos la mordaza ceñida firmemente a nuestras vidas. Tal vez por eso, desde el punto de vista literario, la risa que más me interesa es aquella que estalla en situaciones en las que reír resulta inconcebible e incluso parece una maldad. En *La voz de su amo* de Stanisław Lem hay un momento así: frente a la agonía de la madre, un niño de nueve años se va a su cuarto, hace muecas frente al espejo y ríe. Esta carcajada ante lo insoportable es una apuesta por la literatura y esa es hoy la carcajada que más me interesa.

3 de marzo de 2018

Grávida

He sido una madre pésima, una madre excelente. El embarazo lo cambia todo: el cuerpo, los sentimientos, el orden jerárquico de nuestras vidas. La convención según la cual nos hemos considerado siempre una e indivisible se desvanece. Ahora tenemos dos corazones, todos nuestros órganos se duplican, se redobla el sexo, somos hembra más hembra o hembra más varón. Y somos divisibles, no de forma metafórica sino en la realidad de nuestro cuerpo. Cuando me pasó por primera vez resultó difícil aceptarlo. Ante todo, el embarazo fue para mí un ansioso esfuerzo mental. Lo sentí como la rotura de un equilibrio de por sí precario, como un desvelarse de la naturaleza animal tras la máscara frágil de lo humano. Pasé nueve meses atrapada en un vaivén entre la alegría y el horror. El parto fue terrible, fue hermosísimo. Ocuparme de una recién nacida, sola, sin ayuda, sin dinero, me consumió; apenas dormía. Quería escribir y nunca tenía tiempo. Si lo tenía, me concentraba escasos minutos y luego me sumía en un sueño alarmado. Hasta que, poco a poco, todo fue mejorando. Hoy pienso que no hay nada comparable a la dicha, al goce, de traer al mundo a otro ser vivo. Sin duda, le he quitado mucho tiempo a la pasión por la escritura. De jovencita me había imaginado sin hijos, dedicada por completo a mis afanes. Admiraba a las mujeres que elegían no tenerlos, y debo decir que sigo admirándolas, entiendo ciertos rechazos femeninos de la maternidad. Sin embargo, ya no tolero la incomprensión hacia las mujeres que hacen esfuerzos desesperados por quedarse embarazadas. Yo misma, en un tiempo lejano, tuve posturas irónicas, pensaba: Si tanto queréis tener hijos, el mundo está lleno de niños necesitados de cuidados y afecto. Pero no es tan sencillo. Hoy pienso que este deseo es fundamental y que debemos aferrarnos con fuerza a nuestra prerrogativa de concebir, de parir. Los hombres siempre han sentido celos de esta experiencia solo nuestra y, a menudo, en los mitos, en algunos ritos, han soñado con ciertas formas de gestación masculina. No solo eso: enseguida se han apropiado de la concepción y el parto en el plano metafórico. Se han atribuido la capacidad de concebir las formas del mundo, se han asignado solo a ellos mismos la energía de parir obras sublimes. Pero hoy, que demostramos cada día más que nosotras también somos capaces de concepciones y alumbramientos metafóricos, sobre la maternidad se ciernen sombras que considero amenazantes. El útero puede comprarse en el mercado. Y mientras tanto, se anuncia que entre los miles de máquinas-prótesis que cambiarán los rasgos de lo humano se está preparando una, el útero artificial, que nos librará de las molestias de la gestación. Tiendo a creer que en este caso específico no es en absoluto necesario que nos dejemos liberar. Los hijos son la gran y prodigiosa manifestación de nuestro cuerpo y no se los entregaremos literalmente a nadie, no a los padres locos, no a la patria, no a las máquinas, tampoco a formas de humanidad cada vez más feroces.

10 de marzo de 2018

Las odiosas

Por una cuestión de principios me niego a hablar mal de otra mujer, aunque me haya ofendido de un modo insoportable. Es una postura a la que me he obligado no sin esfuerzo porque conozco bien la condición femenina, es la mía, la observo en las demás, y sé que no hay mujer que no haga un esfuerzo enorme, exasperante, por llegar al final del día. En la pobreza y en la riqueza, ignorantes o cultas, guapas o feas, famosas o desconocidas, casadas o solteras, trabajadoras o desocupadas, con o sin hijos, rebeldes o sumisas, todas estamos marcadas a fondo por una forma de estar en el mundo que, incluso cuando la reivindicamos como nuestra, está envenenada desde sus raíces por milenios de dominio masculino. Las mujeres viven sumidas en contradicciones permanentes y esfuerzos insostenibles. Todo, absolutamente todo, se ha codificado en función de las necesidades masculinas, hasta nuestra ropa interior, las prácticas sexuales, la maternidad. Debemos interpretar el papel de mujeres ajustándonos a modalidades que hacen felices a los hombres, pero además debemos enfrentarnos a ellos, competir en los lugares públicos, haciendo de hombres más y mejor que ellos, y sobre todo procurando no ofenderlos. Una persona joven a la que quiero mucho, me dijo: La relación con los hombres siempre es un problema, he tenido que aprender a no pasarme. Quería decir que se ha adiestrado en no ser demasiado guapa, demasiado inteligente, demasiado combativa, demasiado irónica, demasiado enamorada, demasiado solícita, demasiado independiente, demasiado generosa, demasiado agresiva, demasiado amable. El «demasiado» de una mujer produce violentas reacciones en los hombres y, encima, la enemista con otras mujeres, que se ven obligadas a disputarse a diario las migajas de los hombres. El «demasiado» de los hombres, por su parte, genera admiración y puestos de mando. Como consecuencia, el poder femenino no solo resulta sofocado, sino que, por mor de la tranquilidad, se autosofoca. Tras un siglo de feminismo, todavía hoy, no conseguimos ser nosotras mismas hasta el fondo, no nos pertenecemos. Nuestros defectos, nuestras maldades, nuestros crímenes, nuestras cualidades, nuestro placer, nuestra lengua misma se inscriben obedientemente en las jerarquías de lo masculino, son castigadas o alabadas con arreglo a unos códigos que nos pertenecen muy poco y que por eso nos agotan. Se trata de una condición en la que es fácil resultar odiosas a los demás y a una misma. Manifestar lo que somos con un esfuerzo de autonomía requiere una vigilancia cruel de nosotras mismas sobre nosotras mismas. Por ello me siento próxima a todas las mujeres y, a veces por un motivo, a veces por otro, me reconozco tanto en las mejores como en las peores. ¿Cómo puede ser, suelen preguntarme, que no conozcas ni a una sola cabrona? Claro que conozco a algunas, la literatura y la vida diaria están llenas de ellas. Pero, en conclusión y pese a todo, estoy de su parte.

17 de marzo de 2018

Hijas

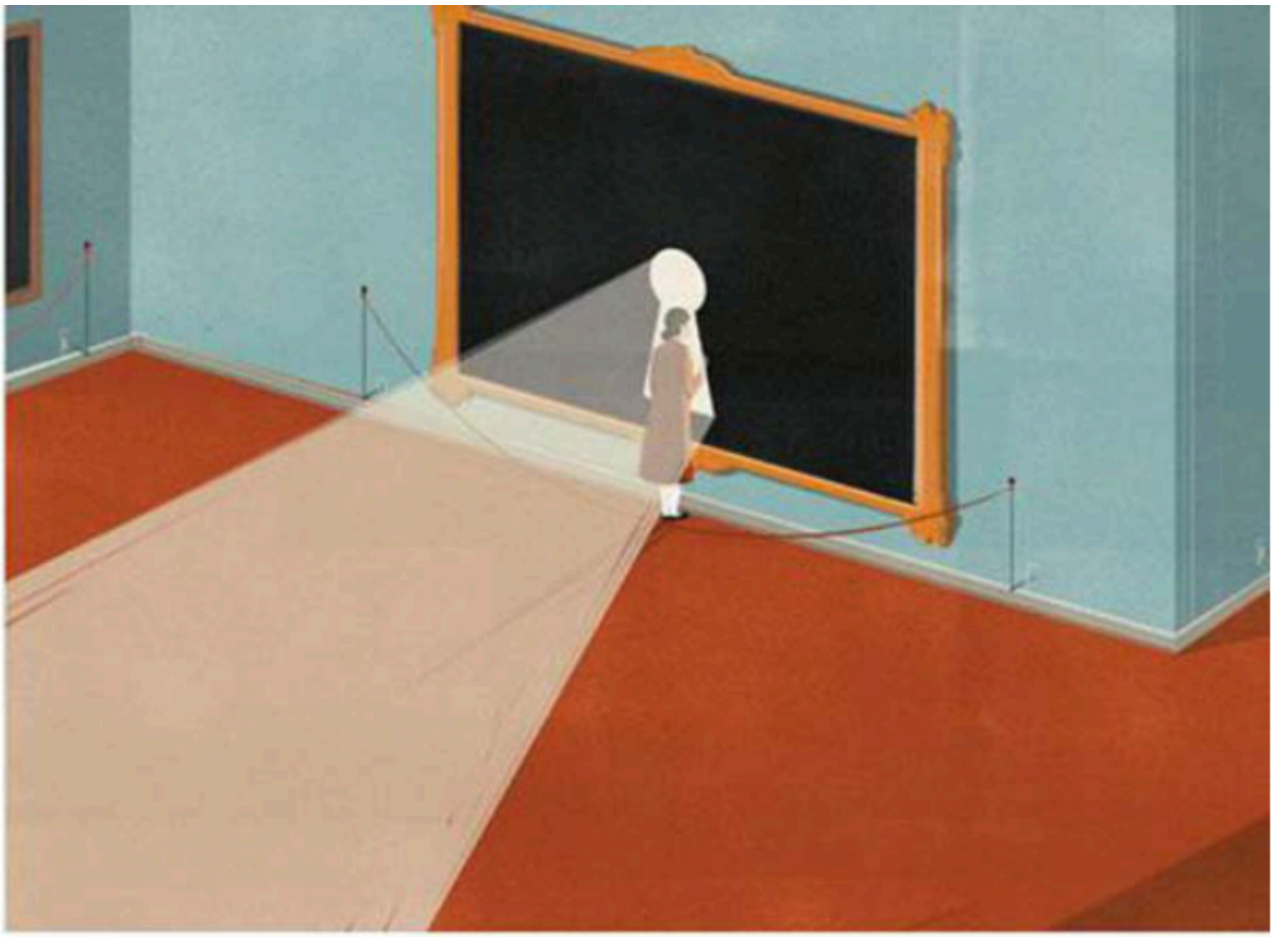
Me encanta reconocerme en mis hijas y, al mismo tiempo, sentir que ellas ponen todo su empeño en diferenciarse de mí. Es un movimiento que me parece positivo, incluso cuando me hace enfadar. No hay día en que no me hagan notar que digo banalidades, nada que se adecue a los tiempos nuevos en los que ellas tienen gran competencia. No hay día en que no encuentren la manera de contraponer su inteligencia a la mía; el objetivo siempre es el mismo: hacerme comprender que más me valdría callar. No hay día en que, en cuanto tengo problemas con el ordenador o con otro instrumento electrónico, no intervengan solícitas para recordarme que soy de la época de la pluma estilográfica y los teléfonos públicos con ficha, en una palabra, que pertenezco al pasado. Las miro y, a veces con satisfacción, a veces con alarma, me veo a mí misma en sus cuerpos, en el tono de sus voces. Durante unos segundos se proyectan en ellas fragmentos de mí y apenas me da tiempo a reconocerlos, como cuando en una página recién escrita ves destellos de la tradición literaria que tienes a tu espalda. Naturalmente, ellas ni siquiera se dan cuenta, lo cual es una ventaja. Confío en que dispongan del mayor tiempo posible para proclamarse milagrosamente nuevas y emplearse a fondo en darme una lección. Yo también me sentí distinta a mi madre y me deshice de su tiempo para dejar sitio al mío. La crueldad de los llegados en último lugar, cuando entran en la fase en la que se sienten los primeros venidos al mundo, es necesaria. Temo mucho a las generaciones que no se distancian de sus padres con soberbio ardor. Es más, las temo especialmente cuando con veinte años los alejan, sí, pero para abrazar comportamientos de sus abuelos y bisabuelos. No tengo ninguna comprensión con los muchachos que, en el mundo de hoy, contraponen la época dorada en la que todos sabían estar en su lugar, es decir, dentro de un orden fundado en jerarquías sexistas, racistas, clasistas. En ocasiones, sobre todo cuando se proclaman adoradores de Mussolini y Hitler, ni siquiera me parecen muchachos, tiendo a tratarlos todavía con más dureza que a los viejos en los que se inspiran. Soñar con el regreso del pasado es la negación de la juventud y me duele cuando descubro que quienes alimentan esos sueños son mujeres jóvenes. Sin embargo, adoro a los muchachos que exigen una buena vida para el género humano en su totalidad y luchan por dotar a su época de una forma antes nunca vista. Confío en que mis hijas sean así por mucho tiempo. Después —está en el orden natural de las cosas— al envejecer, dejarán sitio a un poco de pasado, y me encontrarán dentro de ellas, descubrirán detalles físicos, rasgos de carácter, pensamientos míos, me recibirán con afecto. Tal como me ocurrió a mí con mi madre, ya no tendrán miedo a ser ellas mismas, pese a ser también un poco como yo.

24 de marzo de 2018

Signos de exclamación

Procuro no levantar nunca la voz. También intento expresar entusiasmo, ira, dolor con tonos contenidos decantándome, si es preciso, por ironizar conmigo misma. Lo hago, más que nada, porque temo los excesos, los propios y los ajenos. A veces me toman el pelo, dicen: ¿Quieres un mundo sin exclamaciones de alegría, de sufrimiento, de ira, de odio? Sí, eso mismo quiero, contesto. Me gustaría que en todo el planeta ya no hubiese motivos para gritar, especialmente de dolor. Me gustan la voz baja, los entusiasmos refinados, las protestas amables. Pero como el mundo no va en esa dirección, me empeño en que al menos en el universo artificial creado por la escritura no me dé por exagerar con el signo de admiración. De todos los signos ortográficos es el que menos me gusta. Huele a bastón de mando, a obelisco pretencioso, a exhibición fálica. Si la combinación de palabras nace de intenciones admirativas, se deduce fácilmente del contexto, no hay necesidad de recurrir a ese signo. Sin embargo, debo decir que en estos tiempos no es fácil sostener la causa de los tonos contenidos. Quien escribe se pasa con los signos de exclamación. En SMS, en mensajes de WhatsApp, en cualquier correo electrónico, he llegado a contar hasta cinco seguidos. A veces me da por pensar que no son signo de exuberancia sentimental, sino, por el contrario, de escasa confianza en la comunicación escrita. Se teme que la escritura nos traicione, nos muestre áridos. En alguna traducción de mis libros, en los que me cuido mucho de recurrir a los signos de admiración, me he encontrado con una inesperada profusión de ellos, como si quien traducía hubiese encontrado mi página sentimentalmente desnuda y, por mi bien y el del lector, se hubiese dedicado a una obra de repoblación. Es probable que mis líneas suenen desapasionadas, no lo descarto. Como es probable que allí donde, por algún motivo, expresan tonos inflamados, el lector se sienta más contento si las encuentra encerradas entre unas marcas que lo autoricen a inflamarse. Pero sigo pensando que «Te odio» tiene una fuerza, una honestidad sentimental, que no tiene «¡¡¡Te odio!!!». Al menos al escribir deberíamos evitar hacer como los líderes locos del mundo que amenazan, traman, negocian y luego se muestran exultantes cuando se salen con la suya, reforzando sus discursos con misiles de cabeza nuclear al principio y al final de cada una de sus frases miserables.

31 de marzo de 2018



El único nombre verdadero

Entre las pinturas del Pio Monte della Misericordia, en Nápoles, el mismo y magnífico espacio que acoge el famosísimo cuadro de Caravaggio dedicado a las siete obras de misericordia, hay una que me fascina y que voy a ver todas las veces que puedo. Es la figura de una monja con las manos unidas, los ojos cerrados, la expresión extática. Según la cartela de la derecha se trata de *Nuestra señora de la Soledad*, obra de un artista desconocido del siglo XVII. Desde la adolescencia, siempre me ha gustado el término «desconocido». Significa que cuanto puedo conocer de la persona que hizo este cuadro es la obra que tengo ante mis ojos. Es una buena oportunidad. Puedo dedicarme al resultado puro y simple de un gesto creativo. No debo ocuparme de alguien con un nombre grande o pequeño. Enfrente tengo solo la composición de un ser humano que concentró su energía inventiva y que, descartando otras mil posibilidades en las que emplear su tiempo, luchando contra la materia bruta de los colores, depositó en esta superficie —situándose dentro de la tradición que tenía a su espalda, con toda la habilidad de que fue capaz, olvidándose incluso de sí mismo— su imagen personal de una mujer rezando. Cuanto más miro a la monja, más conozco del desconocido del siglo XVII. No a través de sus datos de filiación, ni a través de la historia de su vida, sino a través de sus estrategias expresivas. En ellas encuentro otra historia escrita en su totalidad, su historia de artista, que es una historia de elecciones estéticas, de adhesiones y rupturas, de inteligencia compositiva, de gramática y sintaxis de la imagen, de sentimientos que cobran forma. En el espacio de la obra de arte, la biografía y la autobiografía tienen una verdad por completo distinta de la que atribuimos a un currículum, a una declaración de la renta. En ese espacio hay, tiene que haber, una libertad de invención que puede permitirse violar todos los acuerdos sobre la verdad en la vida diaria. Para entendernos, el artista de *Nuestra señora de la Soledad* me resulta desconocido únicamente en el plano histórico-biográfico. Por otra parte, me resulta muy conocido en el ejercicio de su función de autor, tan conocido que, por comodidad, podría darle a esa función un nombre, por ejemplo, femenino. No sería en modo alguno un pseudónimo, es decir, un nombre falso, sino el único nombre verdadero que sirve para identificar su poder imaginativo, su habilidad manipuladora. Cualquier otra etiqueta sería un estorbo, pondría en la obra justo eso que se ha dejado fuera de ella para que pudiese mantenerse a flote en el gran río de las formas. Como es natural, el juego podría extenderse también a los artistas que, equivocadamente, no consideramos en absoluto «desconocidos». Si tuviera que dar el nombre de Caravaggio al acto creativo de las *Siete obras de misericordia* y el de Michelangelo Merisi a la persona con una filiación determinada, elegiría pasar gran parte de mi tiempo con Caravaggio y no con Merisi. Merisi me nublaría la vista.

7 de abril de 2018

Relato masculino del sexo

El relato del amor heterosexual me interesa sobre todo cuando escenifica una transgresión grande o pequeña que no se ajusta a la representación canónica. Nada de mujeres hermosas, por ejemplo, sino completamente comunes. O mujeres hermosas que luego dejan ver un defecto físico. O un hombre apuesto que se enamora de una mujer muy fea. Cuando en la tradición literaria, en el cine o en la televisión encuentro historias de este tipo creo que deben tenerse muy en cuenta, pues son una puertecita para asomarnos a una manera distinta de contar el sexo. Intentaré explicarme. En líneas generales, la escena erótica se ha construido en torno al deseo de los hombres en relación con nuestro cuerpo. Desde la lírica del amor a la serie televisiva, hemos sido representadas como la meta más ansiada de su pasión. La mirada masculina nos ha reinventado sin cesar en función de sus necesidades sexuales, dibujándonos opulentas, esbeltas, bajitas, desnudas, vestidas, arregladas, desarregladas. Y nosotras, con tal de sentirnos atractivas, nos hemos adaptado con complacencia, con sufrimiento, con vergüenza, a los modelos de comportamiento, a las poses que, caso por caso, se nos sugerían o se nos imponían. Nuestro placer ha consistido en vernos colocadas de modo indiscutible en el centro del escenario de los hombres, prescindiendo de la satisfacción real de nuestro deseo.

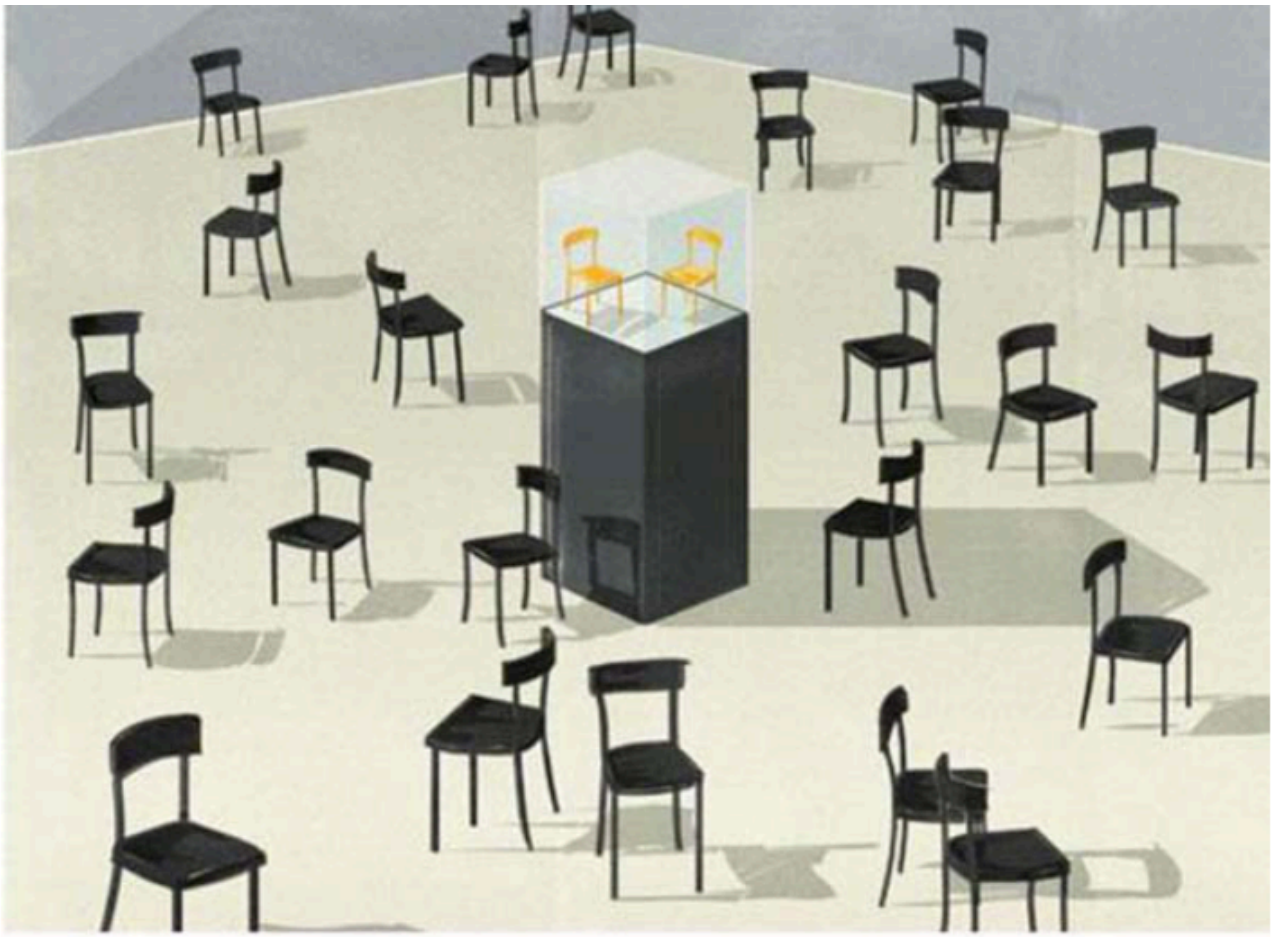
Desde hace un tiempo, las cosas parecen haber cambiado. Por ejemplo, ha surgido el relato del eros homosexual. Y, sobre todo, se ha producido la irrupción de mujeres que escriben, dirigen películas, intentan dotar de una forma a nuestra relación con los hombres. Pero la impresión es que todavía no conseguimos sustraernos al canon que los varones fijaron hace algunos milenios; es más, en contra de nuestras propias intenciones, seguimos metidas en él y potenciándolo. En especial, en las series de televisión y en el porno, hoy se nos muestra a una mujer sexualmente mucho más ansiosa, más imperativa, más fantasiosa, más exigente. El deseo femenino se representa como una explosión sin preliminares, a veces es la mujer —hermosa— quien da el primer paso, casi siempre es ella la que desnuda al hombre con frenesí. Pero justo por eso tengo la impresión de que incluso sin quererlo seguimos sometiéndonos al relato masculino del sexo. Si nuestras abuelas se reconocían en el abandonarse pasivo al deseo de un hombre con la condición de callarse que los orgasmos eran raros cuando no inexistentes, nuestras hijas se reconocen en el activismo erótico más desenfrenado con la condición de callarse que todo ese frenesí es la esforzada y, a veces, penosa adaptación a comportamientos que contribuyen sobre todo al goce de los varones. Por ello los relatos, sean masculinos o femeninos, que obstaculizan la escena erótica tradicional con verdades desagradables me parecen más subversivos que aquellos otros que, potenciando el papel femenino con comportamientos que antes se atribuían únicamente a los hombres, no salen del canon, sino que, por el contrario, lo hacen más estimulante según las necesidades masculinas. Tal vez el primer paso para romper de verdad con todo ello debería ser —en tiempos de YouPorn— un relato femenino que, pese a hablar con detalle de sexo, no resulte afrodisíaco. De ese modo explicitaría lo que nosotras, las mujeres, silenciamos por pudor, por vivir en paz. Es posible que nuestra verdad erótica necesite dar ese paso para comenzar a expresarse.

14 de abril de 2018

Temblor

Todavía hoy me identifico con las tres Marías; cuando van al sepulcro y un ángel les dice que Jesús está vivo y ha resucitado de entre los muertos, se echan a temblar, fuera de sí, llenas de miedo. Ahí se detiene mi experiencia religiosa. Fue cuando tenía unos dieciséis años: leí uno tras otro los Evangelios y la vida de Jesús me pareció terrible. La propia resurrección, más que un final confortante, me pareció aterradora. Confío en tener ocasión de contar con lujo de detalles aquella experiencia de lectora adolescente. Me limitaré a decir aquí que el relato evangélico me dio la impresión de señalar a cada paso que la naturaleza humana era abyecta, que estaba entregada bien a crucificar a sus semejantes y a todos los demás seres vivos, o bien a dejarse crucificar. Pero lo que más cuenta es que ni siquiera lo sobrehumano me convenció; al contrario, me asustó. A mi sensibilidad casi infantil —dieciséis años no eran suficientes para adentrarse en la teología— Dios no le causó una buena impresión. Al abandonarlo en la cruz, se comportaba con su Hijo igual que el padre infame al que se refieren los evangelistas Lucas y Mateo, ese que a su prole que le pide pan le da piedras, le da serpientes, le da escorpiones. ¿Y esa resurrección? ¿Era de veras una compensación justa por la pérdida cruel de la vida terrenal o solo un horrible juego de magia que no resolvía las cosas en la tierra y puede que tampoco en las igualmente confusas del cielo? No, del breve acercamiento a la religión durante mi adolescencia solo me quedó el miedo que expresan las tres Marías en el Evangelio de Marcos. Y aquel temblor nunca ha remitido, sino que, de un modo contradictorio, se ha acentuado frente al cielo nocturno repleto de mundos y, sin embargo, vacío, como lo describió Giacomo Leopardi, el más extraordinario de los poetas italianos. No me gusta la fatua poquedad de los seres humanos que se consideran criaturas elegidas; el antropocentrismo, sea o no religioso, me angustia. El castillo donde nos hemos encerrado declarándonos hijos de Dios y, por lo tanto, señores del universo, me parece una señal de arrogancia. Siento que cuanto hemos dejado fuera oprime con fuerza. Por más que reforcemos nuestra jaula con accesorios cada vez más eficientes, de un momento a otro todo puede desmoronarse y las formas que hemos concebido, incluso las más extraordinarias, resultarán de una insuficiencia ridícula. Tal vez nuestra centralidad esté destinada a ser desmantelada por la furia con que nos pertrechamos de tecnología para hacernos pasar por omnipotentes, omnipresentes e incluso inmortales. El animal hombre debe hacer autocrítica, buscar nuevos equilibrios. El futuro que me interesa es un futuro de total apertura al otro, a cualquier ser vivo, a cuanto está atravesado por el soplo de la vida.

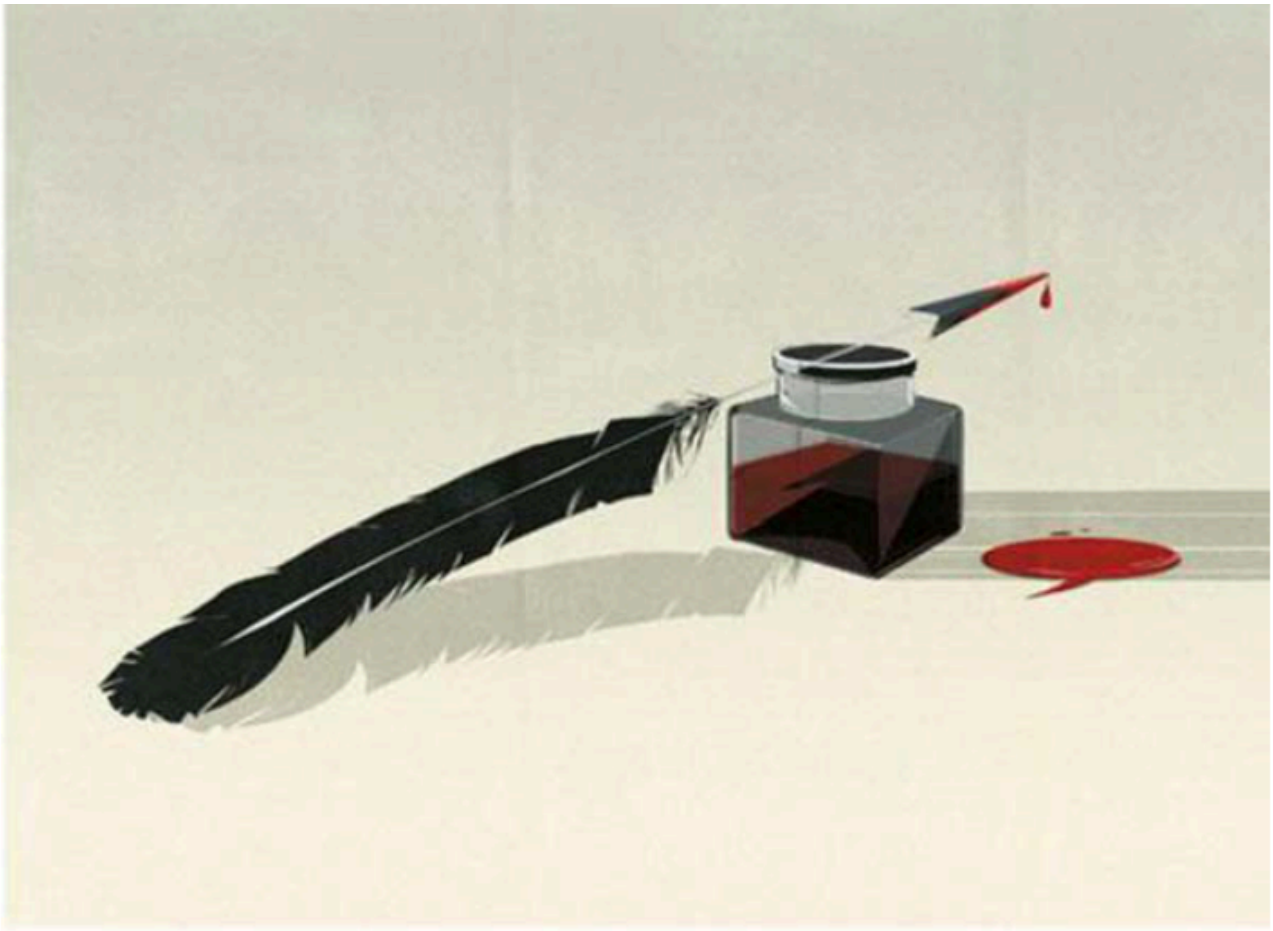
21 de abril de 2018



Amigas y conocidas

En alguna ocasión me dijeron que soy una buena amiga. Me puse contenta y no me atreví a comentar que, en general, tiendo a no acompañar la palabra «amiga» de adjetivos que remitan a una jerarquía afectiva o de fiabilidad. Los encuentro inútiles. Nunca diría, por ejemplo: Es mi mejor amiga. De ello debería deducir que tengo amigas a las que quiero menos, otras de las que me fío poco, otras con quienes la compenetración es menor. Si lo hiciera, me daría por preguntarme: ¿Por qué me considero amiga de ellas, por qué las considero mis amigas? En presencia de jerarquías de este tipo, el término «amiga» no es apropiado. Tal vez debamos tener en cuenta que una mala amiga, una amiga de poco fiar, una amiga con quien nos sentimos escasamente compenetradas, no es una amiga. Tal vez, para aclarar las cosas aunque resulte doloroso, haya que aprender a no decir «una amiga», sino «una persona con la que me relaciono, con la que me he relacionado». El problema radica en que en la vida diaria nos resulta difícil ir en esta dirección. Nos reconforta tener muchas amigas, nos hace sentir populares, amadas, menos solas. De manera que preferimos llamar «amigas» a personas con quienes tenemos poco o nada en común, pero con las que, en caso de necesidad, llenamos un vacío, pasamos una tarde en un café, nos tomamos una copa y hablamos de lo divino y lo humano. Paciencia si después, a la primera ocasión, las calificamos de chismosas, víboras, ácidas, quisquillosas. El caso es que una amiga es tan rara como un verdadero amor. En italiano, la palabra *amicizia* (en castellano, «amistad») tiene la misma raíz que el verbo «amar», por ello, una relación de amistad posee la riqueza, la complejidad, las contradicciones, las incongruencias del sentimiento del amor. Por lo que a mí respecta, puedo decir sin temor a exagerar que el amor por una amiga siempre me ha parecido de una madera muy similar a la del amor por el hombre más importante de mi vida. ¿Dónde está la diferencia? En el sexo. Y no es una diferencia baladí. La amistad no se ve continuamente expuesta al peligro por las prácticas sexuales, por cuanto hay de arriesgado en la mezcla de sentimientos elevados y en el impulso de los cuerpos a dar y a darse placer. Es cierto que hoy, por lo que veo, está cada vez más difundida la amistad sexual. Sin embargo, se trata de un juego que procura mantener a raya tanto la fuerza invasora del amor como el rito descarnado del sexo. Pero, de nuevo, no diría que se trata de sexo entre amigos. Así como escasean los grandes amores y abundan los amantes, igual de escasos son los amigos y abundantes los conocidos con quienes, a lo sumo de vez en cuando, se termina en la cama.

28 de abril de 2018



Profundizaciones

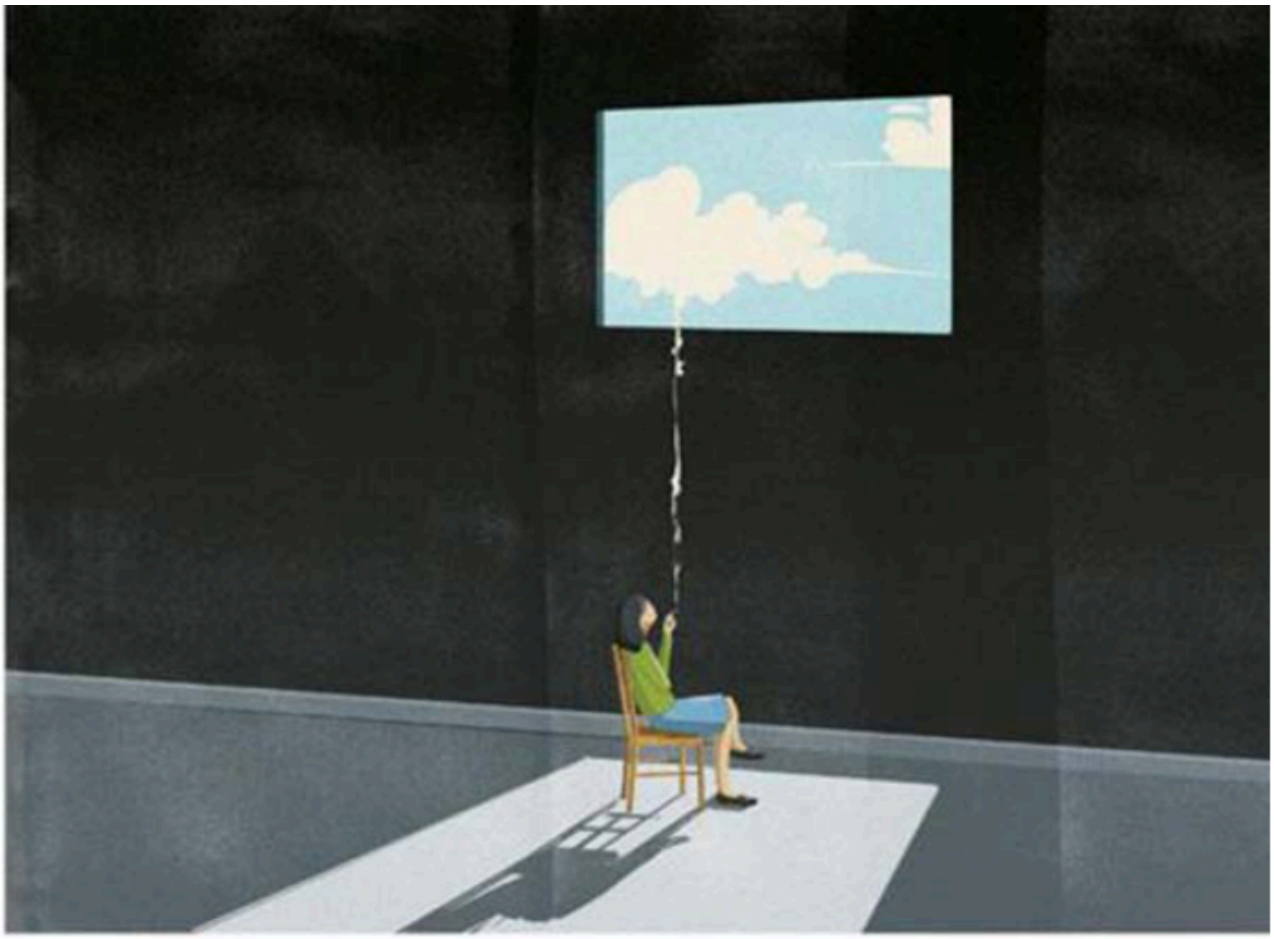
No hay nada de lo que no escribiría. Es más, en cuanto me doy cuenta de que se me pasa por la cabeza algo que nunca pondría por escrito, más me empeño en hacerlo. Algunos dicen que es preciso vigilar, que quienes escriben no deben necesariamente dar voz a todo. Una parte de mí está completamente de acuerdo. Me gusta la escritura que adopta una especie de estética de la reticencia, la escritura que sugiere, la escritura que alude. Y me encuentro entre quienes consideran una gloriosa conquista de la literatura mundial la frase con la que Alessandro Manzoni sintetiza, en *Los novios*, la entrega de la monja Gertrudis a los deseos del terrible Egidio: «La desventurada respondió». La reticencia es adecuada y buena y, sin duda, efectiva, cuando aquello que callamos es, en definitiva, imaginable. Su aplicación no se aleja demasiado de la antigua fórmula: «Y lo demás lo dejo librado a vuestra imaginación». Se le saca mayor partido cuando lo sugerido por quien escribe forma parte de la experiencia común. Durante mucho tiempo he intentado aprender este arte y, con frecuencia, he tratado de practicarlo. Pero debo decir que escribo con más dedicación cuando cavo hondo en situaciones y sentimientos, diría que casi manidos, para sacar a la luz todo aquello que, por costumbre, por vivir en paz, tendemos a callarnos. No me interesa escribir algo jamás escrito. Me interesa lo corriente o, mejor aún, aquello que para nuestra tranquilidad hemos embutido en el uniforme de lo corriente. Me interesa para hurgar en su interior, para ponerlo patas arriba, para no callar nada. Sé que de esta manera termino escribiendo historias que pueden incomodar y en el pasado lo he lamentado. Me gustan los relatos que decido publicar, siento apego por los personajes que he puesto a punto, y me entristece oír: Debiste parar; pero no, insiste; ahonda todavía más; por favor, basta. Y no hablemos de cuando alguien me advierte: La protagonista de una historia debe ser simpática, no debe albergar sentimientos horribles, no debe hacer cosas desagradables. En una ocasión llegaron incluso a no publicarme un libro que ya estaba traducido y listo para la imprenta porque —según dijeron— habría podido ejercer una mala influencia en las madres. Puede ser. En realidad, nunca se sabe qué efecto tienen las historias que escribimos. Y si nos equivocamos, las lectoras y los lectores están en su derecho de castigar a quien escribe dejando de leer sus obras. Pero sigo pensando que cuando nos atribuimos de modo más o menos arbitrario la tarea de contar no debemos preocuparnos por la serenidad de quien nos lee, sino solo por construir ficciones que ayuden a contemplar la condición humana sin demasiados filtros.

5 de mayo de 2018

La escritura que urge

El que siente necesidad de escribir debe hacerlo sin falta. No os fieis de frases como: Te lo digo por tu bien, no pierdas así el tiempo. Desalentar con palabras afectuosas es una de las artes más practicadas. Tampoco deis crédito a quien dice: Eres joven, tienes poca experiencia, espera. No se aplaza la escritura para cuando hayamos vivido bastante, hayamos leído lo suficiente, tengamos un escritorio propio, en un cuarto propio con un jardín propio y vistas al mar, ni para cuando hayamos pasado por experiencias extremas, hayamos vivido en una ciudad estimulante, nos hayamos retirado a un albergue de montaña, hayamos tenido hijos, hayamos viajado mucho. Publicar sí se puede posponer, sin duda, incluso se puede decidir no publicar nada. Pero en ningún caso escribir debe subordinarse a un «después de». Cuando la escritura es nuestro modo de estar en el mundo no puede sino afirmar sin cesar su primacía sobre otras mil cosas de la vida: el amor, el estudio, un trabajo. La escritura se impone también cuando no hay papel y pluma y demás elementos, porque nuestra cabeza en perpetua adoración de la palabra escrita dicta frases incluso cuando faltan los instrumentos para fijarlas. En fin, el escribir está siempre ahí, es urgente, y, además, aleja con un gesto irreflexivo a las personas a las que amamos, incluso a nuestros hijos, que nos llaman para jugar. El sentimiento de culpa llega después, una vez consumados los hechos; es más, si surge antes, si no conseguimos reprimirlo, si prevalece la responsabilidad de los afectos, quizá esa sea la prueba de que la escritura no tiene fuerza suficiente, de que la nuestra es una vocación frágil y de que, por suerte —sí, por suerte— en el plano humano somos mejores que la media de los artistas con su egocentrismo. Pero mucho cuidado, evitemos confundir nuestros áridos, soberbios y crueles delirios creativos con un sello de calidad. El afán de dar forma escrita al mundo no es en sí mismo garantía de buenos resultados. Nada asegura que el escribir, incluso cuando la vocación es sólida, genere obras memorables. Se puede tener éxito, sin duda, transformar la furia de escribir en un trabajo rentable. Pero nunca consigues reducir el valor de la escritura a un perfil profesional con su currículum, a una carrera con sus ingresos correspondientes, a los premios de producción. El éxito y esa pizca de prestigio que a veces se deriva de él nada prueban, en especial si las ambiciones literarias son grandes. El descontento permanece y, se obtenga o no el éxito, la escritura seguirá recordándonos que es un instrumento con el que se puede conseguir mucho más de lo que hemos sido capaces. Por ello, de modo maniático y desesperado el ejercicio dura toda la vida. Y aunque los demás nos digan que con eso ya basta, que hemos dado cuanto podíamos dar, nosotros no nos fiamos, no debemos fiarnos. Hasta el último suspiro nos atormentaremos con la sospecha de que justo en el momento en que nos ha parecido haber ganado, en realidad, hemos perdido.

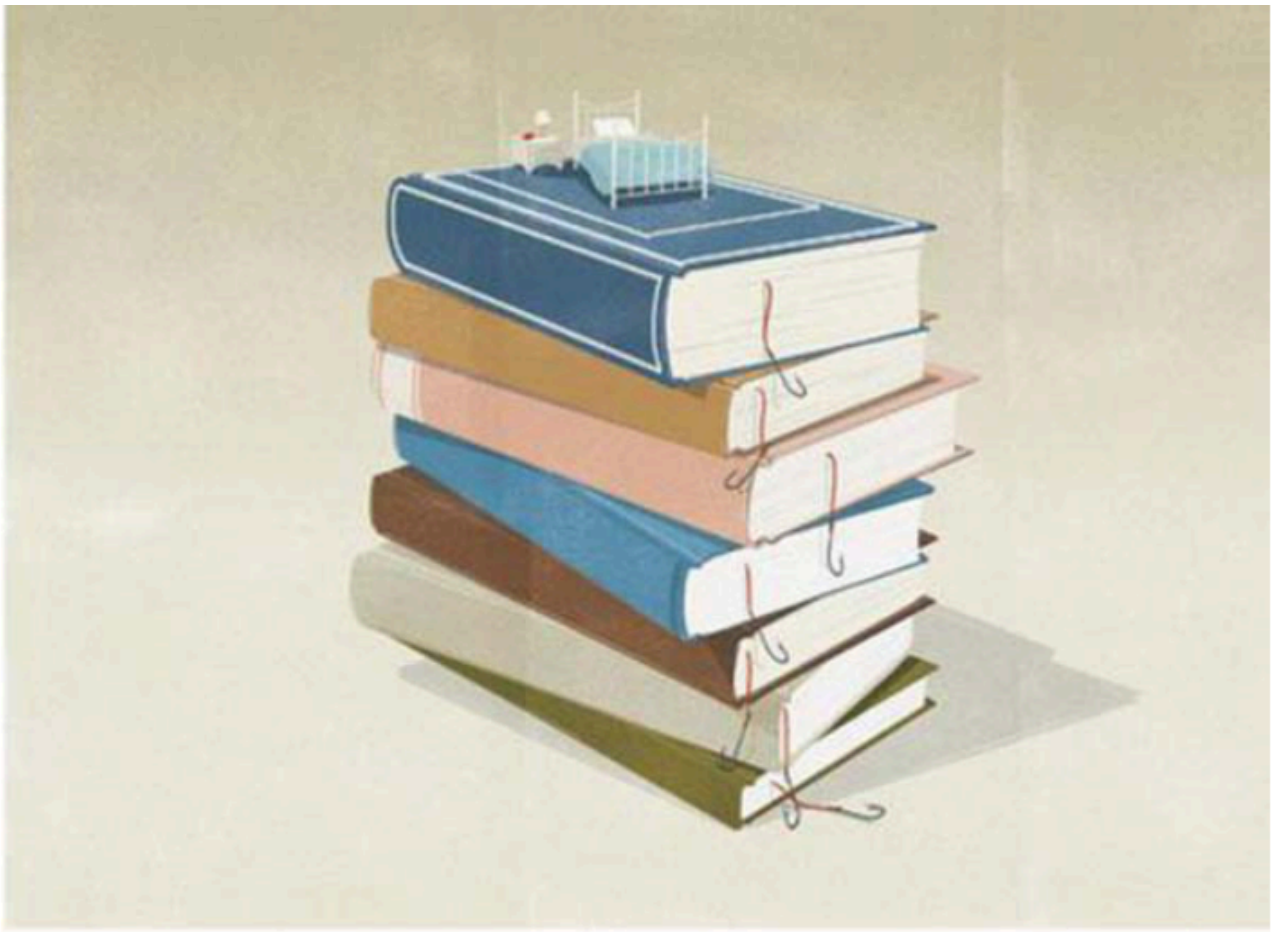
12 de mayo de 2018



Dependencias

La única dependencia que conozco bien es la del tabaco, fumo desde los doce años. Envenenarme de otras formas me ha intrigado, pero nunca me ha seducido. Quería escribir, y hacerlo presa del alcohol o de otras sustancias estupefacientes no me parecía que pudiera ayudarme. Por supuesto, un apreciable número de escritores había obtenido clamorosos resultados atiborrándose de *whisky* u otras sustancias y me desalentaba ese miedo mío a abandonarme. ¿Qué clase de escritora sería si no aceptaba sustancias que me permitiesen desatarme? Por otra parte, me bastaba un sorbo de coñac para ser incapaz de juntar dos palabras seguidas. De manera que el único estimulante que me ayudaba de veras era el tabaco asociado a muchísimo café. Cuánta cafeína, cuánta nicotina he consumido a lo largo de los años. En cierto momento dejé el café, pero durante decenios, en mi existencia no hubo nada que no estuviera acompañado de un cigarrillo. Para mí, la dicha pura fue escribir fumando, fumar escribiendo. Evidentemente, sabía que era una dicha engañosa, sabía que tendría que dejarlo, sabía que me hacía daño a mí y a los demás. Y a intervalos regulares intenté poner fin a esa esclavitud, lo anunciaba sin cesar, lo hacía. Pero la falta de un cigarrillo entre los dedos me angustiaba. Sin tabaco me sentía más inepta que de costumbre, temía descubrirme mucho peor que como imaginaba ser. No poder fumar me llevaba incluso a no querer encontrarme con personas a las que atribuía grandes cualidades, a las que apreciaba, cuya estima y amistad valoraba. Estaba convencida de que metería la pata en algo, resultaría descortés, no tendría nada inteligente que decir. Y así, volvía a fumar, al principio, a escondidas, como impulsada por una pasión clandestina, que luego se desborda más de lo normal precisamente a causa de su clandestinidad. Hasta que después de muchos intentos, hace diez años lo dejé de verdad, pero con gran sufrimiento. En aquella época supe que no conseguía alejarme del tabaco por temor a ver el mundo en toda su tajante nitidez. El tabaco, el alcohol o la cocaína son, en distintos grados, unas gafas oscuras, y ofrecen la impresión de aguantar mejor el choque con la vida, de saborearla con mayor intensidad. Pero ¿es cierto? ¿Lo que nos somete nos fortalece? Durante mucho tiempo creí que sin encender un cigarrillo sería incapaz de escribir ni media línea, que la escritura, lo que más me importaba, se me resistiría para siempre. Todavía hoy a veces me convenzo de ello y me descubro a punto de recaer y volver a fumar. Hasta ahora me he salvado solo porque en el momento adecuado una parte muy débil de mí me ha susurrado que tranquilizarme con cuarenta cigarrillos al día tal vez me impidió escribir como habría podido hacerlo.

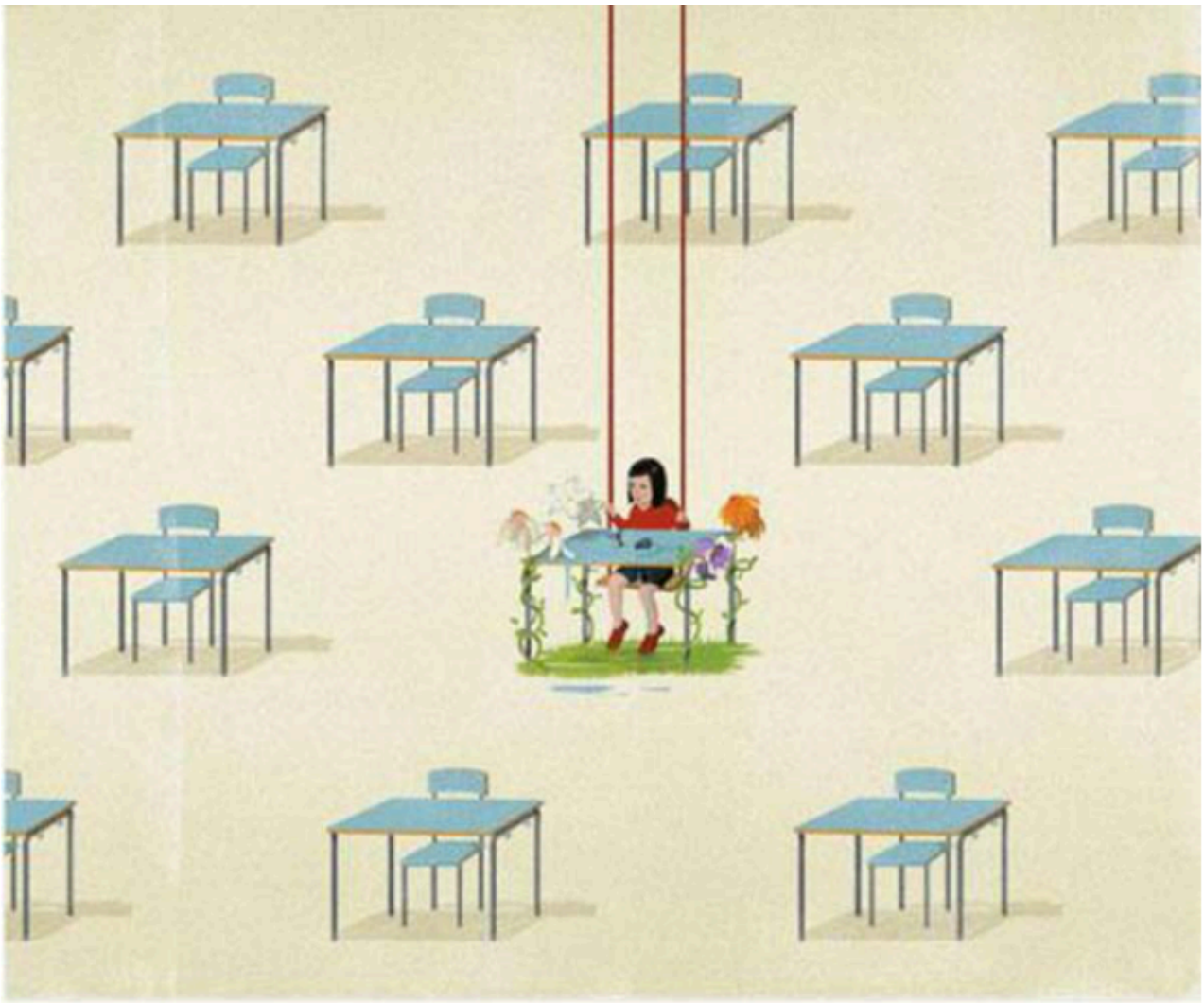
19 de mayo de 2018



Sin sueño

Tengo una larga y dolorosa experiencia de lo difícil que puede llegar a ser conciliar el sueño. Hace mucho tiempo me iba a la cama muy tarde, sobre todo para poder leer y escribir. Pronto tuve que dejar de hacerlo. La lectura me producía un estado de sobreexcitación y, contrariamente a lo que suele ocurrir —leemos unas páginas para poder dormirnos—, cuanto más leía, más se me pasaba el sueño. La cuestión no era la calidad de los libros. El sueño desaparecía con libros mediocres, con grandes libros, con novelas, con ensayos. Leer me despertaba las ganas de escribir y escribir me despertaba las ganas de leer. Me pasaba la noche sin pegar ojo y el día estaba perdido, me sentía atontada, me dolía la cabeza, no conseguía hacer nada. Tardé mucho en resignarme a la idea de que después de las ocho de la noche no debía abrir un solo libro, no debía escribir. Me pareció una limitación enorme, pero fue necesario, porque al no dormir se me quitaban las ganas de vivir. De modo que cedí y, durante un tiempo, las cosas mejoraron un poco. Pero en las épocas en que dedicaba todo el día a escribir, el insomnio no tardó en reaparecer de un modo que me asustaba. Dormía, pero tenía la impresión de seguir escribiendo palabras y más palabras. Un médico me dijo una vez que para leer y escribir también son necesarios organismos apropiados y que el mío no lo era, no aguantaba el esfuerzo. Entonces dejé de leer y escribir por completo durante muchos meses, deliberadamente me cansé solo con las tareas cotidianas. Me resultó muy útil, porque me permitió comprobar que la escritura y la lectura en cuanto tales poco tenían que ver con el insomnio: incluso eliminándolas del todo, me costaba dormirme. De hecho, bastaba con medio pensamiento fugaz para abrir la puerta a una obsesión: miedo por mis familiares, celos, insatisfacciones. En la oscuridad, con los ojos cerrados, analizaba con todo detalle mis comportamientos y los ajenos, me convencía de deslealtades y traiciones, las inventaba con suma verosimilitud. En una palabra, las altas horas de la madrugada en las que todo debía nublarse y desaparecer me entregaban a una vigilancia insostenible de mí misma y de las personas a las que amaba y que creía que me amaban. Hacia los treinta años empecé a tomar pastillas, pero por más fuertes que fueran, conseguía dormir a lo sumo tres o cuatro horas por noche. En un momento dado llegué a pensar que rendirme al insomnio me ayudaría más que los somníferos. De manera que volví a leer y a escribir cuando tenía ganas, con frecuencia ni siquiera me iba a la cama. Hoy duermo poco y mal por la noche, pero bastante a primeras horas de la tarde. Si lo que leo o escribo me gusta, no pego ojo; si me disgusta, caigo en un sueño frágil de decepción y descontento. He tirado la toalla y duermo un poco como y cuando puedo, sin obligación. En general, me encuentro bien.

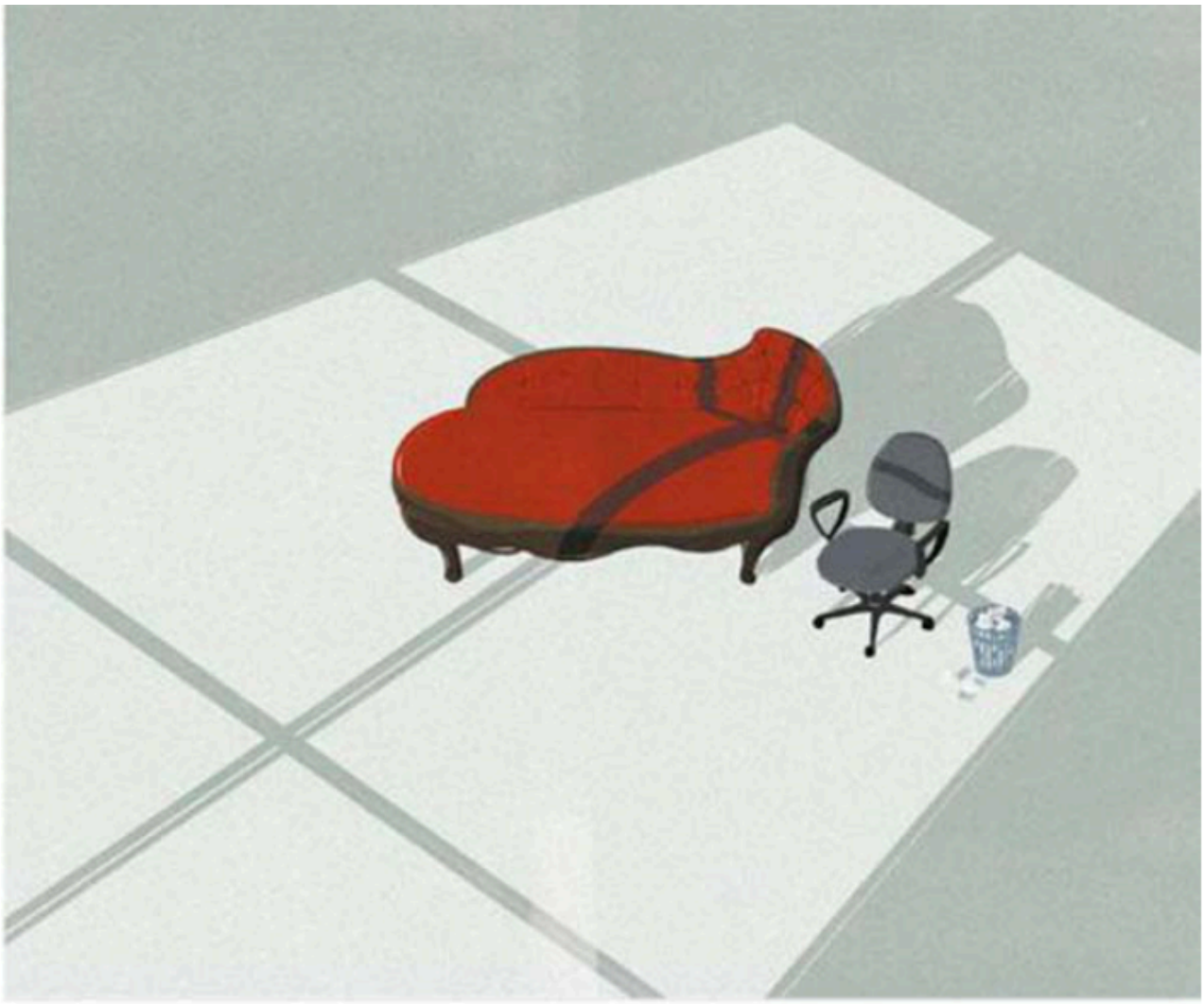
26 de mayo de 2018



El placer de aprender

De todos los años que pasé en la escuela y la universidad solo recuerdo con placer los de primaria. No quiero decir que el resto de mi itinerario de formación hasta la licenciatura haya sido una pérdida de tiempo. Al contrario, para evitar equívocos, quiero subrayar cuán feliz me hizo, de adolescente, descubrir el latín y el griego, la filosofía, las matemáticas, la química, la física, la geografía y, sobre todo, la geografía astronómica. Pero la escuela secundaria y después la universidad solo tuvieron la función de introducirme en sectores del saber de los que lo ignoraba todo. Descubrí disciplinas. El horario escolar estipulaba: a las ocho hay una asignatura que se llama latín, a las nueve, una que se llama griego, a las diez, una que se llama filosofía, y la estudiarás durante cierto número de años, cinco, tres, incluso uno solo. Pero nunca me pareció que saber latín o griego tuviese un valor, que implicara, por ejemplo, poder leer las obras de Eurípides o Séneca en la lengua en la que habían sido escritas. Las consideraba una ocasión de puro ejercicio escolar, eran lenguas muertas cuyo estudio servía para conseguir una buena nota, un diploma, un posible trabajo. Por ello puedo decir con serenidad que solo después de licenciarme empecé a aprender en serio. Antes no había habido aprendizaje, solo una ejercitación continuada, respetuosa, obediente que servía para ocupar puestos elevados en la jerarquía de la destreza. En general, yo era de las primeras en la lista de los mejores; sin embargo, todas las nociones que entonces memorizaba para destacar se han difuminado. En la cabeza no solo no guardo nada, sino que me ha quedado la impresión de haber estudiado muchísimo sin aprender, de haber hecho un esfuerzo enorme sin disfrutar siquiera un instante. Los años de la escuela primaria, en cambio, me dejaron el recuerdo nítido del prodigio por el cual las horas pasadas en los pupitres se transformaban en unas competencias claras —saber leer, saber escribir y las cuatro reglas—, pero también en mil datos subsidiarios. Hoy no sabría contar con detalle cómo cobraba forma ese sentimiento de orgulloso asombro, también en ese caso, la memoria se ha difuminado, debería inventar anécdotas eficaces, porque en la cabeza no guardo nada de lo ocurrido realmente. Pero el prodigio —el prodigio de saber leer, de saber escribir, de saber transformar los signos en cosas, paisajes, personas, sentimientos, voces, o al revés, de saber reducir toda la realidad, cada fantasía, cada proyecto, a signos del alfabeto, a cifras—, el prodigio, digo, ha quedado en mí y perdura muy vivo. De todos los años que siguieron recuerdo el esfuerzo, las ansias por hacerlo bien, alguna humillación, algún fracaso desagradable, varios éxitos, pero nunca aquel prodigio complacido. Tuve que dejar de ser estudiante para empezar otra vez, bruscamente, a aprender asombrándome. Hoy, de nuevo ha dejado de suceder, pero espero que con el tiempo vacío de la vejez regrese el asombro.

2 de junio de 2018



Desazón

Nunca me he sometido a una terapia de psicoanálisis, aunque siempre he estado a punto de hacerlo. ¿Qué me impulsaba? A menudo la sensación de insuficiencia. Más a menudo, lo contrario: un sentimiento de exceso que me hacía sentir como si hubiese bebido agua hasta ahogarme. Y luego una desazón permanente siempre mantenida a raya por la costumbre de los buenos modales, los tonos cordiales. Y la tendencia a dar un paso atrás cada vez que un deseo arriesgado me parecía realizable. Por último, una infelicidad leve pero que no se pasaba, como un pequeño dolor articular con que se aprende a convivir. ¿Y en cambio qué me hacía desistir? Tener que contar a una persona desconocida, sin ninguna importancia en mi vida, todo aquello que se me pasaba por la cabeza. Me parecía una violencia a la que yo misma aceptaba someterme, y encima pagando. Tenía la impresión de ceder a un chantaje, daba por descontado una especie de discurso mudo del posible analista que sonaba así: Tengo el poder de ayudarte, pero si quieres que ejerza ese poder, en un horario fijo, a cambio de unos cuantos billetes, deberás proporcionarme recuerdos, pensamientos, creencias, todo, incluso las mentiras que te cuentas. En algunas épocas, para librarme de la necesidad que sentía de psicoanalizarme, alegué pretextos como la falta de dinero. No puedes empeorar la situación económica de tu familia para mejorar tu existencia, me decía. Y me consolaba pensando: Hay mucha gente que no tiene dinero para una terapia, tu desazón forma parte de la desazón de una franja enorme del género humano que seguramente necesita más ayuda que tú. Pero incluso cuando mi situación económica mejoró, no fui a terapia. Es más, para resistirme, recurrí a mi lado anárquico secreto: me negué a establecer una relación en la que me encontraría en una posición subordinada, obligada a someterme a un poder, el poder enorme de quien calla mientras tú sueltas la parrafada, de quien te interroga sin nunca contestar de veras tus preguntas y te oculta sus pulsiones mientras tú desvelas las tuyas del modo más frágil, de quien te vincula a sí mismo con la promesa nunca hecha de que, aunque tus sufrimientos jamás terminarán, aun así tarde o temprano se convertirán en tolerables. Hoy podría someterme a terapia sin alegar pretextos, más bien dando rienda suelta a un impulso que viene de lejos. Ha llegado el momento, me digo. No tengo problemas económicos y, sobre todo, ya no necesito demostrarme que no me dejo doblegar por ningún poder, grande o pequeño. ¿Qué me frena entonces? Probablemente, el hecho de que entretanto he leído demasiado y la curiosidad se ha atenuado. Probablemente, con fastidiosa presunción, me parece saber bastante del asunto para ser yo misma quien se explique a sí misma sin recurrir a expertos. Probablemente, al envejecer, ha envejecido también mi desazón, como si se hubiese adormecido. Probablemente, y quizá esta sea la clave: nunca me sentí de veras mal. Quien está de veras mal busca —debe buscar— ayuda enseguida.

9 de junio de 2018

Los que ganan, los que pierden

No me gusta la catalogación de los seres humanos en ganadores y perdedores. O quizá no la entiendo. Pienso en la simbología que sirve para identificar al que ha ganado. En primer lugar, el dinero, es decir, la posibilidad de adquirir objetos de lujo, el consiguiente gusto por exhibirlos como prueba de la propia superioridad. O el ejercicio de un poder, el uso de gestos mínimos para obtener aquello que al común de los mortales le cuesta trabajo y penas. O esa especie de nobleza que se deriva de la fama mediática, una sangre azul de la notoriedad que asegura el privilegio de no tener que ganarse la atención de los demás cada vez, el de ser reconocido con entusiasmo al primer vistazo. O la permanente escenificación de la felicidad, corolario obligado, dado que, si se tiene dinero en abundancia, si se ejerce poder, si se disfruta del estatus de VIP, solo se puede ser feliz. Si no fuera porque todos los rasgos del ganador pronto se revelan poco veraces y sobre todo precarios. El dinero, el poder, la fama, la felicidad no tardan en resquebrajarse y desvelar su inconsistencia. Y cada vez que la figura del vencedor se derrumba reconduciendo la apariencia de una determinada victoria a la sustancia del fracaso, también se derrumba la del perdedor, expresión con la que se clasifica a la persona que ya no puede exhibir más que el estado del vencido: nada de bienes de gran lujo, nada de poder, ninguna fama, sensación de infelicidad que se deriva de la impresión de haber fracasado. Quizá el verdadero espectro que acecha detrás de la división en ganadores y perdedores es precisamente el miedo al fracaso. De jovencita era lo que más temía. Fracasar en la escuela, fracasar en la conquista de un trabajo, fracasar en cualquier prueba, de gimnasia o matemáticas. Ponía un empeño agotador en todo aquello que tuviera aunque solo fuese la apariencia de competición porque intuía que un fracaso lleva a otro, surge la lista de los buenos y los malos, y cuando vas a parar a la de los malos, resulta arduo pasar a la de los buenos. Dediqué mucho tiempo a entender que estas catalogaciones son tan crueles como arbitrarias y hacen como si no existieran las desigualdades socioeconómicas, las discriminaciones sexistas y racistas, el consiguiente y muy culpable desaprovechamiento de inteligencias. Hacemos clasificaciones sin tener en cuenta el azar: el lugar de nacimiento, la familia de origen, la disparidad de oportunidades, etcétera. En una palabra, las condiciones de partida son todavía hoy demasiado distintas, incluso en esta parte del mundo llamado avanzado, para pensar en competiciones sin trucos. Por lo que a mí respecta, si pudiera eliminaría conceptos como fracasar, ganar, perder que, en el estado actual del mundo, carecen por completo de fundamento objetivo. Si no hubiera más remedio, me limitaría a las competiciones como las planeadas por Alicia en el País de las Maravillas. Allí no se pierde, todos ganan y el fracaso no existe.

16 de junio de 2018

Humor de perros

Nunca he sido políticamente activa. No he organizado marchas ni manifestaciones ni he colaborado en su organización. Siempre me he limitado a participar —solo a participar— en todas aquellas iniciativas que me parecían necesarias y urgentes para el bien común. En ocasiones me alarmé mucho, temí por la suerte de la democracia en mi país. Pero fueron más las veces en que pensé que se magnificaban adrede nuestros miedos y los ajenos. En los últimos años no he compartido la gran alarma por el ascenso político del Movimiento 5 Estrellas. Tampoco me ha convencido el término «populismo», válido hoy para todas las fuerzas políticas, antiguas y nuevas, por lo que en resumidas cuentas resulta inútil. El Movimiento me ha parecido más bien un catalizador importante del descontento de masas generado por la forma inadecuada, a menudo desastrosa, de gestionar la crisis económica y los cambios que estamos viviendo tanto en la derecha como en la izquierda, tanto en Italia como en el resto de Europa. Nunca he votado al Movimiento 5 Estrellas; por formación estoy demasiado alejada de su lenguaje enredado, a veces ingenuo, a veces trivial. Pero sigo considerando que ha sido un error muy grave presentarlo como un peligro para la democracia italiana y, más en general, para Europa. La guerra contra el Movimiento ha impedido ver que el peligro estaba en otra parte. Me refiero a la Liga de Matteo Salvini, una fuerza política mucho mejor organizada que el Movimiento 5 Estrellas y falsamente domesticada por años de gobierno con Berlusconi. Debo reconocer que no siento ninguna simpatía por Salvini. No me refiero a su persona, naturalmente. Más bien me disgusta lo que representa, del mismo modo que me disgusta lo que en este planeta representan aquellos a quienes él otorga mucho crédito: Putin, Trump, seguidos de Marine Le Pen, Orbán y otras figuras afines. El secretario de la Liga —hoy parte muy relevante del nuevo gobierno— está en la línea de la peor tradición de la política italiana. Ampliamente subestimado, utilizado por las cadenas de televisión para animar los programas de debates y generar espectáculo, con el tiempo ha resultado cada vez más convincente con su aspecto de afable hombre común que conoce a fondo los problemas de la gente común y que, en el momento oportuno, sabe dar puñetazos xenófobos y racistas en la mesa. A veces me imagino con angustia que el consenso en torno a los malos sentimientos que Salvini encarna y estimula está destinado a extenderse más allá de sus propias intenciones, a desembocar en una inhumanidad de masas que en tiempos de crisis siempre acecha, y acabará uniendo razones divergentes: las del beneficio y las de amplios sectores sociales postrados por la precariedad económica y el miedo al futuro. En cuanto a los 5 Estrellas, quisieron con todas sus fuerzas gobernar el país para sacarlo de su tradicional ineficiencia. Pero hoy parecen estar sentados en los sitiales —con el de presidente del Consejo a la cabeza— para hacerse acreedores de todas las culpas que normalmente se atribuyen a los políticos en el poder. A su debido tiempo, su primer acusador será Salvini.

23 de junio de 2018

En suspenso

Unas pocas y cautas notas sobre los puntos suspensivos. Son agradables. Parecen piedras como las que afloran en el agua y sobre las que es un placer y un peligro saltar, cuando se trata de cruzar un torrente sin mojarse. Hoy, especialmente en la comunicación electrónica, es tan grande su fuerza de sugestión que los tres puntos canónicos ya no son suficientes; se ponen cuatro, cinco, incluso seis seguidos: Estoy aquí…, me atormento…, me pregunto dónde estarás…, pienso en ti…, me gustaría volver a verte, pero… Seguro que son muy comunicativos, indican muchas cosas: ansia, vergüenza, timidez, incertidumbre, la malicia de decir y no decir, un momento en que estábamos a punto de excedernos y después nos contuvimos e incluso una forma de tomarse tiempo. No obstante, insisto, me gustan, en los textos ajenos ni siquiera me molestarían si en lugar de los tres habituales me encontrara con diez. Pero a partir de cierto momento la vista empieza a correr, a pasar exasperada por encima de los puntos para poder volver a aferrarme cuanto antes a las palabras. En mis textos los he considerado una coquetería, como cuando se pestañea entreabriendo los labios con fingido asombro. En fin, un exceso de suspensiones graciosas acompañadas de pestañeos. Acabé por excluirlos de modo definitivo cuando, partiendo de fastidiosas experiencias mías, me convencí de que una vez iniciado, ningún discurso debe suspenderse. Me refiero a la comunicación oral incluso antes que a la escrita. Si asumimos la responsabilidad de comenzar una frase, debemos completarla, incluso si te gritan, incluso si te insultan, y tú misma te arrepientes de haber empezado a hablar, pierdes confianza, ya no te salen las palabras. En mi decisión nada tuvo que ver la escritura, puede que tampoco los puntos suspensivos, sino la idea misma de la suspensión. A veces callamos por vivir en paz o por interés, sabemos que no hay que abrir la boca porque, de lo contrario, todo se echará a perder para siempre y no queremos que eso ocurra. Con más frecuencia callamos por miedo, por complicidad. Se podrá criticar el silencio cuanto se quiera, pero tiene el mérito de ser una elección clara. Es cuando decidimos romperlo, hablar, cuando debemos ir hasta el fondo sin escabullirnos, sin matizar, sin elipsis ventajosas. De modo que sí, creo que a esto se debe mi supresión de los puntos suspensivos. Una antigua admiración por el fundido en negro se ha transformado con los años en aversión por la divagación. Si tienes que hablar, habla, me digo, y ve derechita por tu camino, sin puntos suspensivos. Tanto es así que incluso cuando los diálogos los imponen (sobre todo es en esos casos en que los puntos suspensivos se desmandan) hago lo imposible por evitarlos o, si no lo consigo, prefiero reducirlos de tres a uno, con una interrupción brusca. De modo que en lugar de «Me gustaría volver a verte, pero…», me inclino por «Me gustaría volver a verte, pero–». Debemos pagar las consecuencias de una frase truncada, notar su fealdad, si queremos acostumbrarnos a llegar siempre, al menos con las palabras, hasta el final, y punto.

30 de junio de 2018

Artefactos

A lo largo de mi vida, tanto en la pantalla grande como en la pequeña, he tenido intensas relaciones sentimentales con varias representaciones de actores y actrices. El último de mis apegos ha sido a la sombra que por comodidad llamo aquí Daniel Day Lewis. ¿Se trata de una atracción física? Es posible. Digamos que seguramente responde a un modelo de hombre que me gusta: huesudo, de cara alargada con unos rasgos de una armonía no empalagosa. Pero, como se ve, no recurro a muchas palabras para decir lo que me entusiasma de este cuerpo masculino, al contrario, me muestro deliberadamente genérica. El motivo radica en que Daniel Day Lewis me interesa igual que me interesaría cualquier otro hombre huesudo, con rasgos de una armonía no empalagosa. Es más, digamos que no siento curiosidad alguna por cómo es en realidad y si llegase a cruzarme con él en la calle, me imagino que ni siquiera lo reconocería. Lo amo, pero no en la realidad, sino en las películas en las que ha participado. Lo amo por la forma estudiada en que la luz del plató lo ilumina, por cómo lo fotografían, por la fuerza de las vicisitudes dentro de las cuales se mueve su cuerpo, por la inteligencia de los diálogos que alguien ha escrito y que él declama, por la fantasía con que lo ha dirigido algún director, por el arte de la maquilladora, por los trajes de aquí y de allá que ha llevado, por la eficacia de las oficinas de prensa, etcétera. De hecho, hace tiempo que he dejado de pensar en las estrellas como seres humanos realmente existentes. Hoy sé que en el origen de los amores a los que nos inducen las fábricas de historias no hay una persona física, sino un conjunto de especializaciones. Al amar a Daniel Day Lewis, adoro a los novelistas en cuyos libros se basan las películas, a los guionistas que han orquestado los guiones, y luego a los directores, a los directores de fotografía, a los técnicos de luz y sonido, a los escenógrafos, a los diseñadores de vestuario, a los maquilladores, a los profesores de interpretación, en una palabra, a cuantos han trabajado en las afortunadas circunstancias gracias a las cuales ese cuerpo real, con su capacidad mimética, su manera de andar y gesticular, su fotogenia, ha resultado especialmente adecuado para convertirse en icono cinematográfico o televisivo de gran fuerza. Daniel Day Lewis (como por lo demás cualquier estrella o quizá cualquier personalidad creativa) no es un hombre, sino una obra. Su nombre es una especie de título con el que indico un trabajo de calidad, es decir, la suma de todos los personajes que ha interpretado de modo espléndido, de todas las historias en las que lo han engastado. Es fruto de la imaginación, un fantasma plasmado con palabras e imágenes y aparatos técnicos y profesionalidad. Pensándolo bien, lo sería incluso si tuviera el placer de conocerlo y tratarlo. Y si de golpe tuviese que transformarse en una persona de carne y hueso, pobre de él, pobre de mí. La realidad no consigue encajar en los moldes elegantes del arte, los desborda siempre sin orden ni concierto.

7 de julio de 2018

Aluvión de noticias

No me acucia el ansia de estar informada sobre cuanto ocurre en el mundo. De jovencita echaba un vistazo a los titulares de los diarios y veía el telediario sin ninguna continuidad. Fue el creciente interés por la política, que estalló en torno a los veinte años, lo que me impulsó a acumular noticias. Tenía la impresión de haber vivido hasta ese momento de un modo distraído y me entró miedo a vivir mi vida sin enterarme siquiera de los desastres, de los horrores que sucedían a mi alrededor. Temía convertirme en una persona superficial, con sus complicidades inconscientes, con su desinterés culpable. Y así me impuse la lectura de periódicos y, como me pareció que no era suficiente, pasé a los libros de historia contemporánea, a la sociología, a la filosofía. Hubo una época en que, en contra de mi naturaleza, dejé incluso de leer novelas, lo consideraba tiempo sustraído a la necesidad de vivir mi época con los ojos bien abiertos. Pero no hice grandes progresos, era siempre como si acabara de entrar en el cine con la película empezada y me costara trabajo orientarme. ¿Dónde estaba el bien, dónde el mal? ¿Quién era el justo, quién el injusto? ¿Quién interpretaba los hechos y quién los tergiversaba? Es un trabajo que no ha terminado; además, hoy me parece más difícil que antes tratar de entender cómo marcha el mundo para no descubrir después, una vez consumados los hechos, que hemos sido distraídamente conniventes con la escoria del género humano. La lluvia incesante de noticias no ayuda, no ayudan los libros, no ayudan las fórmulas sociológicas siempre nuevas que simplifican la realidad con brillantez. Es más, tengo la impresión de que el sistema de información, en papel y digital, encierra a los ciudadanos en una especie de caos informativo, condición en la que cuanto más te informas, más te confundes. Por tanto, para mí el problema no es estar muy informada, sino localizar en la multitud de noticias inútilmente amplificadas las que me sirvan para identificar a tiempo lo verdadero y lo falso, lo mejor y lo peor. Tarea harto difícil. Siempre he sentido una gran admiración por quienes, partiendo de las más variadas convicciones, en el desorden propio de todo presente, intuyeron desde el principio los peligros enormes del nazifascismo y los denunciaron con valentía. Pero ¿seguimos siendo capaces de ser vigías clarividentes? ¿Existen hoy las condiciones para ver a lo lejos? A veces tengo la sensación de comprender por qué nosotras, las mujeres, somos más lectoras de novelas. Las novelas, cuando funcionan, se sirven de mentiras para decir la verdad. El mercado de la información, en guerra por la audiencia, tiende cada vez más a transformar las verdades más insoportables en novelescas mentiras apasionantes y disfrutables.

14 de julio de 2018

Novedades literarias

Hubo una época, por suerte quedó atrás hace tiempo, en que creía que si un relato no era nuevo por completo, si no podía compararse más que consigo mismo, había que tirarlo. Se trataba de una postura muy presuntuosa e ingenua. Se basaba en la hipótesis no declarada de que yo estaba dotada de capacidades extraordinarias y, si estas capacidades no se plasmaban en obras de una absoluta y preciosa unicidad, debía concluir lúcidamente que estaba traicionándome a mí misma por pereza o superficialidad, o bien que mi hipótesis era del todo infundada. En fin, que no valía la pena escribir si no estaba en condiciones de escribir cosas mejores y, a la vez, por completo distintas de los libros que apreciaba y que estaban en el origen de mi afán de contar. Con el tiempo he cambiado de opinión. Hoy me fío poco de quienes dicen: He aquí un libro nuevo de verdad. En literatura lo único nuevo de verdad es nuestra forma particularísima de utilizar el depósito de la literatura mundial. Estamos inmersos en aquello que nos ha precedido. No me refiero a los libros de texto que clasifican por orden cronológico a los autores, sus vidas y sus obras, desde los orígenes hasta nuestros días, y tampoco a la lista detallada de nuestras lecturas a partir de los siete años. No hay un antes del que seamos el después. Toda la literatura, sea grande o mediocre, nos resulta contemporánea, se agolpa a nuestro alrededor mientras escribimos, es el aire que respiramos. En consecuencia, nuestras páginas nunca son «nuevas» en el sentido que la industria cultural da a ese adjetivo, sino que constituyen el rastro de cómo, nos guste o no, nos hemos alimentado de la tradición para expresar —desde su interior— nuestra individualidad. No hay autor que agote en sí la literatura y produzca textos sin deudas. No existen las obras que rompan por completo con el pasado, obras que prescindan de él, obras-parteaguas. La novedad literaria —si se quiere insistir en este concepto— proviene de cómo cada individuo habita el magma que lo arrastra. Ardua tarea, pues, diferenciarse, y quizá ni siquiera sea necesaria. Me sorprenden aquellos que exhiben de modo provocativo la propia «novedad», que se consideran únicos, que no quieren reconocer influencias. Es una espectacular exhibición de soberbia utilizada por los medios, y una manifestación del pavor a no ser capaz de tener una individualidad propia, como si esta solo pudiera manifestarse negando la materia literaria que nos ha constituido y nos constituye. En realidad, ni siquiera Homero fue «nuevo». Probablemente el autor individual cobra forma cada vez gracias a un esfuerzo de reorganización del material literario que lo precede. Lo cual no es poco, desde luego.

21 de julio de 2018

Mentiras

De niña fui una gran mentirosa, dije todos los tipos de mentiras posibles. Mentí para parecer mejor de lo que era. Mentí para presumir de acciones que me hubiera gustado realizar, pero que de hecho no había realizado. Con frecuencia me metí en líos reales por ser coherente con mis mentiras y confesé culpas contraídas solamente en el embuste. Dije mentiras angustiosas —las recuerdo con dolor—, hilvanadas deprisa y corriendo para evitar alguna forma de violencia casi siempre por parte de los varones. Pero de todas las mentiras de entonces las que más me gustaban —contaba muchísimas— no servían para nada. Me dedicaba mucho a ellas y hacía de todo para que pareciesen hechos que habían ocurrido realmente. Es más, diría que me salían tan reales que yo misma, mientras hablaba, tenía la impresión de que eran ciertas. O quizá sucedía lo contrario: decía mentiras sin considerar que lo eran, y por ello tenían más apariencia de verdad que las otras. Este tipo especial de embustes pertenece a la parte feliz de mi infancia. Tenía mucho éxito entre mis compañeros, en general se tragaban cada una de mis palabras y nunca iban a dejar de escucharme. Sin embargo, alguna vez alguien decía: Es demasiado bonito, no puede ser que haya ocurrido de veras. Entonces me daba un poco de vergüenza, empezaba a jurar que el relato era cierto y entretanto me ponía nerviosa, sentía que el juego se estaba echando a perder. ¿Qué podía hacer, afear las mentiras? Pero ¿qué gracia tendría contarlas si las decía aburridas e inconexas? No sé si fue por culpa de aquellas críticas, pero más o menos a los doce años me obligué a no mentir más, bajo ningún concepto. Tal vez quise sencillamente hacerme adulta y me pareció infantil contar mentiras. Sin duda, como ha ocurrido con frecuencia en mi vida, de un día para otro me impuse una disciplina feroz y desde entonces dejé de mentir, salvo por amor a la literatura, que es un embuste noble. Como compensación me convertí en una narradora oral obsesivamente veraz. Contaba mis sueños, mis pesadillas, esforzándome por ser muy fiel. Resumía a mis amigos novelas y películas, los resúmenes eran muy detallados. Y a menudo refería hechos que me habían ocurrido de veras, pero procurando no arreglarlos para que fluyeran mejor, de un modo más apasionante. Sin embargo, durante años arrastré la nostalgia de las largas y articuladas mentiras gratuitas de niña, tenía la impresión de que eran más verdaderas que la verdad misma. Tal vez es también esa nostalgia la que después me impulsó a dar una evolución narrativa a los diarios que escribía y a encaminarme hacia la novela. De todos modos, con o sin novelas, la nostalgia persiste. Hoy me encantan los niños que se inventan patrañas sin objetivo, reconozco enseguida el placer que hay en ellas. Como por otra parte reconozco la angustia de cuando mienten para protegerse, porque el mundo está lleno de trampas y humillaciones, y en ciertos casos la mentira da un poco de tregua.

28 de julio de 2018

Confesar

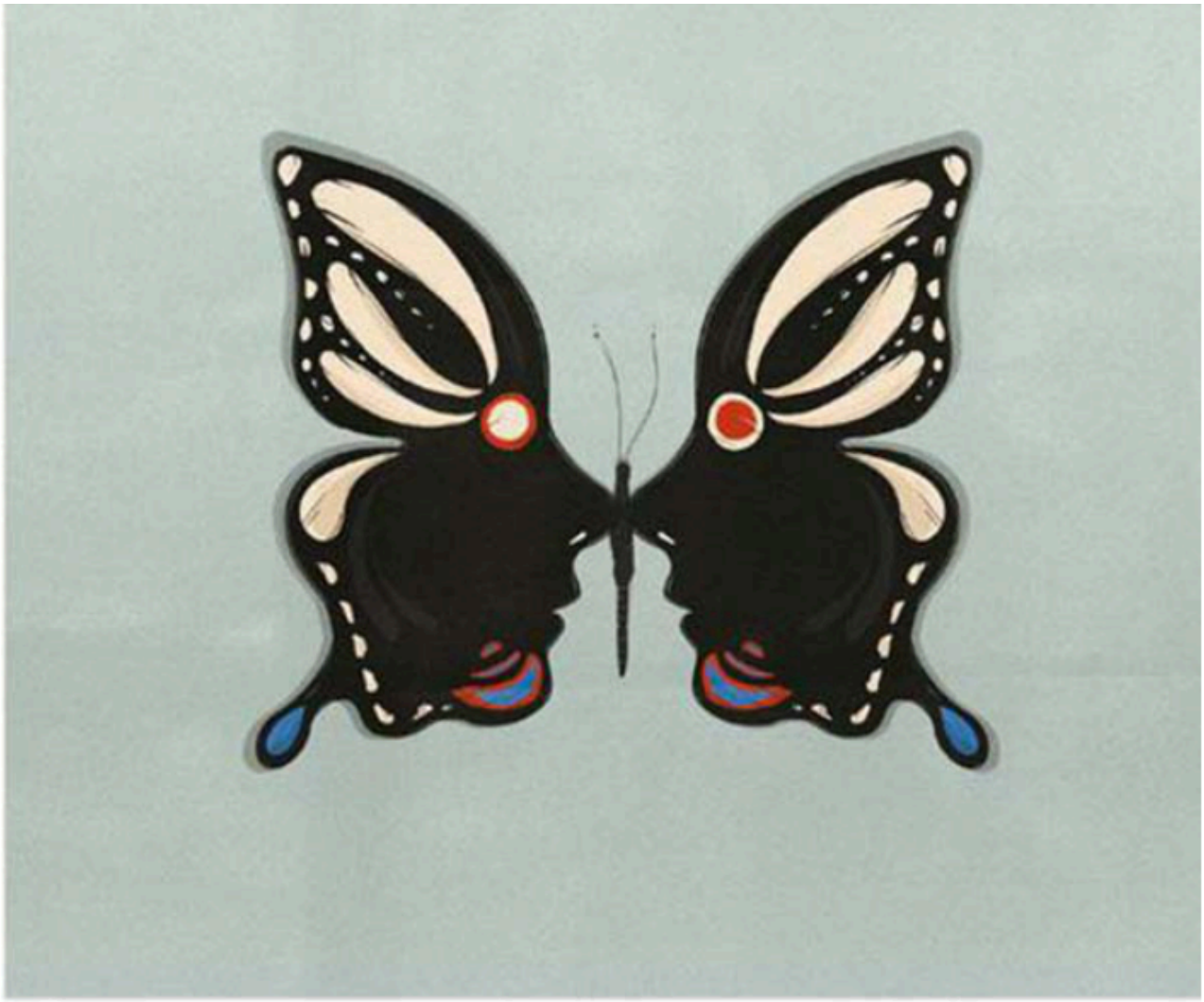
Es cuestión de disciplina. He aprendido que los malos sentimientos son inevitables y que, si queremos ser honestos con nosotros mismos y con los demás, debemos imponernos el confesarlos. ¿Cómo? En primer lugar, esforzándonos por no disfrazarlos de sentimientos de persona impávida que antepone la verdad a todo. Por ejemplo, ¿nos atormenta la amiga de buen carácter que cae bien a todos, mientras nosotros debemos esforzarnos mucho por conseguir una brizna de simpatía? Bien, evitaremos reaccionar diciendo por ahí que tanto éxito es fruto de una hipocresía hábilmente manejada. Evitaremos, en especial, justificar nuestra maledicencia subrayando en cada ocasión: Mi amor por la verdad es lo que me lleva a denunciar su hipocresía; si no lo hiciera, sería tan hipócrita como ella. Por el contrario, nos acostumbraremos a pensar que en la naturaleza existe el buen carácter y que reducirlo de inmediato a un ejercicio de hipocresía no es más que una señal de la envidia que sentimos al ver el éxito de nuestra amiga. Naturalmente, el esfuerzo será grande y además no nos dará ningún beneficio: la envidia persistirá como lo hará nuestro padecimiento de personas envidiosas. Es más, casi con toda seguridad comprobaremos que nos sentíamos mejor cuando interpretábamos el papel de persona sin pelos en la lengua, en lucha contra la falsedad, que impide distinguir entre los que de verdad valen y los que no. ¿Qué hacer entonces? Será necesario un esfuerzo ulterior. Habrá que encontrar el tono adecuado para decirle a nuestra amiga que su éxito nos hace sufrir, que la envidiamos, que nos avergonzamos cuando, para sentirnos mejor, en vez de admitir que ella posee cualidades que a nosotros nos faltan, vamos por ahí denunciando que es una hipócrita. Si lo conseguimos, habremos avanzado en dos sentidos: primero, habremos descubierto que la verdad se defiende ante todo diciendo la verdad sobre nosotras mismas; y segundo, que nos hemos ganado algo mucho más admirable que un buen carácter natural: la capacidad de autoanalizarnos y autogobernarnos. Ya, pero ¿y si nuestra amiga es de veras una hipócrita? ¡Paciencia! El juego de los hipócritas es frágil, no tardará en ser descubierta, pagará por su hipocresía y nos alegraremos. Nos alegraremos, aunque no sea algo bueno y debamos enfrentarnos una vez más a un pésimo sentimiento: el placer de asistir a la decadencia de las personas exitosas, la satisfacción de registrar su desconcierto y su desesperación ante el fin de un tiempo feliz. ¿Cómo procederemos entonces? ¿Consideraremos que tenemos razón, iremos diciendo triunfalmente por ahí que fuimos las primeras en intuir que nuestra amiga, que ya no lo es, era una hipócrita? No, haremos otro esfuerzo por encontrar la verdad en nuestro interior. Admitiremos habernos alegrado con las desgracias ajenas, admitiremos que para nosotros han sido un consuelo. Desde Agustín de Hipona en adelante, hablar con franqueza feroz, no con los otros sino con nosotros mismos, en ocasiones incluso salva.

4 de agosto de 2018

Cortes limpios

Por lo que recuerdo, el cambio nunca me ha asustado. He cambiado de casa, por ejemplo, y varias veces, aunque no recuerdo incomodidades especiales, añoranzas, largos períodos de desadaptación. Muchos detestan las mudanzas, hay quien considera que acortan la vida. De la mudanza me gusta ante todo la palabra (en italiano, *trasloco*, «pasar de un lugar a otro»), porque recuerda el impulso del salto de longitud, ese hacer acopio de energías para proyectarse a otro lugar donde todo está por descubrir y aprender. Estoy convencida de que cambiar tiene siempre su vertiente positiva. Por ejemplo, nos ayuda a darnos cuenta de que hemos acumulado muchas cosas inútiles, que haberlas considerado útiles fue un error, que es muy poco lo que de verdad sirve, que nos atamos a objetos, a espacios, a veces a personas, sin los cuales nuestra vida no solo no se empobrece, sino que se abre inesperadamente a nuevas posibilidades. Además, cuando los cambios son radicales, tras un momento de incertidumbre tiendo a la euforia. Me siento como cuando de niña me las ingeniaba para encontrarme al aire libre mientras estaba a punto de desatarse un temporal y quería empaparme antes de que mi madre me agarrara y me metiera dentro. Sin embargo, gracias a esta inclinación, he descubierto con culpable tardanza el otro lado del cambio, el sufrimiento. No me refiero aquí a quien de golpe ve su existencia sumida en un caos y resiste dentro del caparazón de costumbres que parecían definitivas, hasta que descubre que no hay reacción que valga y, melancólicamente, se resigna al hecho de que el mundo de ayer dejará de existir mañana. Nunca me ha interesado de veras, ni siquiera desde el punto de vista literario, la añoranza por lo bella que era la vida antes de una revolución determinada. Siempre he sentido más la alegría de las transformaciones y por ello he tardado en ver con claridad que esa alegría, ese entusiasmo, no están necesariamente en contradicción con un sufrimiento de fondo. Si miramos con atención, por ejemplo, junto a la genuina fiesta grande con que recibimos los cambios importantes para nosotras, las mujeres, había un dolor silencioso sobre el cual, por lo que sé, nos hemos relatado poco. Despojarnos del traje sumiso que nuestras propias madres nos cosieron sobre el cuerpo desde los primeros años de vida para lucir otro más combativo, pese a ser un acto positivo y liberador, en algún lugar de nuestro fuero interno nos producía angustia. Arrancarnos la piel que parecía nuestra no se hace sin sufrimiento. No nos despegamos con facilidad de lo que hemos sido, algo persiste y se tuerce. No nos acomodamos en una forma imprevista sin temor a la inadecuación. El sentimiento gozoso de la liberación prevalece, pero el anestésico de la alegría no borra la realidad del corte.

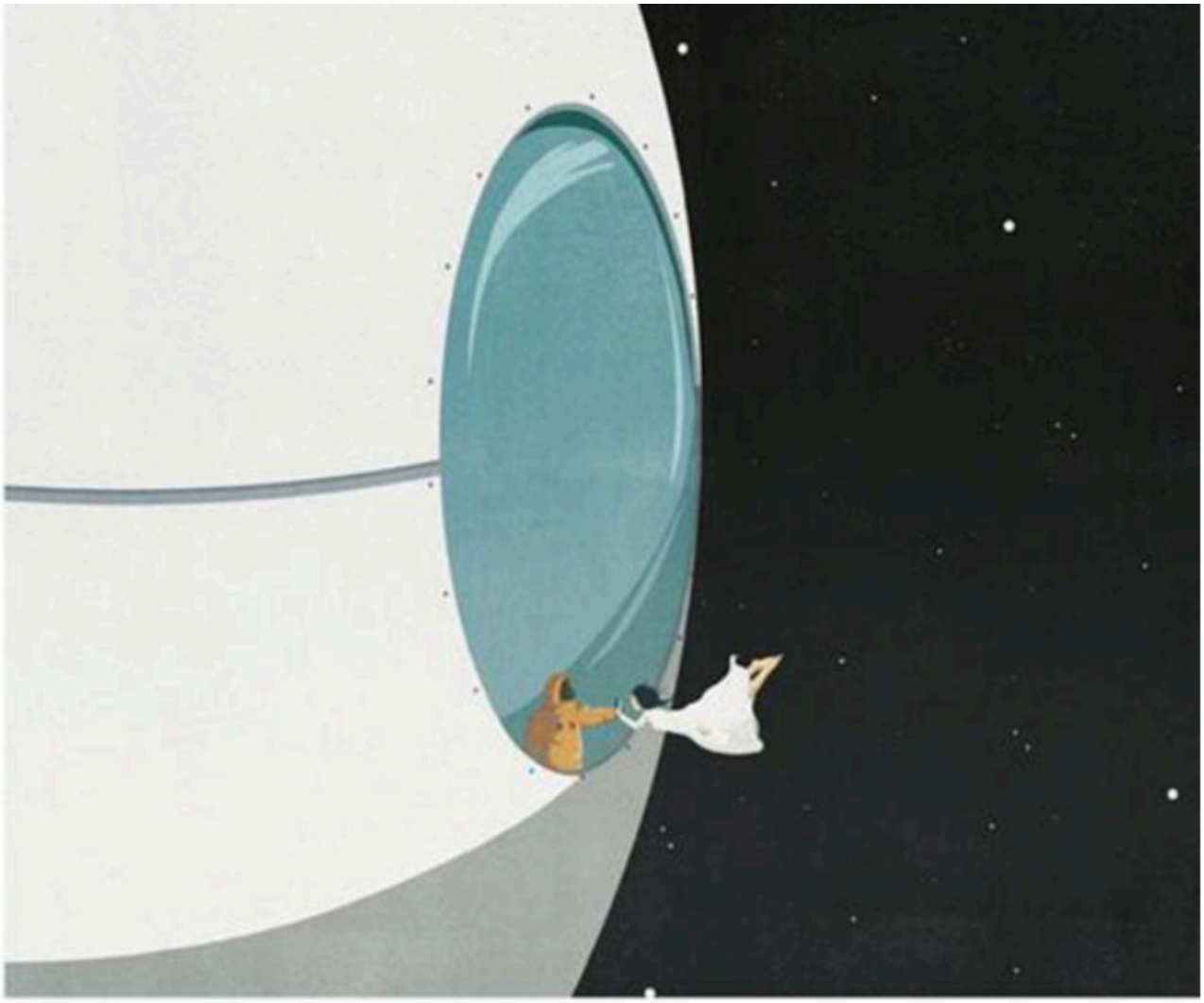
18 de agosto de 2018



Madres

Un cordón invisible nos ata al cuerpo de nuestras madres, no hay manera de separarnos, o yo al menos no lo he conseguido. Es imposible volver a estar dentro de ellas, es difícil aventurarse más allá de su sombra. Mi madre era muy hermosa y muy lista, como todas las mamás, por ello la quise y la odié. Empecé a odiarla a eso de los diez años, quizá porque la quería tanto que la idea de perderla me hacía vivir en un estado de angustia permanente y para calmarme debía degradarla. A veces me parecía tan hermosa y lista a propósito, para que todos me vieran fea y estúpida. No lograba elaborar un solo pensamiento mío, en la cabeza solo tenía pensamientos suyos. Me sentí oprimida, atormentada por su manía del orden, por sus gustos anticuados con los que sofocaba los míos, por su idea de lo justo y lo injusto. Durante mucho tiempo dejar de quererla me pareció la única manera que tenía de amarme a mí misma, es más, de tener una yo misma a la que amar. En consecuencia, entre su cuerpo y el mío puse muy pronto muchos otros cuerpos con los que podía mandar, discutir, hacer el amor, mostrarme sabia o insensata, y así construí un mundo mío ajeno al suyo, quería que se sintiese incómoda si llegaba a asomarse a él; ocurrió a menudo y salió corriendo en silencio. Pasó exactamente así. Con los años ella se encogió, se empequeñeció, perdió belleza y habilidad, dejó de hacer valer su superioridad en todo, ya no tuvo palabras. Durante un tiempo me sentí libre. Después, las personas a las que apreciaba, a las que quería, empezaron a hacer comentarios del estilo: Ríes como tu madre; eres tozuda como tu madre; tienes las manos de tu madre. Una mañana me vi en el espejo y la reconocí, ahí estaba, en mi cuerpo. Lo sorprendente es que ese hecho me molestó cada vez menos, poco a poco la descubrí en mis gestos, en cierta forma de mostrar o de ocultar los sentimientos, en mi voz. Si era imposible volver a estar dentro de mi madre, era, sin embargo, muy posible que desde el nacimiento ella estuviera dentro de mí. Y que además se encontrara dentro de mí incluso cuando me debatía por huir de ella, incluso cuando creía haberme librado de ella. Desde que me di cuenta de que encontrarme a mí misma suponía encontrarla a ella y acogerla y amarla como me ocurría de niña, me he tranquilizado. A veces creemos que la conciliación pasa por la capacidad de olvidar los agravios soportados. Quizá sea cierto, pero no en las relaciones con las madres. Yo me reconcilié con la mía cuando sentí esos agravios —los que me parecían agravios— como parte de mí, esenciales para mi formación, esenciales hasta el punto de parecerme una invención mía, una pintoresca exageración mía.

25 de agosto de 2018



En el cine

Hay una película que vuelvo a ver al menos una vez al año, se titula *Solaris*. Es de Andréi Tarkovski, un director cuyas obras me han encantado, incluso las más arduas. Vi algunos de sus filmes en la pantalla grande, otros en la pequeña. *Rubliov*, en la gran pantalla, me pareció asombrosa, el blanco y negro, extraordinario; temo que ya no tendré ocasión de verla de nuevo en el cine, pero ojalá los más jóvenes puedan hacerlo. *Solaris*, que no es la mejor cinta de Tarkovski sino la que más me fascinó, también la vi en el cine. Recuerdo que la publicitaban como la respuesta soviética a *2001: Una odisea del espacio*. Ver en ella una competición cinematográfica entre Estados Unidos y la Unión Soviética era tan insensato como engañoso. La película de Kubrick, con su clamorosa fuerza imaginativa, indudablemente arrasaba. Pero no contenía ni sombra de la desesperación, de la sensación de pérdida que a mi modo de ver dominaba en *Solaris*. La versión que circulaba entonces estaba mutilada; la integral la vi mucho más tarde. Pero tanto en el filme con cortes como en el íntegro, la fuerza radicaba por completo en el personaje femenino, en esa memoria de mujer-esposa que de ningún modo consigue desvanecerse. Lo que me impresionaba, me desorientaba y me daba miedo —*Solaris* sigue siendo una película que me seduce y al mismo tiempo me atemoriza más que cualquier *thriller* o película de terror— eran las muertes horribles y las implacables resurrecciones de aquella mujer, su obstinado persistir, la voluntad feroz y, a la vez, autodestructiva de no dejarse aniquilar por el hombre amado ni siquiera como puro recuerdo. Si tuviera que hacer una lista de personajes femeninos inventados con honestidad por el gran cine masculino, no sé si pondría a la mujer de *Solaris* en primer lugar, pero sin duda la colocaría en los primeros puestos por el dolor ciego que destila, por el rechazo tranquilo y a la vez furioso a ser borrada. La cinta de Tarkovski me sorprendió también por estar inspirada en un libro de Stanisław Lem que, cuando tuve ocasión de leerlo, me impactó porque, a pesar de ser un libro poderoso, no parecía llevar dentro de sí la película que había engendrado. Sorprende la fuerza visionaria que la página es capaz de estimular cuando se nutre de ella un gran talento. Muchos años después, el cine americano nos dio otra *Solaris*, basada también en el texto de Lem. En esta ocasión no salió una película memorable. Son misteriosos los procesos que conducen de las palabras a las imágenes. Tarkovski leyó en Lem una urgencia y una necesidad propias; Soderbergh, el director de la nueva *Solaris*, lo intentó sin conseguirlo. O quizá era imposible que el *Solaris* de Tarkovski pudiera permitir el nacimiento de otro gran filme. La palabra escrita puede generar las más variadas versiones cinematográficas, pero una versión cinematográfica de gran nivel está tan hiperdefinida, es tan imperativa que, una vez producida, cierra el camino a otras posibles obras de calidad.

1 de septiembre de 2018

Infancias felices

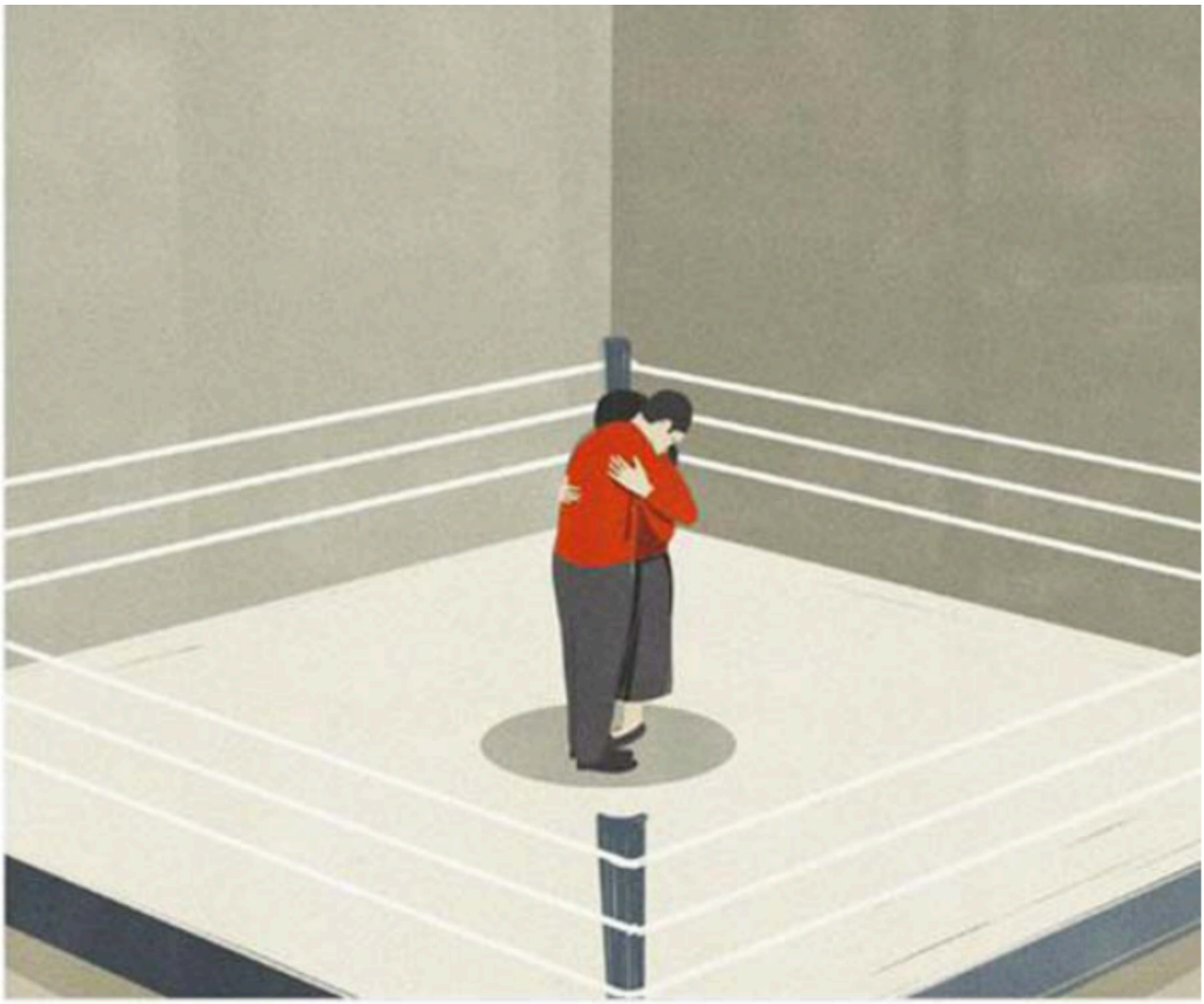
A estas alturas ya tengo poca relación con los niños. Para compensar, parientes y amigos me mandan fotos y vídeos de sus hijos. Conservo este material con sumo cuidado, me gusta comparar la cara de un recién nacido con la que se le pone a los ocho meses, a los dos, a los tres años. No hay fotos mías de recién nacida, mi primera imagen se remonta a cuando tenía dos años. Sin embargo, no hay día de la vida de mi nieta que el móvil de sus padres no haya entregado al futuro. Si utilizara estas fotos y los vídeos, podría describir con detalle cómo esa forma de recién nacida se ha ido convirtiendo en forma de niña. Es más, si con ese material hiciera una película, obtendría un documental interminable pero impresionante sobre la inestabilidad de nuestros cuerpos desde el nacimiento, sobre su modo de formarse y deformarse sin cesar, sus múltiples intentos por comprender en qué convertirse sin llegar nunca a conseguirlo del todo. Por no hablar de cuando andan a gatas, de la conquista de la posición erecta, de las infinitas pruebas con el lenguaje, de la manipulación de los objetos: habría mucho que hacer con esta desbordante producción de imágenes familiares. Naturalmente, solo se documentan los prodigios y las maravillas. Triunfan la belleza, la simpatía, las gracias, la alegría, la risa feliz. Los vídeos se interrumpen en cuanto la niña chilla, se pone colorada, se afea. Faltan las angustias, los cansancios, el aburrimiento, el miedo, los berrinches caprichosos. Faltan las tensiones entre los padres, que alarman a los niños y acentúan su malestar. Solo a veces algún vídeo empieza justo cuando termina el llanto, la cara de la niña acaba de serenarse y ella está dispuesta a jugar aunque uno de los ojos siga un poco empañado por las lágrimas. Poco, muy poco documenta la vertiente dolorosa del crecimiento, la infelicidad infantil, la fatiga de existir. Si también utilizáramos los móviles para plasmar todo eso, ¿qué vídeos horribles obtendríamos? El formarse y deformarse se convertirían en un espectáculo poco agradable, incluso con picos pavorosos. Uso aquí el término «espectáculo» adrede, porque cabe señalar que todos estos materiales no se producen solo para ser documento, sino que buscan un público. Ahora los padres de hijos únicos —a veces de dos—, al representar lo mejor de sus retoños, se representan lo mejor posible como padres y madres, y lo hacen para los tíos, los abuelos, los amigos, tanto de carne y hueso como digitales. Como es natural, llevan a escena sus migajas de felicidad, lo demás se deja entre bastidores; si ya es arduo vivirlo, imagínense filmarlo. Quizá la consecuencia es que, cuando mi nieta intente situar su propio yo, angustiado como el de todos, en ese flujo inagotable de imágenes, le costará encontrarse, y se preguntará: Si esa soy yo, tan guapa, tan despierta, tan hábil, ¿cómo es posible que me haya convertido en esto? La infinidad de documentos que la retratan serán tan insuficientes como mi única foto a los dos años, que solo por convención defino «Yo a los dos años». «Yo», ¿quién?

8 de septiembre de 2018

Entrevistas

No se me da bien el discurso oral, no solo en público, sino también en privado. Si se trata de contar hechos, de alguna manera consigo manejar los hilos, pero si tengo que exponer mis razones, argumentar con rigor, me inquieto, me siento confusa, tengo la sensación de que todo se me va de la cabeza. Si me enfrento a personas a las que atribuyo alguna autoridad, las cosas pueden llegar a ponerse muy feas. Al principio lo tengo todo claro en la mente, sin embargo, es como si al cabo de unas cuantas palabras algo cediera. Pierdo confianza en lo que quería decir, el hilo bien tenso del discurso que tenía pensado se rompe, repito sin cesar: Lo siento, pero no consigo explicarme. Las muy raras veces en que he tenido que hablar en público, me pasé días preparando un texto escrito, lo memoricé para dar la impresión de hablar con espontaneidad, pero después opté por leerlo línea por línea y, como es natural, aburrí a los oyentes, que prefieren a quienes improvisan y que saben cómo emocionar, cómo divertir. Yo también adoro a las personas con esta capacidad y me ha costado muchísimo aceptar que no la tengo. Solo me siento dueña de mí misma —en la medida en que se puede ser dueño de sí mismo— cuando escribo. Incluso las entrevistas acaban siendo para mí una fuga de la oralidad y un ejercicio de escritura. Hay quien me reprocha que las conceda en pocas ocasiones y quien considera que doy demasiadas. Al principio, hace casi treinta años, cuando algún periodista pedía entrevistarme daba largas y terminaba negándome. En realidad, aunque yo misma las llamase así, nunca he concedido entrevistas. En las entrevistas, el entrevistado confía el cuerpo, las expresiones de la cara, los ojos, los gestos y sobre todo la oralidad —un discurso precisamente improvisado, impulsivo, inconexo— a la escritura del entrevistador. Pero antes que un encuentro cara a cara he preferido —sobre todo por mis limitaciones— una agradable correspondencia escrita. El periodista piensa un poco y me escribe sus preguntas, yo pienso un poco y escribo mis respuestas. En el pasado, tenía la impresión de no ser capaz de organizar respuestas adecuadas para su publicación. O bien me salían demasiado sintéticas, a menudo un sí o un no; o bien una pregunta de unas líneas se convertía en una ocasión para reflexionar y llenaba páginas y páginas. Ahora creo haber aprendido y me resultan cada vez más útiles —evidentemente para mí— estos intercambios por escrito. Se trata de una escritura que se sitúa al lado de la de los libros como una ficción no muy distinta de la literaria. Me invento para un periodista, pero también el periodista con sus preguntas se inventa para mí. Me invento dirigiéndome no solo a quien ha formulado las preguntas y a nuestras posibles lectoras y lectores, sino también a mí misma, o al menos una parte importante de mí que considera por completo insensato desperdiciar tanto tiempo en escribir, en ser autora, y necesita enumerar motivos que justifiquen semejante derroche de vida.

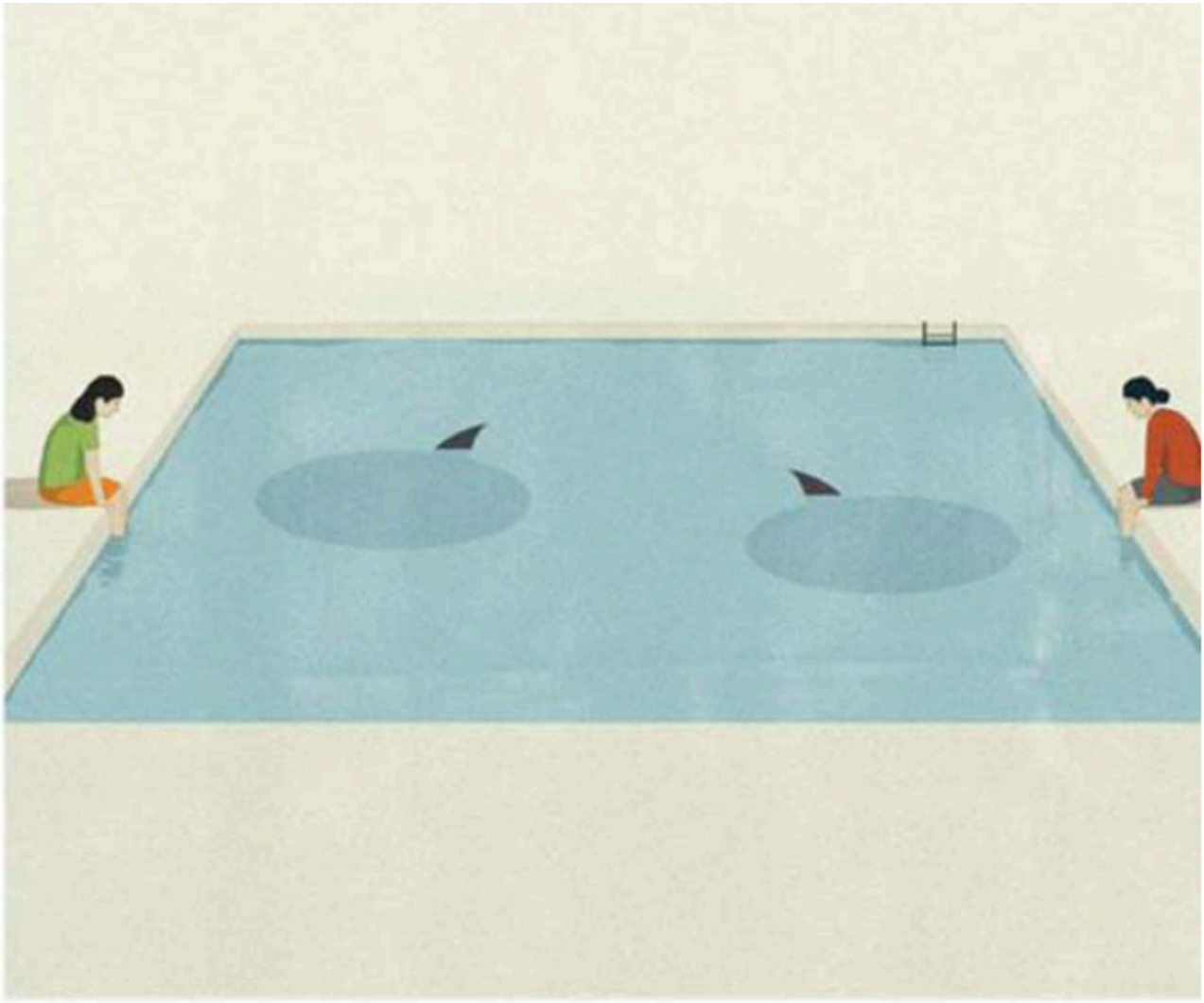
15 de septiembre de 2018



Quererse para siempre

Las relaciones de pareja son una síntesis eficaz de la precariedad de nuestras vidas. Cuando nos cruzamos con una persona a la que no vemos desde hace unos meses, más vale no decir a la ligera: Recuerdos para Francesco. Antes conviene sondear, con frases cautas, si la relación con Francesco sigue en pie, si no ha sido sustituido por un Gianni o un Giorgio, porque hasta las convivencias más añejas pueden acabar de golpe y nadie —hoy más que en el pasado— conoce la fórmula del matrimonio duradero. En cambio, una amiga mía de hace mucho tiempo, que lleva casada con un buen hombre exactamente cuarenta y ocho años, dice que esa fórmula existe: basta con quererse. El problema —añade luego con tono divertido— está en que quererse toda la vida es francamente arduo. Primero, hay que gustarse siempre, en la cama y donde sea, aunque el cuerpo cambie sin cesar, aunque lo que nos había atraído se haya gastado. Segundo, hay que apreciar no solo las cualidades (demasiado fácil) de nuestro compañero, sino también sus defectos, sobre todo aquellos que al principio se nos ocultaron bien, después salieron a la luz y resultaron insoportables. Tercero, hay que mostrar sin cesar que lo tienes en gran estima, incluso cuando es evidente que nos hemos equivocado y no merece nuestra estima. Cuarto, hay que mirar enseguida hacia otro lado cuando nuestra fiel lealtad es correspondida con una traición desenfadada, y entretanto confiar en que al menos seamos traicionadas con discreción, tal como sin duda haremos nosotras en cuanto nos demos cuenta de que no se gana nada siendo fieles, solo humillaciones. Quinto, hay que aprender a creer, para reprimir el deseo de romperlo todo y largarnos, que los hijos necesitan un padre incluso cuando sea pésimo, que envejecer en soledad es más terrible que envejecer juntos y que hacerse adultos significa aceptar la vida como es. Sexto, hay que convencerse de que querer —querer con los pies en la tierra y no como nos imaginamos de jóvenes — es un hábil ejercicio de malabarismo, un sacrificio permanente, un tragar sapos con elegancia. Pues ahí lo tienes, dice mi amiga riendo, si nos comportamos de este modo, una relación, un matrimonio pueden durar toda la vida. En una ocasión le pregunté sin demasiados rodeos: Perdona, ¿tu matrimonio ha durado casi cincuenta años porque tu marido y tú os habéis comportado así? Me contestó un tanto picada: Qué dices, nosotros hemos tenido suerte, el nuestro es un vínculo fuerte, nos amamos de verdad. Me lo creí. Sin duda existen parejas tan felices como sólidas, y el matrimonio de mi amiga es de este tipo. Se lo dije y le sonreí con afecto. En estos temas, la sonrisa leve viene bien.

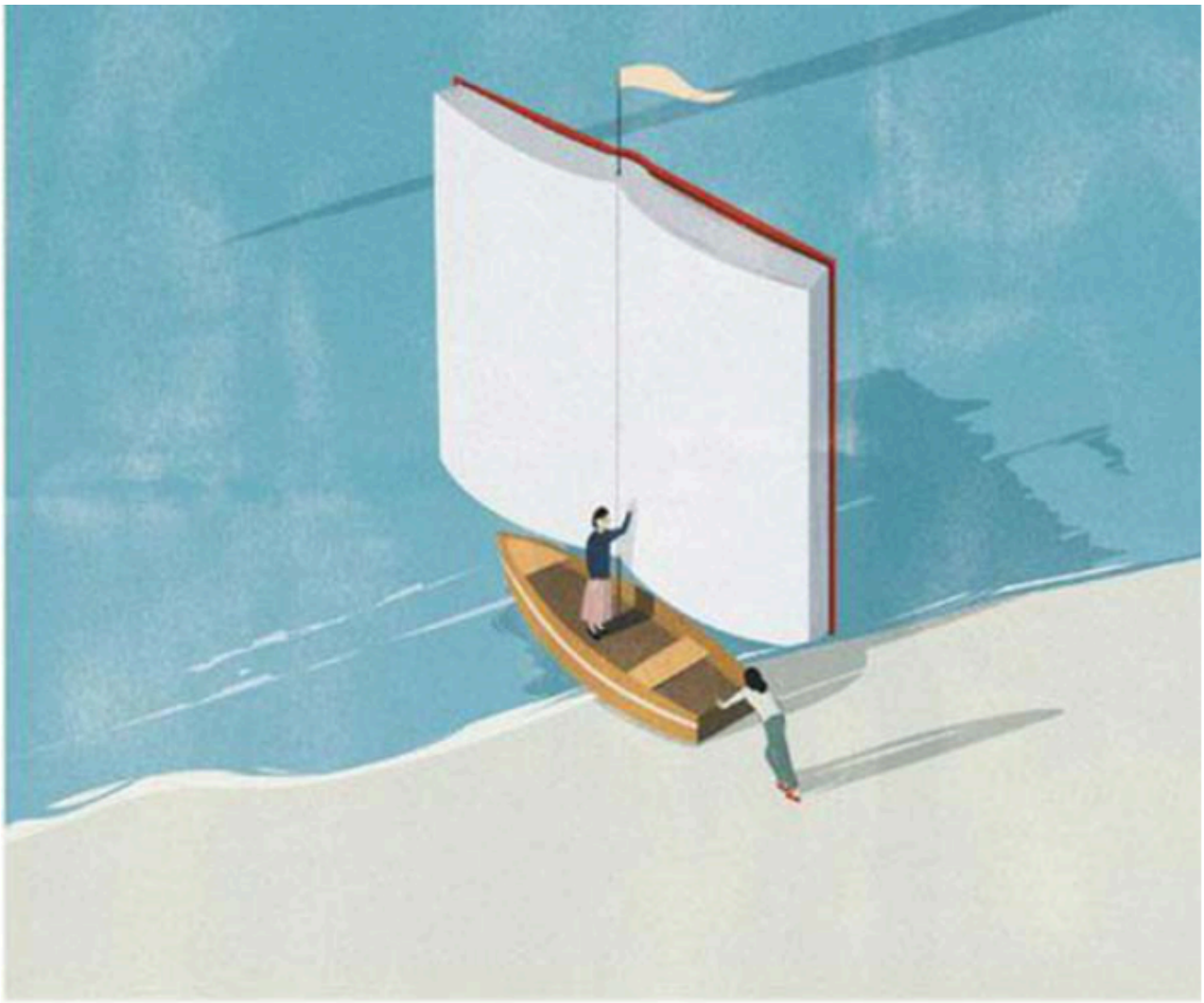
22 de septiembre de 2018



Sin motivo

He tenido y tengo algún enemigo; sabe mal, pero así es. Ignoro cómo nace una enemistad. Toda generalización me parece arbitraria, me cuesta incluso dar crédito a la tesis de que los enemigos son indispensables para definirnos y reforzar nuestra identidad. Nunca he sentido esa necesidad, las enemistades no me han causado más que desazón, hubiera prescindido de ellas con mucho gusto. Por otra parte, no hay duda de que la historia del género humano es sobre todo una historia de enemistades y no se puede liquidar el problema con un encogerse de hombros. Digamos, pues, que no me apasionan las enemistades que se pueden atribuir de inmediato a un determinado motivo: la posesión de un manantial, la posesión de pozos petrolíferos, la posesión de una región, etcétera. Tradicionalmente, esas desembocan en el asesinato, la guerra, la masacre y solo me producen horror. No hablemos luego de las pequeñas enemistades que surgen sin cesar en la vida cotidiana, las debidas a un desplante, a una palabra trivial, a una maledicencia, a una promesa no mantenida, a un engaño. Son comportamientos ocasionales, a veces nos arrepentimos de ellos, a veces pedimos perdón, a menudo en vano. Me dan miedo, temo verme arrastrada hacia pequeños conflictos siempre rayanos con grandes manifestaciones de ferocidad. Pero sobre todo me parece insoportable dedicarme a tonterías y vivir en la inquietud por motivos fútiles. En realidad, entre todas las enemistades posibles, me interesan de veras solo las que carecen de motivo, las que pueden resumirse así: «¿Qué te ha hecho?», «No lo sé, pero la veo y me pone de los nervios». Creo que aquí merece la pena profundizar, me parece insuficiente la antigua fórmula de la antipatía personal. ¿Qué les pasa a nuestros cuerpos cuando chocan entre sí? ¿Por qué algunas personas nos parecen tan distintas de nosotros que no conseguimos aceptarlas, reconocer su humanidad? ¿Bastaría con un poco de buena voluntad para que desapareciera el motivo de la enemistad? Conozco historias de rechazos tajantes por completo inmotivados que, justo por eso, me resultan apasionantes en el plano literario. En especial me intrigan aquellas relaciones —entre hombres, entre mujeres, entre hombres y mujeres— en las que todo empieza con interés mutuo, con respeto mutuo. Están bien juntos, hay curiosidad, buena disposición. Nace si no una amistad, al menos una agradable relación. Después comienzan las incomodidades, una pizca de aversión, de repente un humo nos irrita los ojos y la garganta. Algo ha dejado de funcionar, pero no resulta fácil identificar de qué se trata. Hasta que un buen día uno dice: Basta, prefiero no verte más. Y la relación se interrumpe de veras. Una benévola cercanía se transforma en hostilidad a distancia, en un hacerse daño cada vez que hay ocasión, sin un motivo que pueda expresarse en palabras. En este tipo de situaciones sospecho que hay algo que, si se narra hasta el fondo, nos permitiría dar algún paso adelante. Tal vez un enemigo no es más que alguien que, por una especie de agotamiento emotivo, se ha sustraído al esfuerzo, a la complejidad, al placer, a todas las ambigüedades de la amistad.

29 de septiembre de 2018



Libertad creativa

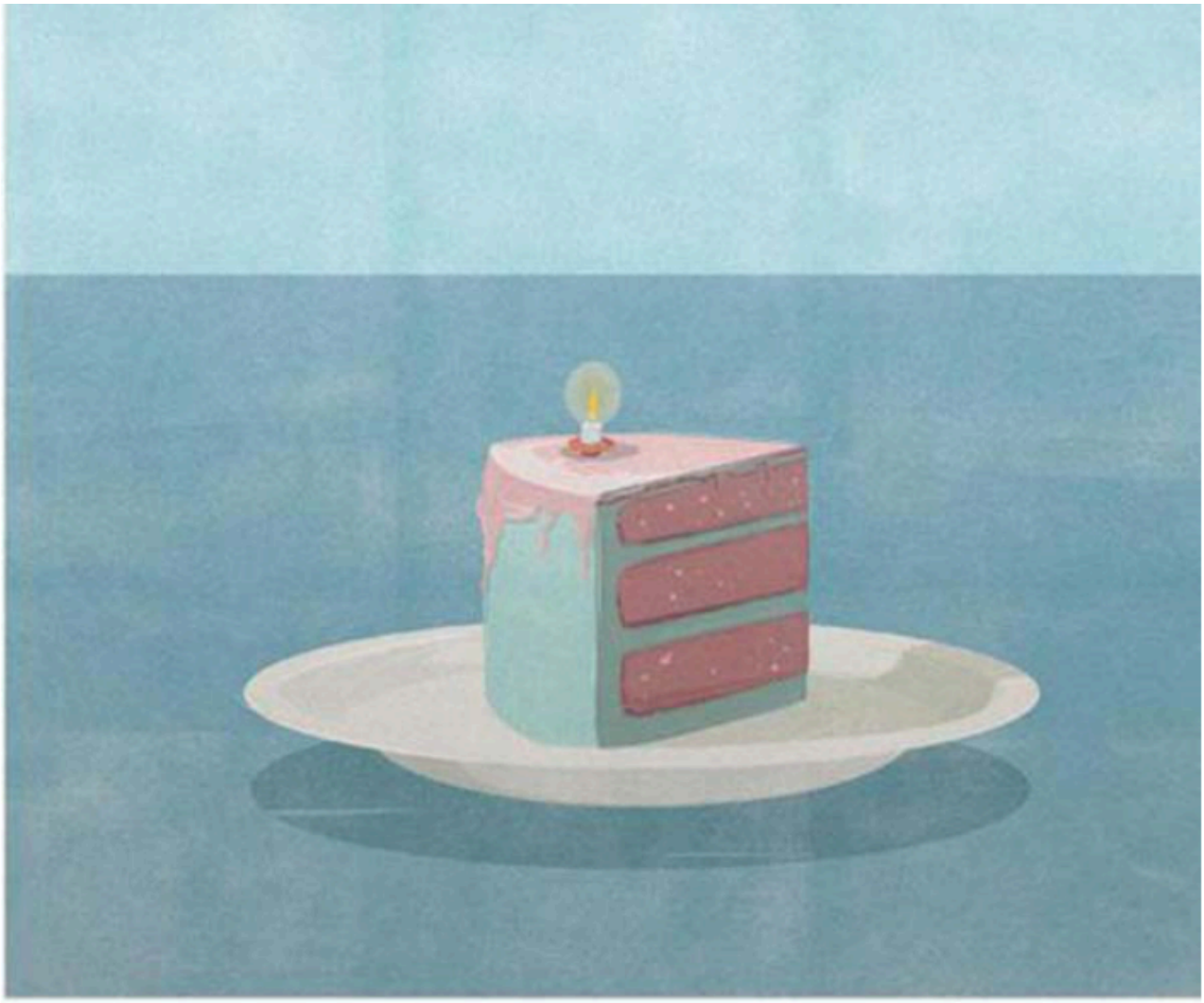
Jamás diré a una directora de cine: Este es mi libro, esta es mi mirada; si quieres hacer una película, deberás atenerte a ellos. Al contrario, me callaré, incluso si traiciona deliberadamente mi texto, si quiere usarlo como mero trampolín para su impulso creativo. Eso pensé cuando Maggie Gyllenhaal, actriz a la que adoro, anunció que llevará a la pantalla mi novela *La hija oscura*. Es un libro por el que siento un aprecio especial y una parte de mí querría que el futuro relato en imágenes de Maggie se ciñera plenamente al mío. Pero la parte menos tosca sabe que está en juego algo mucho más relevante que la defensa instintiva de mis invenciones. Una mujer ha encontrado en ese texto buenos motivos para poner a prueba sus capacidades creativas. Es decir, Gyllenhaal ha decidido tomar como punto de partida *La hija oscura*, no para dar forma de relato cinematográfico a mi experiencia del mundo, sino a la suya. Y es eso lo que debe considerarse importante, para mí, para ella, para todas las mujeres. Cada vez que una de nosotras intenta expresarse, debemos esperar que su obra sea realmente suya y salga bien. En el inmenso depósito de las artes montado en su mayor parte por los hombres, desde hace relativamente poco las mujeres están buscando los miedos y las ocasiones para dar forma a aquello que han aprendido viviendo. Por lo tanto, no me atrevo a decir: Debes permanecer dentro de la jaula que yo he construido. Todas llevamos demasiado tiempo dentro de la jaula masculina y ahora que esa jaula está cediendo, una mujer-artista debe ser totalmente independiente, su búsqueda no debe encontrar obstáculos, sobre todo si se inspira en el trabajo y el pensamiento de otras mujeres. Porque la apuesta ya no es ser cooptadas dentro de la larga y autorizada tradición estética creada por los hombres. La apuesta es más alta: contribuir a reforzar una genealogía artística nuestra que, por su inteligencia, su finura, su competencia, la riqueza de su invención y densidad emotiva, resista la comparación con la masculina. En una palabra, tenemos la necesidad de demostrar la fuerza de nuestras obras. Fuerza que va se imponiendo cada vez más y que está modificando en profundidad incluso la sensibilidad de los mejores hombres. Por ese motivo no veo nada de malo, si ocurre, en que sea un hombre el que quiera hacer una película de mis libros; es más, me parece una señal positiva. En ese caso, sin embargo, tiendo a no ser complaciente. Desde hace unos cuantos milenios un hombre posee un imaginario de género poderosamente estructurado. Si ha decidido hacer una película basándose en mis páginas, le pido que respete mi mirada, que se adhiera a mi mundo, que entre en la jaula de mi relato sin arrastrarlo a la suya. Tal vez le haga más bien a él que a mí.

6 de octubre de 2018

Vegetación

Me encantan las plantas. Tal vez incluso más que los animales, más que los gatos, a los que adoro. Me gusta todo de las plantas, aunque para mi desgracia siempre tengo la impresión de no saber nada de ellas. Desde luego, las compro en viveros, las distribuyo en los balcones y en cada habitación, las confío al terreno del jardín. Aprendo sus nombres, incluso los científicos, en un cuaderno apunto cuándo regarlas, cuándo suministrarles hormonas, si necesitan mucho o poco sol. No solo eso: estudio los tipos de tierra, las épocas de poda y sus técnicas, temo las heladas tardías casi como a los terremotos y maremotos. En fin, las cuido tanto que me encariño con ellas, las vigilo sin cesar, toco la tierra con los dedos para saber si sigue húmeda o está seca, por amor a ellas soporto el mal olor de los abonos orgánicos y la invasión de moscas, con paciencia auxilio a las hojas atacadas por parásitos, arranco las hojitas secas, les doy formas pulcras y agradables. Y cuando advierto que alguna se pone fea a causa de una enfermedad, descubro que la quiero más que a las otras y recurro a expertos fiables para saber qué hacer. Sin embargo, pese a aprender tanto, sigo pensando que soy vergonzosamente ignorante y que mi ignorancia no las auxilia lo suficiente. Las siento vivas, vivísimas, y prisioneras. No pueden moverse, no pueden buscar protección, no pueden huir de las tijeras de podar, del hacha, de la sierra. Me conmueven, las considero víctimas elegidas, quizá un emblema de todas las infinitas víctimas de este planeta. Pero hete aquí que en la sensación de pena se injerta su contrario. Algo no funciona. Me angustia su expansión, a veces la siento como una rebelión desesperada que se vuelve feroz. Sí, son prisioneras y, sin embargo, se niegan a la inmovilidad resignada, lo intentan todo con tal de proyectarse en otros lugares, se alargan, se retuercen, se insinúan, parten las piedras. Tal vez lo que me desorienta es ese contraste, noto en él una contradicción mía —de los vegetales no, seguro— que dificulta el afán de conocerlas a fondo. Se quedan quietas y saben ir siempre más lejos. Llevan dentro una fuerza ciega que no cuadra con sus tonos apaciguadores, con sus ricos aromas. Siempre logran recuperar cuanto les ha sido arrebatado, disolviendo las formas que les hemos impuesto para embellecerlas, para domesticarlas. En el cine, en la televisión, los bosques que se queman —siento la vida crepitando, siseando y evaporándose entre las llamas— me causan tanto sufrimiento como las imágenes a ritmo acelerado de su proliferar como un tumor malignamente expansivo, un tumor que arruina toda armonía. A veces sospecho que me dedico así a las plantas para que se mantengan el mayor tiempo posible dentro de los márgenes de mi sentido de lo bello. Cuando hacen amago de superarlos, me entra el pánico.

13 de octubre de 2018



Decir adiós

Pertenezco a esa clase de personas que, después de una cena, después de una fiesta, son las últimas en despedirse. Es difícil decir por qué me comporto así. Noto que mis anfitriones están cansados y les gustaría irse a dormir. Me doy perfecta cuenta de que, aunque me marchara enseguida, a ellos les quedaría por delante una hora de ordenar y prepararse para acostarse. Y aun así sigo dejando caer alguna pregunta, esperando respuestas, en fin, tratando de mantener viva la conversación. El problema está en que no lo hago porque la velada haya sido especialmente agradable y quiera prolongarla al máximo. En general, en esas ocasiones no soy muy sociable, participo con timidez en las charlas y estoy bastante segura de que, al cabo de una hora, cualquiera puede notar que me caigo de sueño con solo verme la cara. De ello deduzco que mi problema está en la despedida misma. No me gusta separarme de las personas, incluso en las relaciones más superficiales, la separación me parece una ráfaga helada, una especie de angustia de la pérdida. Pero ¿qué pierdo? He visto a otras personas comportarse como yo, ellas también tendían a entretenerse, pero por motivos más evidentes que los míos. Eran invitados brillantes, gozaban teniendo un público, no se hacían a la idea de que la fiesta había terminado y ya no había una palestra que ocupar. O bien eran personas siempre alarmadas, de esas que fuera del círculo de amigos íntimos de los dueños de casa se sienten un tanto aisladas, y por ello no se deciden a irse para no tener que pensar que en su ausencia todo sigue, e incluso que la fiesta empieza de veras cuando ellos salen de la escena y que entonces los mejor avenidos empiezan a disfrutar de veras y a criticar a quien acaba de irse. Yo no soy así, quizá sea el umbral lo que tontamente más me asusta. ¿Qué me espera más allá? ¿Algo feo? O peor aún, ¿la nada? Me digo: Ahora estoy aquí con estas personas a las que bien o mal conozco, que bien o mal me reconocen, pero fuera estaré conmigo misma, con este cuerpo cansado, con esta voz que habla encerrada en esta cabeza, y por eso me levanto, vuelvo a sentarme, examino algún objeto por el que antes nunca había sentido ningún interés. Sin embargo, no hace falta pensar en ninguna tensión interior, en ningún malestar del otro mundo. Me encuentro bastante bien, como siempre; sencillamente me entretengo. Ayudo a ordenar, me vuelvo algo más locuaz de lo que he sido en presencia de los demás invitados, de repente me da por contarles a los dueños de casa asuntos míos, por inventármelos si no tengo ganas de comprometerme demasiado, por escuchar sus confidencias, por tocarles un brazo, una mano. Quizá la verdad radique en que despedirse me parece una forma arriesgada de privarse de ese calor humano, aunque sea mínimo, que te hace sentir un poquito menos la soledad. Hablo sobre todo de la verdadera soledad, esa que surge por sorpresa y dura unos segundos, la soledad que deriva no de la falta de compañía o de afectos, sino de la percepción repentina de nuestra separación estructural entre unos y otros.

20 de octubre de 2018

Mujeres que escriben

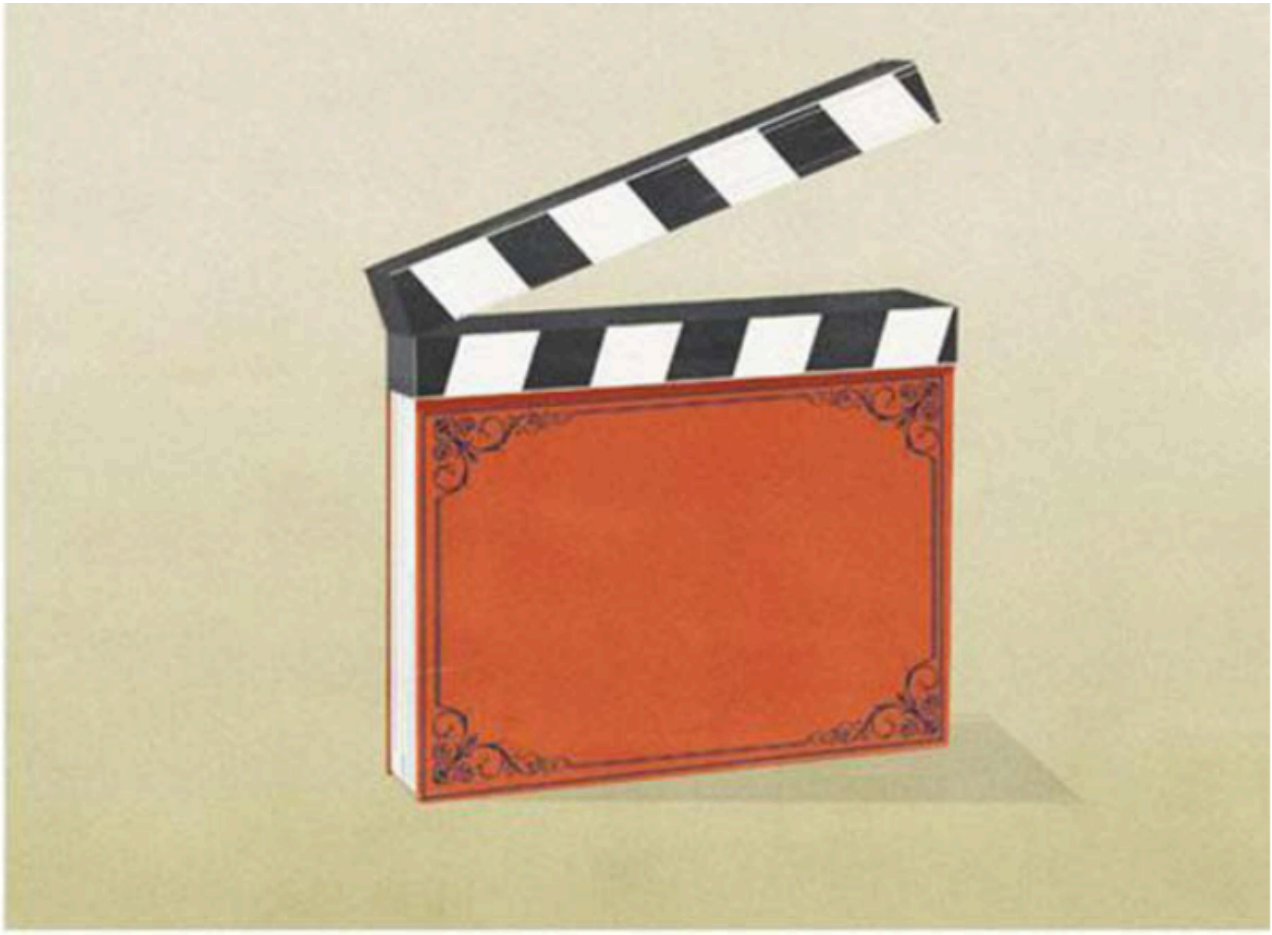
¿Aprenden los hombres de las mujeres? A menudo. ¿Lo reconocen públicamente? Todavía hoy rara vez. Ciñámonos a la literatura. Por más que me esfuerce, no me vienen a la cabeza muchos escritores que hayan declarado estar en deuda con la obra de una escritora. En este momento, de los italianos recuerdo uno solo, a Giuseppe Tomasi di Lampedusa, que reconoció por escrito haber leído con provecho a Virginia Woolf. Por lo demás, podría hacer una lista de los muchos escritores que han menospreciado a sus colegas con ocurrencias de mal gusto o les han atribuido la capacidad de escribir solo historias de poca monta sobre matrimonios, hijos, enredos amorosos, noveluchas o novelones rezumantes de almíbar. De un tiempo a esta parte las cosas están cambiando, aunque no demasiado. Por ejemplo, cuando algún escritor prestigioso dice en privado o en público que somos buenas, dan ganas de preguntar: ¿Somos tan buenas como tú, más que tú, o somos buenas dentro de los parámetros de los libros escritos por mujeres? Es decir, ¿nuestra destreza se sustenta solo en la comparación con los libros de otras mujeres o es una destreza que rompe con el gineceo literario al que nos vemos confinadas no solo por el mercado y que arrolla la literatura en general y sus valores subvirtiéndolos? En una palabra, si tú, escritor varón, me lees y me consideras buena, ¿me dedicas unos cuantos cumplidos benévolos como los que se hacen a la alumna que ha aprendido la lección con provecho? ¿O estás dispuesto a reconocer que de la escritura de una mujer hoy se puede aprender tanto como nosotras, las mujeres, leyendo y releyendo a lo largo de los siglos, hemos aprendido y aprendemos de la literatura de los hombres? En mi opinión, aquí es donde las cosas se complican. No son pocos los hombres cultos, con cualidades notables, dispuestos a alabarnos por nuestra capacidad de deleitar suscitando emociones (por tradición, ¿qué otra cosa se le da bien a una mujer sino hacer que las horas pasen de modo placentero?), pero reservan rigurosamente para ellos la literatura que revoluciona, que se adentra en terrenos minados, que estimula el choque político y la lucha heroica con el poder, que se expone impávida al peligro en defensa de los valores fundamentales. En el imaginario, el valor de recorrer el mundo luchando con la palabra y las acciones sigue siendo cosa de intelectuales de sexo masculino. Por una especie de reflejo condicionado de la cultura, a las mujeres se les sigue asignando el balcón desde el que contemplan la vida que pasa para después contarla con palabras indefectiblemente trémulas. Sin embargo, todo está cambiando. Muchas mujeres que escriben, en todos los rincones del planeta, en todos los campos, lo hacen con lucidez, con mirada firme, con valentía, sin concesión alguna a las páginas empalagosas. Ha ido aflorando una difusa inteligencia femenina que produce una escritura de gran fuerza literaria. Pero el lugar común se resiste a morir: las mujeres emocionan, las mujeres deleitan; en cambio, desde las cátedras que de verdad cuentan, los hombres enseñan, con palabras viriles y hechos más viriles todavía, cómo se plasma y se vuelve a plasmar el mundo.

27 de octubre de 2018

Estereotipado

Los estereotipos son simplificaciones más bien burdas, aunque a grandes rasgos no mienten. Si digo que los italianos son unos comespaguetis, no es mentira: me limito a reducir una realidad compleja como Italia, con su gran tradición cultural, a un plato de pasta que puede comerse luciendo, si acaso, una gorra siciliana de paño con visera. Hago lo mismo, por ejemplo, con los americanos, devoradores de filetes a la brasa ataviados con sombrero de *cowboy*. O con los ingleses, consumidores con bombín que beben té en cuanto dan las cinco de la tarde. La simplificación del estereotipo no es mala en sí misma; en una sala repleta, al primer vistazo se parece a un dibujo infantil. Tradicionalmente, nuestras historias cotidianas utilizan los estereotipos con profusión, tanto si se refieren a hechos ocurridos de verdad como si se echa mano de la fantasía. Y resulta un tanto pedante fruncir la nariz y decir: Son situaciones estereotipadas, son personajes estereotipados. Si queremos otorgar algo de nobleza a los estereotipos, podemos decir que guardan cierto parecido con las funciones narrativas de las fábulas. Sin ellas, ningún relato, ni oral ni escrito, funcionaría ni en el teatro, ni en el cine, ni en la televisión. De hecho ese relato resulta particularmente eficaz cuando quien narra sabe que está usando fórmulas comprobadas o, más en general, grandes contenedores de emociones: el lobo y el cordero, el diablo y el buen dios, el corrupto y el honrado, el héroe y el traidor, el rey y la reina, la bella y la bestia. Lo mismo puede decirse del uso consciente de personajes y situaciones estereotipadas. En un relato de consumo fácil los estereotipos se vuelven funcionales, quien los orquesta se ciñe con habilidad y competencia a unas reglas; en tal caso, el relato es un viaje con sus inevitables estaciones que, por muy desgastadas que estén, siempre son disfrutables. Con los estereotipos los problemas surgen cuando los utilizamos sin saber que son formas toscas, repletas de prejuicios, y los confundimos con la realidad. Paradójicamente, esto ocurre sobre todo cuando recurrimos a nuestra experiencia directa. Resulta inútil hacer notar a quien cuenta aventuras vividas de verdad que en su historia abundan los estereotipos. El narrador replica: Ocurrió tal como lo cuento, el ladrón era de veras napolitano y en la callejuela había de veras ropa tendida. Y tiene razón, la verdad se presenta a menudo en forma de estereotipo. Sin embargo, en estos casos el desafío está en partir de situaciones y personajes estereotipados para forzarlos y abrir las historias a rupturas cada vez más sorprendentes y profundas. Es arriesgado, puede salir bien o mal, porque es como escribir desde el interior de la condición en que nos encontramos a diario. ¿Acaso no nos orientamos en el mundo gracias a generalizaciones convenientes, a prejuicios que confundimos con nuestras opiniones autónomas? ¿Y tarde o temprano no nos toca acaso tratar de mirar a la cara la realidad que, como toda realidad que se precie, solo se vuelve conocible y narrable si nos aventuramos por nuestra cuenta y riesgo a salirnos del esquema? El relato es bueno cuando del meollo del estereotipo conseguimos extraer verdadera vida que, por eso mismo, por ser verdadera, se escurre por todas partes y parece inasible.

3 de noviembre de 2018



El libro, la película

Escribo un libro, deciden hacer de él una película, estoy contenta. ¿Y después? Después se empieza a trabajar y la primera impresión es traumática; en primer lugar, a mi novela le arrancan la cubierta literaria. Es un momento desagradable, trabajé en ese texto durante años, y ahora todo parece haberse vuelto pobre: lugares, acontecimientos, personajes. Una plaza descrita con minuciosidad queda reducida en el guion al simple nombre común: plaza. Un acontecimiento al que dediqué varias páginas se restringe para convertirse en acotación. Los personajes son puros nombres de persona, acciones sintéticas, líneas de diálogo. Así descarnada, la novela parece de pronto un truco de la palabra literaria, una estafa, y a una le da un poco de vergüenza. Una vez esquematizada, la historia es banal. La densidad que creía haber conseguido en el libro se ha volatilizado. Debo tomar nota de que pasé por alto contar cosas que ahora parecen esenciales y de que me dediqué demasiado a lo que ahora considero superfluo. Dan ganas de decir: Dejémoslo, mi novela no me parece adecuada. Después, poco a poco, me voy acostumbrando a la escritura para el cine, que es una escritura funcional, prepara el salto de la novela a una obra nueva: la película. De modo que me tranquilizo, mi libro está bien como está, contiene lo que yo debía y sabía escribir, está ahí, encima de la mesa, por completo autosuficiente. Más bien es la película la que todavía no está, pero quiere estar y se encomienda a la escritura para el cine, cuya tarea consiste en identificar sus exigencias y satisfacerlas. Esa escritura apunta justo a esto: prepararse para el plató, y yo trato de aprender a leerla teniendo presente su finalidad. El perímetro es el que traza mi libro, pero dentro hay que reorganizarlo todo, volver a imaginarlo en función del espectáculo, que es la meta. Veo con persistente nitidez aquello que mientras escribía estaba, o bien hiperdefinido, o bien confuso. Siento necesarias algunas escenas que en mi relato hubiesen sido superfluas. Escribo diálogos que los tonos de mi texto no hubieran tolerado. A menudo tengo la sensación de que colaboro en «rehacer» mi novela con una escritura que jamás hubiera empleado. Y cuando todo parece en su sitio —la historia fluye, los diálogos también, hemos limado, hemos borrado—, el trabajo parece por fin terminado. Sin embargo, no ha hecho más que empezar. Lo único que ha llegado a su fin es una escritura preliminar que, por una parte, ha reducido el libro a su esqueleto y, por la otra, ha seguido teniendo los rasgos de toda palabra escrita: la ambigüedad, la apertura a múltiples visualizaciones. En la obra cinematográfica o televisiva, en cambio, todo, realmente todo, deberá tener un aspecto definido y definitivo: las calles, la iglesia, el túnel, las casas, los cuartos, un aula, los pupitres. Y todos, realmente todos, deberán tener un cuerpo determinado. Esta identificación inevitable de cada detalle se producirá fuera del guion. En cuanto al libro, quedará atrás, mientras que la película se convertirá cada vez más en una de sus posibles encarnaciones.

10 de noviembre de 2018

Morir joven

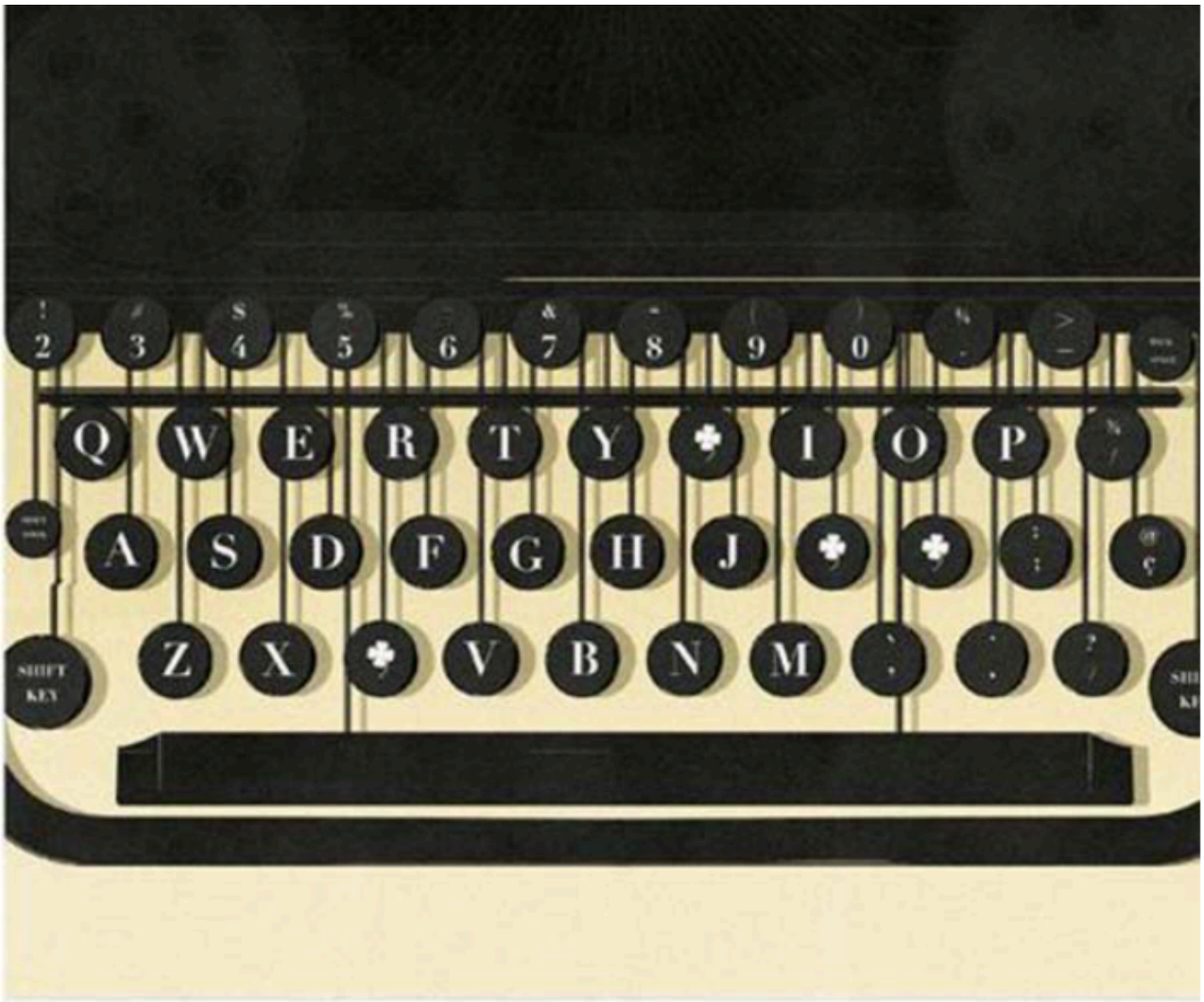
Una persona a la que quería mucho murió joven; tenía treinta y ocho años. Estaba casada con un hombre al que amaba, tenía tres hijos pequeños, muchas cualidades que comenzaban a dar frutos. Cuando murió yo era mucho más joven que ella, ahora soy mucho mayor. Durante largo tiempo consideré sus treinta y ocho años como una especie de meta. Si a ella le había tocado ese espacio de tiempo, nada descartaba que también pudiera tocarme a mí. Así, pensé mi vida como si su duración no pudiese superar la barrera de los treinta y ocho años. Sé que puede parecer absurdo, pero en algún rincón dentro de mí las cosas sucedieron de ese modo. Y en general estoy contenta, he terminado dándole un fuerte acelerón a mi existencia, en muchos aspectos he tenido un sentido del tiempo distinto al de mis coetáneas. Yo corría, ellas se entretenían. Yo me sentía vieja y cargada de responsabilidades; ellas, jóvenes e irresponsables. Yo tenía siempre la impresión de que me faltaba tiempo y me acostaba tarde, me despertaba temprano, utilizaba cada rato libre que me dejaban los hijos que tuve precozmente, los trabajos, los problemas, los desastres conyugales, para formarme lo antes posible y poder decir: Esta soy yo, estas son mis competencias, estas mis capacidades probadas. Mis coetáneas parecían tener por delante un tiempo infinito. Pero hubo más: he vivido con un sentimiento anómalo de las fases de la vida, de la vejez, de la muerte. Por ejemplo, durante largo tiempo me ha producido malestar, algo que yo misma encontraba irrazonable, oír: Murió joven, tenía sesenta y cuatro años. Para mí, sesenta y cuatro años era la edad de Matusalén, un exceso, un abuso. O quizá en ciertos aspectos una ofensa a mi amiga, a su marido, a sus hijos. Cuando cumplí los treinta y ocho las cosas fueron cambiando poco a poco. Me alegré de haberlo conseguido, pensé: Lo que vendrá después es lo superfluo, y, sin darme cuenta, empecé a aflojar el ritmo. Los años se fueron acumulando uno tras otro y al mirar atrás me parecía haber vivido con demasiada intensidad, haber pretendido demasiado de mí y de los demás. Comenzaron los sentimientos de culpa. ¿Acaso me había comido la vida a bocados mucho más voraces que mi amiga y ahora me tocaba vivir más que ella? No solo eso: cada año que pasaba, sentía alivio o incluso satisfacción, como si hubiese ganado una carrera, como si me dirigiera milagrosamente hacia quién sabe qué meta puesta allí solo para mí. El tiempo pasó volando y tuve la sensación de que cada uno de esos instantes no me correspondían y, a la vez, lo veía como un extra que por suerte había logrado birlar. Me sentí una ladrona; culpable entre otras cosas porque me embargaba la satisfacción de la cleptómana. Hoy pienso en mi amiga como una persona milagrosamente completa; su perfección distante me gusta, me conmueve. Yo sigo aquí esperando, siempre con desgana, un nuevo episodio.

17 de noviembre de 2018

Celos

De vez en cuando, y no sin disgusto, tropiezo con los celos. He escrito con mucha frecuencia sobre este feo sentimiento, pero lo he hecho con incomodidad y, en general, descontenta. El resultado es siempre decepcionante: desde Shakespeare a Proust se ha dicho óptimamente cuanto podía decirse, y el mío me parece un esfuerzo inútil. Además, me causa cierta repugnancia hurgar dentro de mí y en lo que sé de muchas personas celosas a quienes he querido y quiero. Por no mencionar que suelo toparme con gente que rezonga: Déjalo estar, no sabes lo suficiente de los celosos, yo sí que conozco todos los tormentos. En definitiva, los celos son una especie de légamo en el que hundimos las manos sin siquiera tener la satisfacción de extraer una verdad que sea nuestra y resulte de veras satisfactoria. Por otra parte, resulta difícil ignorar este sentimiento: nos guste o no, de forma leve o grave, todos lo experimentamos y no necesariamente en las relaciones amorosas, sino en cualquier tipo de relación. Es cierto, conocí a varias personas que me juraron no ser celosas. Pero enseguida tuve que colocarlas en la categoría de los perjuros: los celos asomaban de repente a sus ojos y ellos se apresuraban a arrinconarlos con la esperanza de que no me hubiese dado cuenta. Se trata sobre todo de los celosos con buena cultura que ocultan con esmero este sentimiento, porque sienten que en el fondo de él hay una pretensión mezquina pero significativa: no toleran que los seres humanos a los que se han unido sientan placer fuera de ellos, en compañía de otros. La persona celosa quiere ser la única fuente de bienestar del amado, aunque por experiencia sabe muy bien que la urgencia de la vida es tan fuerte, tan ferozmente expansiva, que no puede agotarse del todo dentro de la relación; es más, que no hay quien no esté tentado de poner en peligro los vínculos más sólidos cuando se siente atraído por otros o por otras. Sin duda, quien conserva una pizca de lucidez y un poco de autocontrol ve que gran parte de la existencia de la persona amada tiene lugar inevitablemente fuera del recinto dentro del cual quiere encerrarla. Siente que vigilar es, en esencia, imposible, que cada ataque de celos en el que muestra su condición de ser humano frágil, no indispensable, aterrado por el abandono, lo envilece, le hace perder crédito. Y por eso intenta desesperadamente contener sus iras y, echando mano de la ironía e incluso ironizando consigo mismo, a veces logra incluso transformar los celos en un impulso de dar al otro todas las atenciones, toda la amabilidad, toda la comprensión de que es capaz. Se trata, sin embargo, de un ejercicio virtuoso que no siempre sale bien, incluso porque parece que la persona amada se las ingenia para demostrar no solo en público sino en privado que no le bastamos. En consecuencia, en el momento en que prevalecen el sentimiento de nuestra inevitable insuficiencia y la imposibilidad de convertirnos en el único fin de la vida de otros, ya no hay salida. Encerramos al otro en una cárcel y preferimos su muerte espiritual e incluso física, antes que arriesgarnos a vernos expuestos a la herida humillante de su evasión.

24 de noviembre de 2018



No basta

Por lo que yo sé, la milenaria discusión sobre el talento no ha experimentado grandes avances. Tal como ocurría en el mundo antiguo, hay quien sigue diciendo que el poeta nace, no se hace, y hay quien sostiene que la disposición natural va bien pero no es suficiente: si se quiere conseguir algo bueno, la propia naturaleza debe cultivarse. Yo pertenezco al grupo de los que sostienen esta segunda tesis, antigua como Cicerón y Quintiliano. El talento es insuficiente: si falta cultura, terminamos por considerar como un descubrimiento propio e individual aquello que desde hace tiempo es patrimonio de todos. Quien cree tener cierta vocación artística tiene la obligación de no desperdiciarla conformándose con lo que le dicte el corazón. El corazón está bien, pero para no dilapidar las propias capacidades creativas estará mucho mejor apropiarse de técnicas elaboradas en el tiempo, no ir donde sopla el viento sino escoger unos modelos, una genealogía poética propia, de la cual extraer energía y ambiciones. ¿Acaso supone esto que cualquiera con un poco de talento y un diploma de alguna escuela o academia que certifique una buena preparación está llamado a conseguir grandes logros? Me temo que no. Solo significa que cualquiera que sienta la necesidad y la urgencia tiene el derecho y el deber de dar una forma adecuada a su propia experiencia, tal vez sin transformarse en el pelmazo que tiraba de la túnica a Horacio pidiéndole que se leyese sus composiciones. El problema está en que ni siquiera el estudio asegura al talento que producirá grandes obras. Hay algo más misterioso que interviene sin previo aviso y actúa, de un modo siempre sorprendente, tanto sobre la vocación en bruto como sobre la cultivada. Se trata de la suerte. Para su desdicha, quien inventa formas no solo debe poseer el don del talento, no solo debe tener el privilegio de poder alimentarlo y afinarlo. Quien inventa formas debe tener suerte. Esa misma suerte con la que, cuando no sabemos encontrar una explicación más degradante, tendemos a explicarnos los grandes resultados que otros consiguen y nosotros no. Pero veamos en qué sentido. Se puede trabajar toda la vida con disciplina, inteligencia y habilidad para dar forma al propio mundo y no experimentar nunca un salto de calidad. La suerte es ese salto. Es el momento clamoroso en que la propia obra individualísima, y por eso mismo limitadísima, se transforma, por poner un ejemplo, de viaje de ultratumba en la *Divina comedia*, de aventura marítima en *Moby Dick*. Pero por desgracia nadie puede asegurarnos —ni nosotros, ni la crítica, y mucho menos el éxito— que ese salto repentino hacia lo alto se haya producido de veras o vaya a producirse. El futuro de nuestras obras es todavía más oscuro que el nuestro propio. Debemos resignarnos a este dato concreto y trabajar sin pedir más.

1 de diciembre de 2018

En femenino

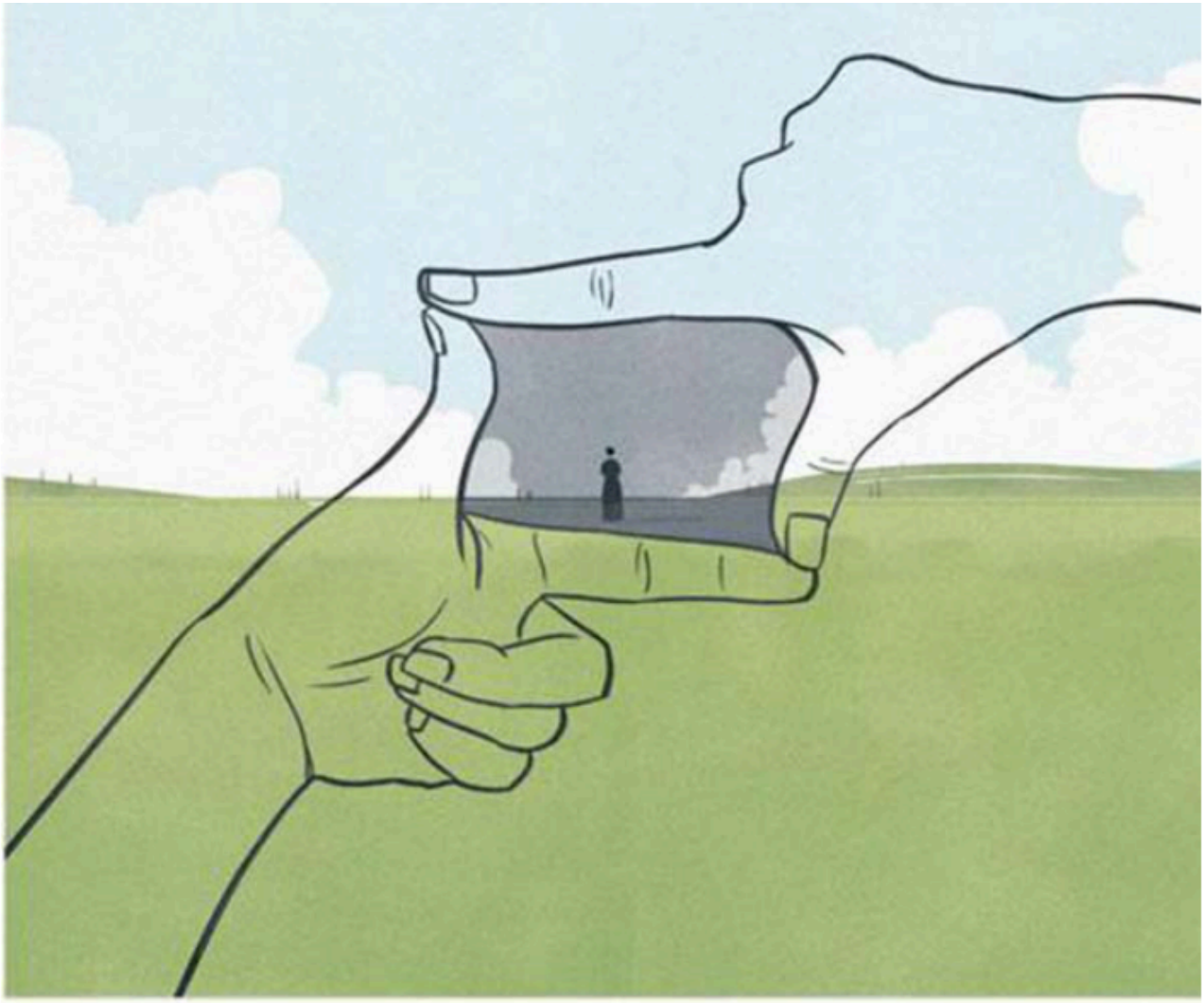
A veces juego a esto para mis adentros: tomo relatos con protagonistas masculinos —relatos famosos que me gustaron muchísimo— y me pregunto: Si el protagonista hubiese sido una mujer, ¿funcionarían igual? El Bartleby de Melville, por ejemplo, ¿podría ser un personaje femenino? ¿Y el Jekyll de Stevenson? ¿Y Zeno de Italo Svevo? ¿Y el barón rampante de Italo Calvino? Desde hace años el juego gira sobre todo alrededor de un relato breve de Nathaniel Hawthorne: *Wakefield*. Este señor, Wakefield, vive en la atestada Londres del siglo XIX. Una mañana se despide de su mujer y se marcha. Su ausencia debería durar unos cuantos días, pero no abandona la ciudad, sino que, sin un motivo, sin un proyecto, se va a vivir a pocos metros de su casa, donde se pasa veinte años; hasta que regresa junto a su esposa del mismo modo impulsivo, se limita a vigilar su propia ausencia. El relato es muy conocido y está muy estudiado, sería interesante reflexionar sobre él. Pero aquí solo quiero decir que a menudo me he preguntado: ¿Y si en lugar de un señor Wakefield fuese una señora, si en lugar de un esposo fuese una esposa? En una ocasión intenté incluso destrozar al pobre Hawthorne y lo reescribí partiendo de esa premisa, pero no tardé en quedarme atascada, algo no funcionaba. No estoy segura de haber entendido dónde estaba el obstáculo. Existen historias reales o inventadas sobre mujeres que, de buenas a primeras, lo abandonan todo y se van; evidentemente, el problema no está ahí. Y quizá tampoco esté en el regreso a casa, si bien en mi experiencia no es frecuente que una mujer decida dejarlo todo y luego se eche atrás; en general, son los hombres los que en un momento determinado necesitan de Ítaca (conozco muchas parejas que se recomponen al cabo de diez, incluso veinte años, y es él quien lo propone, en especial cuando asoma la vejez unida al miedo a la enfermedad y la muerte). Me temo que un Wakefield en femenino falla precisamente en el meollo del asunto, en su momento más negro, más misterioso y a la vez más hermoso. Cuando hay que imaginarse a una mujer que se mantiene veinte años a pocos metros de su familia, se cruza con ella por la calle, la ve sufrir, la observa mientras cambia físicamente y, a pesar de todo, no desiste, el relato se encalla. El Wakefield presente-ausente como una divinidad ociosa que se limita a mirar sin intervenir me parece inevitablemente masculino. Con todo, la situación en la que trabajó Hawthorne —esa vigilancia impasible, esa proximidad indiferente— me atrae. Por momentos me parece intuir que solo los lugares comunes sobre lo femenino son los que nos hacen considerar esencialmente masculinos algunos comportamientos. Hoy una Wakefield femenina quizá iría más lejos que un Wakefield masculino. Quizá resaltaría el absurdo de su estar ausente y presente a la vez para ahondar en una contradicción que le resulta bien conocida: la necesidad del otro y la necesidad de librarse de él.

8 de diciembre de 2018

En verso y en prosa

Crecí con la idea de que ser poeta es algo propio de personas realmente excepcionales, mientras que con la prosa cualquiera puede atreverse. Tal vez la culpa la tenga la escuela, que me inculcó una especie de temor reverencial frente a cualquiera que escriba versos. En general, los libros de texto y los profesores describían a los poetas como hombres superiores, con grandes virtudes y a veces vicios fascinantes, en diálogo permanente con los dioses gracias a las musas, capaces de mirar hacia el pasado y hacia el futuro como ningún otro ser humano, y naturalmente con un talento lingüístico excepcional. Los percibía como paralizantes; a partir de cierto momento reconsideré su valor. Pero no el valor de sus textos; al contrario, me convertí en una lectora empedernida de poesía. Hoy siento por la poesía una devoción absoluta. Adoro sus conexiones tan inesperadas y arriesgadas que pueden parecer indescifrables. Estoy convencida de que escribir versos mediocres es un pecado mortal. Y si siguiéramos narrando en verso, como se hizo durante siglos, yo, por pudor, no escribiría. Aunque después de una larga batalla la prosa ha ocupado espléndidamente todo el espacio de la narración, en el fondo, debido a su constitución, se me antoja inferior y en cierto modo menos exigente. Además, quizá una ambición mal encauzada me ha empujado desde niña a excederme con la finura verbal. Esa parte de mí que aspira a lo poético y no se resigna a lo prosaico quiere demostrar que, pese a escribir en prosa, no soy menos que los poetas. Pero darle a la prosa el ritmo, la armonía, las imágenes que caracterizan a los versos es una trampa mortal. Aquello que en un verso puede conformar una verdad deslumbrante, en la prosa se convierte en el más falso de los remilgos. La frase toma un ritmo acompasado, se eligen palabras y figuras trepidantes, la necesidad de apartarse de lo corriente lleva a formulaciones extravagantes, a expresiones artificiosas. Es como si quien escribe no hubiese entendido que aspirar en prosa a una verdad poética no significa que la prosa deba hacerse lírica. Al menos yo, esclava de hermosos versos e incapaz de componerlos, tardé mucho en entenderlo. Tendía a producir páginas elevadas, vibrantes, repletas de invenciones. Después me dije que la poesía, o si se quiere, la belleza, debe conquistarse línea por línea con los medios de la prosa, es decir, ateniéndose rigurosamente a una formulación tan clara como eficaz. Un programa fácil de formular, pero difícil de poner en práctica. Fluctúo. Hoy soy indulgente conmigo misma, mañana me castigo, y nunca estoy conforme con los resultados. Por temor a caer en lo lírico, con frecuencia me he obligado a escribir frases frías e inexpresivas. Y en muchas ocasiones, por agotamiento, he vuelto al borrador con todo su desaliño, antes que decantarme por la enésima versión, pulidísima e insoportablemente artificial. El impulso por transformar cada línea en un portento es fuerte. Lo único que creo haber aprendido es a tirar a la papelera sin contemplaciones la página que quiere deslumbrar con su bonito estilo al tiempo que ensombrece la representación de la naturaleza y los actos humanos.

15 de diciembre de 2018



Esta soy yo

Pertenezco a esa clase de personas que no se gustan en ninguna foto o vídeo. En cuanto me doy cuenta de que quienes me aprecian me están enfocando con el móvil, me vuelvo de espaldas, me tapo la cara con las manos, digo: No, que salgo mal, déjalo, no soy fotogénica. Hace un tiempo encontré una foto mía de cuando tenía diecisiete años y me gusté tanto —algo extraordinario— que la hice enmarcar y la puse en una estantería de la biblioteca. Y sucedió que cuando la veían, todos —parientes y amigos— se mostraban perplejos: Qué guapa, ¿eres realmente tú? Incluso una persona que me conoce desde hace un montón de años y por la que siento gran cariño, después de alabar mucho esa imagen mía, dijo: Si tengo que ser sincera, me parece que tú no eras así. Poco a poco yo también tuve que admitir que me gustaba precisamente porque no me parecía en nada a la imagen que tenía de mí misma. ¿Es posible que haya tenido esos rasgos solo en mi decimoséptimo año, al final de una adolescencia atormentada como suelen ser las adolescencias? Es difícil decirlo. Bien mirado, no me parecía haber pasado aquel año especialmente satisfecha conmigo misma, con mi aspecto, algo que, de hecho, la foto habría justificado. Al contrario, debo reconocer que por entonces aquella imagen no me había llamado demasiado la atención, quizá la había considerado una de las tantas fotos que con gusto habría roto. O quizá no me había encontrado desagradable, pero como no tenía una gran opinión de mí no me había reconocido y la había olvidado enseguida. ¿Qué había sucedido entonces? ¿Había sido así solo en la fracción de segundo en que se produjo el disparo? ¿Acaso la foto era la prueba de un fallo de la cámara, acaso aquella imagen era una invención del dispositivo? Entonces ¿por qué hoy he llegado al extremo de enmarcarla y exponerla? ¿Acaso quiero ahora, en esta fase de mi vida, engañarme, recordarme como nunca he sido? Me parece haber dado con la respuesta esta mañana, mientras escribía. Quedó ahí fotografiada una yo que existió de veras pero que no coincide con la que era y soy normalmente. Ahí estoy yo mostrando lo mejor de mí misma, huyendo de mi aspecto físico habitual. No creo que sea solo cosa mía, le pasa a cualquiera. Es el momento rarísimo en que, después de una prueba superada con éxito, después de un gesto valiente, después de un acto milagrosamente creativo, nos decimos con satisfacción, con estupor: Jamás me hubiera creído capaz. Es el instante en que todos —incluso la cámara fotográfica— nos dicen: Caramba, qué bien te veo hoy. De nosotros ha emanado un nosotros distinto, feliz hasta la última célula, hasta tal punto que nuestra cara se ha transformado en otra. Después, como algunas divinidades acuáticas que se manifiestan apenas un segundo, nos hemos zambullido hasta el fondo para regresar a nuestro aspecto de cada día.

22 de diciembre de 2018

Cielos encapotados

De niña me encantaban los temporales; también de adulta he sentido siempre una agradable excitación ante los cielos cubiertos, los relámpagos, los truenos, el murmullo del agua, los charcos, el olor a ropa mojada. Como es natural, me gustan muchísimo los días soleados, pero para mí el olor que precede a la lluvia tiene algo más. Ante la menor posibilidad de que se desatara un temporal, mi madre me hacía mil recomendaciones, temía que me enfriara, me abrigaba hasta sofocarme, se preocupaba de que me mojara los pies. Y yo soñaba con chapotear en los regatos, quería notarme el pelo pegado a la cabeza, las gotas resbalando por los párpados. De niña, de adolescente, sentí la lluvia como una promesa de aventuras, una exposición del cuerpo a lo salvaje, un desafío al cielo henchido y amenazante. Y me he convertido en una de esas mujeres que adoran la primavera, que se quedan tan a gusto al sol, pero —algo infrecuente— también adoran el otoño e incluso la llegada del frío. En definitiva, quiero decir que nunca me he preocupado por el tiempo atmosférico: calor, bochorno, viento, lluvia, nieve, hielo, cuanto más estoy al aire libre, mejor. Las estaciones han sido tiempo que corría en círculo agradablemente, como un perro alegre que persigue su propia cola. Luego, hace unas pocas décadas, por curiosidad me puse a leer sobre el cambio climático. Al principio lo consideré un catastrofismo retrógrado: aumento del efecto invernadero, calentamiento global, subida de las temperaturas de los océanos, glaciares que se funden, fin del mundo a la vista. Leía como suelo hacer, por el gusto de entender y formarme una opinión, pero también para fantasear. En realidad, entendía poco, fantaseaba poco. ¿Era posible que entre las devastaciones causadas por el género humano estuviera también la devastación definitiva del planeta? ¿Era posible que el animal hombre, esa pieza infinitesimal de la naturaleza, en el curso de su breve historia hubiese conseguido producir un daño irreversible a todo el resto? De niña había aprendido que el progreso era ilimitado, que solo unos pocos gozaban de sus frutos, aunque bastaba con cambiar la forma de producir y consumir para hacer que avanzara por fin con arreglo a la justicia. Y las cosas que aprendemos de pequeños son difíciles de rectificar. Así, durante un tiempo me tranquilicé adhiriéndome a la opinión de que los cambios climáticos han existido siempre y que el hombre poco tenía que ver con ellos. Una estupidez, de la que me he arrepentido a fuerza de estudiar. Y ahora, como todos aquellos que han logrado conquistar con esfuerzo una nueva mirada, me he vuelto obsesiva, repito a mis parientes y amigos: Ha subido el nivel del mar, el hielo se está derritiendo, los gases de efecto invernadero aumentan, la atmósfera se ha recalentado y la culpa es nuestra por el modo de vivir y producir que nos ha sido impuesto, debemos cambiar enseguida. Pero sobre todo se ha desvanecido el goce despreocupado de las estaciones. Ahora detesto estos veranos eternos, temo el calor achicharrante que empieza pronto y no quiere terminar nunca. Y me aterran los cielos encapotados que se vienen abajo en cascada, convierten las calles en cauces de ríos y sepultan a las personas y las cosas en el barro.

29 de diciembre de 2018

El relato enseña

Hay una antiquísima función de la literatura que con el tiempo ha perdido terreno, probablemente por su peligrosa proximidad a las esferas de la política y la ética. Me refiero a la idea de que entre los deberes de un texto está el de instruir. En los últimos cincuenta años hemos preferido convencernos con prudencia de que el placer o goce de un texto formaban una unidad con su estilo. Algo muy cierto: un texto se compone de palabras, y las palabras, cuanto más se seleccionan y combinan tan ricamente, más seducen a lectores y lectoras. Pero las palabras, con su deleite, dan forma a las visiones del mundo, penetran en nuestros cuerpos y allí se desbordan, los perturban, los modifican educando la mirada, los sentimientos, incluso nuestras posturas sobre determinados temas. En definitiva, que, según una larguísima tradición, el estilo nos conmueve y enseña. Nos enamoramos de un texto incluso por la forma en que inadvertidamente nos instruye, es decir, por la riqueza de las experiencias vivas y auténticas que pasan directamente de quien escribe a la vida de quien lee. Ya no se trata solo de una selección refinada del léxico, de metáforas eficaces, de símiles memorables. Aquí lo que cuenta es de qué manera quien escribe se integra en la tradición literaria no solo con su habilidad para orquestar palabras, sino con sus conceptualizaciones y su personalísimo bagaje de cosas urgentes que contar. El talento lingüístico individual actúa como una tupida red que atrapa experiencias cotidianas, las manipula por medio de la fantasía y entretanto las conecta a las cuestiones fundamentales de la condición humana. Así pues, el estilo lo es todo, pero en el sentido de que cuanto más poderoso es, más lleva en sí mismo material para dar lecciones generales de vida. Que conste que no me refiero a las novelas que abordan temas cruciales sirviéndose de los medios de la literatura: el hambre en el mundo, la amenaza de nuevos fascismos, el terrorismo, los conflictos religiosos, el racismo, las distintas maneras de vivir la sexualidad, la digitalización y sus efectos, etcétera. Obviamente no tengo nada en contra de quien lo hace, al contrario, son libros que leo con gusto. Se eligen temas con una relevancia mediática, se hilvana una historia y se plasma por escrito con habilidad. Los relatos apasionantes se adornan con datos científicos o sociológicos sobre las diversas catástrofes que amenazan el planeta. Se divulgan ideologías, se sostienen tesis, se apoyan batallas políticas. Pero cuando hablo de instrucción no me refiero a ese tipo de obras, no pienso en una literatura didáctica o moralizante. Solo trato de decir que toda obra de cierto valor es también transmisión de conocimiento de primera mano y, por ello, inesperada, sorprendente y sobre todo difícilmente reductible a otra forma de conocimiento que no sea el específicamente literario. Hablo de aprendizaje placentero, de aprendizaje que nos modifique en lo íntimo, incluso de modo radical, con el impacto de palabras tan lúcidas como apasionadas.

5 de enero de 2019

La última vez

Este ejercicio termina aquí, me había fijado un año y el año ha pasado. Nunca había tenido ocasión de hacer un trabajo de este tipo y vacilé mucho antes de ponerme a prueba. Temía el plazo semanal, temía verme en la tesitura de escribir aunque no tuviera ganas, temía la necesidad de publicar sin haber sopesado escrupulosamente cada palabra. Al final se impuso la curiosidad. Intenté acometer la empresa imaginando que debía contestar por escrito medio centenar de preguntas a razón de una por semana. Pensé que se trataba de algo que sabía hacer, llevo años contestando por escrito a los periodistas. Y así he seguido diligentemente. Sin embargo, debo reconocer que a pesar de la extrema cortesía del equipo de redacción del diario *The Guardian*, siempre he tenido miedo de no salir airosa en la tarea que me había impuesto, de molestar en cierto modo a los lectores con mi atrevimiento, de perder confianza en mí misma y tener que abandonar antes de lo previsto. Menos mal que la angustia de la publicación quedó ampliamente compensada por el placer de escribir. Hoy puedo decir con certeza que esta experiencia, que nunca más repetiré, me ha beneficiado. Le estoy agradecida a *The Guardian* por haberme brindado esta ocasión. He escrito siempre en mi papel de autora de novelas, abordando temas para mí importantes que, cuando tenga tiempo y ganas, me gustaría desarrollar en el marco de mecanismos puramente narrativos. Creo haber excluido un solo sentimiento de los que me interesan, pero ha sido porque durante años alimentó mi último libro y me pareció excesivo volver a él: hablo de la desigualdad, de los desastres que esta origina en los planos económico, social, cultural. Debo decir que de estos tiempos me preocupa todo, aunque considero que el núcleo de todos los problemas que nos afectan está en el hecho de que gran parte del género humano —niños, mujeres, hombres— padece en mayor o menor grado los efectos de la desigualdad. En especial, la desigualdad produce un derroche extraordinario de inteligencias y energías creativas que probablemente, si se educaran y se les sacara partido, harían que nuestra historia dejara de ser una lista insoportable de horrores para convertirse en el más activo de los laboratorios con que reparar los daños que hemos causado hasta ahora, o al menos, para controlar sus efectos. Aprovecho para dar las gracias a quien ha tenido la paciencia de traducir mis textos al inglés (Ann Goldstein), comprobar su coherencia, sugerir eliminaciones o añadidos, titularlos (Melissa Denes), ilustrarlos siempre con imaginación, inteligencia y humor (Andrea Ucini). Doy las gracias en especial a quien ha tenido la amabilidad de leerlos. Antes de esta experiencia estaba acostumbrada a los plazos de publicación de los libros, al carácter compacto y autónomo de las novelas. Llegaban a las librerías, encontraban lectores, yo vivía durante un tiempo con mi ansiedad de autora, después seguía con mi vida, a menudo durante años, posponiendo lo más posible la angustia de una nueva publicación. Este ejercicio, por su parte, me mantuvo en tensión todos los sábados. Ha sido una exposición permanente de fragmentos míos, no lograba librarme de uno cuando ya tenía que ocuparme del siguiente. Por suerte hubo lectores y lectoras que los recibían con agrado o con disgusto, como es su derecho. Me siento en deuda con todos aquellos —pocos, muchos— que, estando a favor o en contra, han unido estos breves regueros de tinta.

12 de enero de 2019

«No me arrepiento de mi anonimato. Descubrir la personalidad de quien escribe a través de las historias que propone, de sus personajes, de los objetos y paisajes que describe, del tono de su escritura, no es ni más ni menos que un buen modo de leer», comentaba **Elena Ferrante** a Paolo di Stefano en una entrevista vía *mail* para *Il Corriere della Sera*.

En efecto, nadie sabe quién es Elena Ferrante, y sus editores de origen procuran mantener un silencio absoluto sobre su identidad. Alguien ha llegado a sospechar que sea un hombre; otros dicen que nació en Nápoles para trasladarse luego a Grecia y finalmente a Turín. La mayoría de críticos la saludan como la nueva Elsa Morante, una voz extraordinaria que ha dado un vuelco a la narrativa de los últimos años. El éxito de crítica y de público se refleja en premios y artículos publicados en periódicos y revistas tan notables como *The New York Times* y *Paris Review*, y en el documental *Ferrante Fever*.

En 2010 en España se publicó *Crónicas del desamor*, un volumen que reunía las novelas publicadas por la autora hasta el momento: *El amor molesto*, *Los días del abandono* (ambas llevadas al cine) y *La hija oscura*, libros que también ha publicado por separado en 2018. Luego vino la saga «Dos amigas», compuesta por *La amiga estupenda*, *Un mal nombre*, *Las deudas del cuerpo* y *La niña perdida*: una obra destinada a convertirse en un clásico de la literatura europea del siglo XXI. En 2017 la editorial española publicó *La Frantumaglia*, donde Ferrante nos habla de su manera especial de entender la escritura. Su último libro es *La invención ocasional* (2019), que recopila los textos que durante un año publicó cada sábado en *The Guardian*.